3

VIDAS
DE
ESPAÑOLES CÉLEBRES.

TOMO I.

SE VENDE

EN LAS LIBRERIAS DE CORMON Y BLANC,

En Lyon, calle Sala, nº 30;

Paris, calle Montmartre, nº 167.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE RIGNOUX,
calle de Francs-Bourgeois-S.-Michel, nº 8.

VIDAS

DE

ESPAÑOLES CÉLEBRES,

POR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

TOMO PRIMERO.

PARIS.

LIBRERIA DE B. CORMON Y BLANC,

CALLE MONTMARTRE, Nº 167.

M DCCC XXVII.



PRÓLOGO.

Las vidas de los hombres célebres son de todos los géneros de historia el mas agradable de leerse. La curiosidad excitada por el ruido que aquellos personages han hecho, quiere ver mas de cerca y contemplar mas despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formacion, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los carácteres y las costumbres, llaman tanto mas la atencion, cuanto en ellas se encuentra á los héroes mas desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad.

Asi es que nada iguala al placer que se experimenta leyendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote, y las de Plutarco cuando jóven : lectura propia de los primeros años de la vida, en que el corazon mas propenso á la virtud cree con facilidad en la virtud de los otros,

y en que apasionándose naturalmente por todo lo que es grande y heróico, se anima y exalta para imitarlo. Entonces es cuando elegimos por amigos ó por testigos de nuestras acciones á Arístides, Cimon, Dion, Epaminondas; y estos amigos son tal vez de los que se escogen en aquella edad, los únicos que al fin no hacen traicion á los sentimientos que nos han inspirado. Modélase uno entonces á su ejemplo, y quisiera ansiosamente sembrar como ellos la carrera de la vida con las mismas flores de gloria y de virtud: y aunque despues el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres resfrien este ardor generoso, no se borran enteramente sus huellas, y siempre queda algo de su fuerza para recurso en las situaciones árduas, y para consuelo en las adversidades. Se puede ciertamente dar la preferencia á los otros modos de escribir historia en su parte económica y política; pero en la moral las vidas les llevan una ventaja conocida, y su efecto es infinitamente mas seguro.

El mayor escollo que tal vez tiene este género es la perfeccion que Plutarco ha dado á las suyas. Este gran modelo está siempre presente para acusar de temeridad á todos los que se atrevan á seguir el mismo camino. En vano se le tacha de difuso é importuno en sus digresiones, de creer como una vieja en sueños, oráculos y pro-

digios, de dar á genealogías, las mas veces inciertas ó fabulosas, un valor impropio en la pluma de un filósofo. ¿Qué importa todo esto comparado con la animacion que tienen sus pinturas, y la importancia de los sucesos que refiere? Es preciso desengañarse; Plutarco no ha sido igualado hasta ahora, y es de creer que no lo será jamas.

Su libro manifiesta ser de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, que no se admira de nada, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltacion : que cuenta y dice de buena fe todo lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes. Se le compara á un caudaloso rio, que se lleva sin ruido y sin esfuerzo por una dilatada campiña, y la riega y fertiliza toda con sus aguas. Pero esto no bastaria á dar á su obra el grande interes que tiene, sin la naturaleza de su argumento, único en su especie. Vense desde luego luchar en talentos, en virtudes y en gloria las dos naciones mas célebres de la antigüedad, una por las artes y el ingenio, otra por su fuerza y grandeza. Se fija despues la vista en los retratos que ofrece aquella vasta galería, y cada uno sorprende por el movimiento que imprime en su nacion. Este la da leyes, el otro costumbres; el uno la defiende de la invasion, el otro la arrebata á las conquistas : este quiere salvarla de la corrup-

cion que la contagia, y aquel enciende la antorcha que ha de ponerla en combustion : todos ostentando carácteres eminentemente dipuestos ya á la virtud, ya á los talentos, ya á los vicios, ya á los crímenes; y casi todos en esta continua agitacion pereciendo violentamente, porque el movimiento y la reaccion, de que son causa, producen al fin el vértigo que los devora á ellos mismos. No : la historia moderna no puede presentar un espectáculo tan enérgico y tan sublime; y á pesar de cuantos medios se puedan apurar, ninguno de nuestros personages, por grandes que se los suponga, se ha encontrado en la situacion de Solon, terminando la anarquía de Atenas por unas leyes sabias y moderadas, pedidas por todo un pueblo, y obedecidas por él : de Licurgo, arrancando de un golpe á la molicie los ciudadanos de Esparta, y sujetándolos á un régimen de hierro para que no fuesen sujetados de nadie : de Temístocles, burlando en el estrecho de Salamina la arrogante ambicion de Jerjes : de Mario en fin vencedor de los cimbros, que iban á tragarse la Italia.

Pero aunque el talento no sea igual, ni la materia tan rica, no por eso deben desmayar los escritores, y abandonar un género tan agradable y tan útil. Es un oprobio á cualquiera que pretende tener alguna ilustracion ignorar la historia de su pais; y si la pintura de los personages mas ilustres es una parte tan principal

de ella, fuerza es intentarla para utilidad comun; aunque se esté muy lejos del talento de Plutarco, y aun cuando los sugetos que hay que retratar no presenten la fisonomía fiera y proporciones colosales que los antiguos.

¿Y cual es la nacion que no tiene sus héroes propios á quienes admirar y seguir? ¿Cual la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal, y del mal al bien, que es cuando se crian estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas setentrionales de España el estandarte de la independencia contra el ímpetu fanático de los árabes. Allí no solo se mantiene libre de la opresion en que gime el resto de la península; sino que adquiriendo fuerzas y osadía, baja á derrotar á sus enemigos de la larga posesion en que estaban. Ningun auxilio, ningun apoyo en príncipe ó gente alguna: dividido entre sí ya por las particiones de los estados imprudentemente establecidas por sus reyes, ya por las guerras que estos estados se hacian, verdaderamente civiles: al mismo tiempo nuevos diluvios de bárbaros que el Africa de cuando en cuando envia para reforzar á los antiguos, y todo esto junto mantiene la lucha por siete siglos enteros, y forma una serie terrible de combates, de peligros y de victorias. Salen en fin los musulmanes de España; y entonces, á manera de fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata á lo

lejos en luz y en estallidos, se ve al español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarse á mares desconocidos é inmensos, y dar un nuevo mundo á los hombres. Para hacer correr á una nacion por un teatro tan vasto y desigual, son necesarios sin duda carácteres enérgicos y osados, constancia á toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heróico y sublime.

La pintura de estos carácteres sobresalientes es la materia y objeto del libro que ahora se publica, excluyéndose de él las vidas de los reyes, que como parte principal de nuestras historias generales, son por lo mismo mas conocidas. Se engañaria cualquiera que buscase aqui la solucion de las cuestiones oscuras que á cada paso ofrece nuestra historia por falta de documentos auténticos: en tal caso en vez de ser una obra de agradable lectura y de utilidad moral, que es lo que el autor se ha propuesto, se convertiria en un libro de indagaciones y controversias, propias solamente de un erudito ó de un anticuario. Para sentar la probabilidad histórica de los hechos se han consultado los autores mas acreditados: y estando indicados al frente de cada vida los que se han tenido presentes para su formacion, los lectores que quieran asegurarse de la exactitud y eleccion de las noticias, podran buscarlas en las mismas fuentes

donde se han bebido. Cuando salgan á luz las infinitas preciosidades que ó por nuestra incuria ó por una mala estrella, se encierran todavía en los archivos públicos y particulares, se corregirán muchos errores, y se sabran mil datos que ahora se ignoran, y son necesarios para escribir nuestra historia económica y política, que en concepto de muchos está aun por hacer. Tambien entonces nuestros héroes, conocidos quizá mejor, podran ser retratados por un pincel mas diestro y mas bien guiado; pero entretanto la juventud, á quien se destina este ensayo, tendrá lo que hasta ahora nadie ha ejecutado bajo este mismo plan, á lo menos que yo sepa.

Los retratos de nuestros varones ilustres, publicados con tanta magnificencia por la Imprenta Real, han sido dirigidos á diferente fin. En aquella obra la estampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio. Nadie se forma la idea de un gigante por un rasguño en miniatura : y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sugetos, no estan igualmente determinados la education, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas : circunstancias que son las que constituyen grande un personage, y le hacen sobresalir entre los demas. El zelo mismo que emprendió la obra fue causa de dos inconvenientes que hay en ella. Uno es la multiplicacion excesiva de hombres retratados, y

que se dan por ilustres; efecto necesario de no haberse antes de todo fijado los verdaderos límites de la empresa. No se dan la inmortalidad y la gloria con tanta facilidad como se piensa; y hay hombre realmente grande que se avergonzaria de los campañeros que le han puesto en aquella coleccion. El otro inconveniente es el tono de elogio que reina generalmente en los sumarios. Nada mas contrario á la dignidad y objeto de un historiador : cuando se exagera el bien, y se disculpa ó se omite el mal, ó no se consigue crédito, ó se inspiran ideas equivocadas y falsas.

El autor de la presente obra ha procurado evitar estos escollos. Los héroes en quienes ha empleado su trabajo son aquellos cuya celebridad está atestiguada por la voz de la historia y de la tradicion; y no cree que ninguna de las vidas que ofrece ahora al público pueda ser tachada de contradecir al título del libro. El Cid campeador, nombre que entre nosotros es sinónimo del esfuerzo incansalable del heroismo y la fortuna : Guzman el bueno, igual á cualquiera de los personages antiguos en magnanimidad y en patriotismo : Roger de Lauria, el marino mas grande que ha tenido la Europa desde Cartago hasta Colon : El Principe de Viana, tan interesante por su carácter, su instruccion y sus talentos; tan digno de compasion por sus desgracias, y que reune en su destino á la magestad

y esperanzas de un nacimiento real el ejemplo y la lástima de un particular injustamente perseguido, y bárbaramente sacrificado : GONZALO DE CÓRDOBA en fin, el mas ilustre general del siglo XV, aquel que con sus hazañas y disciplina dió á nuestra milicia la superioridad que tuvo en Europa por cerca de dos siglos, y que en su carácter y sus costumbres presenta un espejo donde deben mirarse los militares que no confundan la ferocidad con el heroismo.

Tales son los hombres cuyas vidas comprenden estos tomos, escritas sin odio y sin favor, segun que los historiadores mas fidedignos las han presentado á mis ojos. Si por acaso se extrañase la severidad con que se condenan ciertas acciones y ciertas personas, se debe considerar primeramente que sin esta severidad no puede ser útil la historia, la cual quedaria en tal caso reducida á una mera y fria relacion de gazeta. A las personas vivas se les deben en ausencia y presencia aquella contemplacion y atenciones que el mundo y las relaciones sociales prescriben; pero á los muertos no se les debe otra cosa que verdad y justicia. Por otra parte, si se leen con atencion nuestros buenos libros, se verán en ellos las mismas censuras, aunque ahogadas en el cúmulo de noticias que contienen. Cada siglo que se añade á un hecho aumenta la accion y la autoridad para juzgarle imparcialmente; y no sé yo por que hemos de carecer en el siglo XIX

de la facultad y derecho que Zurita, Mariana y Mendoza tuvieron ya en el XVI.

No creo que debo permitirme añadir nada sobre el sistema particular de composicion que he seguido, formas de narracion, estilo y lenguage de que he usado. Toda recomendacion ó disculpa en esta parte seria absolutamente superflua. El público, como juez único y supremo, aprobará, condenará sin apelacion, ó tal vez disimulará los yerros y descuidos del autor en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas vidas.

VIDAS

DE

ESPAÑOLES CÉLEBRES.

EL CID.

Cuando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe mas que sombras, donde estan confundidos los personages, los carácteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la mas diligente crítica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos, y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si despues de una prolija indagacion se cree haber descubierto la verdad en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras prue-

Autores consultados. Risco, historia del Cid.— Sandoval, historia de los cinco reyes. — Mariana. — Crónica general. — Escolano, historia de Valencia.

bas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie mas ó menos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un campeon, cuya fisonomía ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autóres, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Diaz, llamado comunmente el CID CAMPEADOR, objeto de inagotable admiracion para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relacion de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interes. La imaginacion hallaba allí un alimento apacible, y veia señalados todos los pasos de este personage con circunstan-

cias maravillosas y singulares. Aquel desafio con el conde de Gormaz, los amores y persecucion de su hija, el dictado de CID con que le saludan los reyes moros cautivos, su expedicion bizarra á sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del emperador de Alemania; todo preparaba el ánimo á la admiracion de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos adoptados imprudentemente por la historia, han sido ya confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo por ser menos singular en su juventud, no se presenta menos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Burgos, hácia la mitad del siglo undécimo, de Don Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á Don Diego Porcelos, uno de su pobladores, y á Lain Calvo, Juez de Castilla. Reinaba entonces en esta provincia Ferdando I, que reuniendo en su mano el dominio de Leon, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que despues gozó la nacion castellana so-

bre las demas de la península. Este Monarca tuvo cinco hijos, y á todos quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual division que hizo su padre el rey de Navarra Don Sancho el mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos habia en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos, y sumió al estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la particion Castilla á Sancho, Leon á Alfonso, y Galicia á Garcia; las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, esta con la ciudad y contornos de Toro, aquella con Zamora; y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta division, y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamas respetada por la ambicion, y nunca menos que entonces: porque Don Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre, revolvió el pensamiento á despojarlos de su herencia, y á ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entonces (año 1065) muy jóven Ro-

drigo Diaz, huérfano de padre ; y Don Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al estado, tenia á su hijo en su palacio, y cuidaba de su educacion. Esta educacion seria toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde el rey Don Ramiro fue vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el rey, que para honrarle le habia armado poco antes caballero, le hizo alferez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que despues lo fue la dignidad de Condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras estrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores estan discordes sobre á quien de ellos embistió primero ; mas la probalidad está por la opinion comun, que designa á Don Alfonso como la primera víctima. Sus estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que este quisiese atacar antes al mas lejano. La lucha no podia durar mu-

cho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho mas grande, y con una destreza militar superior á la de todos los generales de su tiempo, debia arrollar fácilmente al de Leon, mucho mas débil, muy jóven todavía, y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situacion desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrion. Su ímpetu fue tal, que los castellanos rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla, y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al rey, que reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á los vencedores: *ellos*, le dijo, *se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos.* Hecho asi, los castellanos, puestos en órden por Rodrigo y el rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofen-

der ni á defenderse, y se dejan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrion, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reino, y á salir desterrado á Toledo, entonces poseida de los moros.

La guerra de Galicia (1071) fue mas pronta y menos disputada, aunqne con mas peligro de Don Sancho. Su hermano Garcia tenia enagenadas de sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del rey, á quien habia abandonado toda la administracion, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó Don Garcia á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle, ó vinieron á defenderle, quiso probar ventura junto á Santaren, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio los favoreció: Don Sancho se vió en poder de sus enemigos, y Garcia dejándole entregado á

unos caballeros, voló á perseguir los fugitivos. Entre tanto el Cid con su hueste, aun entera, acometió á la parte donde estaba el rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndole á su frente, salió á buscar á Don Garcia. Volvia este de su alcance cuando le anunciaron el vuelco que habian dado las cosas, y sin desmayar por ello, acometió á los castellanos; pero á pesar de su esfuerzo, vióse arrancar la victoria que ya tenia, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó de reino y libertad, y le envió al castillo de Luna.

Seria mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambicion desenfrenada, que olvida enteramente los lazos mas sagrados de la alianza, la compasion y la sangre. Señor de Castilla, de Galicia y de Leon, Sancho II no se consideraba rey, sino poseia tambien la corta posesion de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aqui la suerte le tenia guardado el término de su carrera; y el terror de tan-

tos reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca muger. Cuando mas apretado tenia el sitio, Vellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del rey, y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podia facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera á Zamora. Dícese que Rodrigo, viendo de lejos huir al asesino, y sospechando su alevosía, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle: de lo cual irritado maldijo á todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas dejando á parte todas las fábulas que se cuentan de este sitio, luego que fue muerto Don Sancho, los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fue llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entre tanto Don Alonso avisado de aquella gran novedad, partió á toda priesa de Toledo á ocupar los estados del difunto. En Leon no hubo dificultad ninguna: y en Galicia, aunque

Don Garcia pudo escaparse de su prision, y trató de volver á reinar, fue arrestado otra vez; y Don Alonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó á prision perpétua, y ocupó su trono. Castilla presentaba mas obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su rey, no querian rendir vasallage á Alfonso, mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se habia cometido sin participacion suya. Avínose el rey á hacer la protestacion solemne de su inocencia; mas ninguno de los Grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Solo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nacion en la ceremonia, y esta se celebró en santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: *¿Jurais, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho por mandato ni por consejo? Si jurais en falso, plega á Dios que murais de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no caballero.* Otorgó Alfonso el juramento con otros doce vasallos suyos, y repitióse otra vez;

mudándosele en ambas el color al rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche tambien esta incidencia como una fábula: pero ademas de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tambien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razon tan plausible del rencor qne toda su vida le tuvo el rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo enlazado con la familia real por su muger Doña Jimena Diaz, hija de un conde de Asturias, acompañó al rey en sus primeros viages; fue nombrado campeon en varios pleitos, que segun la jurisprudencia de entonces habian de decidirse por las armas, y fue enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las parias que sus príncipes pagaban á Castilla.

Hacíanse entonces guerra el rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venian la vuelta de Sevilla para combatirla; y aunque el Cid les intimó

que respetasen al aliado de su rey, ellos despreciaron su aviso, y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, y atacándolos junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió á Sevilla, cuyo príncipe no solo le entregó las parias que debia, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido se volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en Andalucia; y Rodrigo postrado por una dolencia no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del rey, entraron por los estados cristianos, y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo cual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos con su hueste, y no solo les tomó cuanto habian robado, sino que revolviendo hácia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes,

y se los trajo á Castilla. Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo este y toda su corte llevaron á mal la expedicion del Cid. *Rodrigo*, decian los envidiosos, *ha embestido las tierras de Toledo, y roto los pactos que nos unian con aquella gente, para que irritados con su correría, nos cortasen la vuelta en venganza, y nos hiciesen perecer.* Alfonso entonces, dando rienda al encono que le tenia, le mandó salir de sus estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna.

El poder de los moros en aquella época (1076) habia degenerado mucho de su fuerza y extension primitiva. Extinguido el linage de los Abenhumeyas, que dominaron á todos los árabes de España, su imperio se desmoronó, y cada provincia, cada ciudad, cada castillo tuvo su reyezuelo independiente, casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados por otra parte con el regalo del clima, y entibiado su fanatismo, estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime, que en sus primeros tiempos habia espantado y domi-

nado la mitad del universo. Nuestros príncipes, al contrario, se extendian y aseguraban, y contemplando la diferente posicion de las dos naciones, se extraña cada vez mas que nuestros ascendientes no arrojasen mas pronto de la península á los moros. Pero los reyes y los pueblos, que debieran emprenderlo, estaban mas divididos entre sí que debilitados sus enemigos; y la particion impolítica de los estados, las guerras intestinas, las alianzas con los infieles, los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacian, todo contribuyó á alejar la época de una reunion en que estaba cifrada la restauracion de España.

En tal situacion de cosas no es difícil de presumir, á pesar de la oscuridad de los tiempos y contrariedad de los escritores, cual fue la muerte del Cid despues de su destierro. Cuando una region se halla dividida en estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ella caudillos, que fundan su existencia en la guerra, y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre

y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas, y aumentando el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los mas fuertes. Los régulos, que los temen ó los necesitan, compran su amistad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes: los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningun príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones, ó inhumanamente robados y oprimidos. Héroes para los unos, foragidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera, cuando desecho su ejército se deshace su poder; ya dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo diez y siete, tales los capitanes llamados por los italianos en los dos siglos anteriores

condottieri; y tal probablemente fue el Cid en su tiempo, aunque con mas gloria, y quizá con mas virtudes.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daria materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso: las memorias históricas, al contrario, no presentan mas que una sucesion de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interes. Su narracion seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador sin instruccion alguna ni placer de los lectores. Por tanto parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero á Barcelona, y despues á Zaragoza; cuyo rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos Almuctaman y Alfagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Alfagib, el rey de Aragon Don Sancho Ramirez, y el conde de Barcelona Berenguel, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus ene-

migos ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el rey de Zaragoza, cediendo á su campeon toda la autoridad en el estado, colmándole de honores y de riquezas, aun no le parecia que acertaba á galardonar tantos servicios.

Asi se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel príncipe: despues se resolvió á volver á Castilla; y el rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo (1088.) que acababa de hacer, le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hízole muchas y grandes mercedes, entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribucion los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenia puesto sobre ella el conde Berenguel; y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algun tiempo.

Inundaban entonces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecia que la buena fortuna de los árabes, viéndolos tan humillados en la penín-

sula, habia suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucia. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos despues por la ambicion, los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer gefe; entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estrecho, ocupando á Tanger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolin ó comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el rey de Sevilla Benavet la llamó sobre sí, creyendo que con su auxilio se haria señor de todas las provincias que en España poseian los moros. Era suegro de Alfonso VI por su hija Zayda, casada con el Monarca castellano; y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambicion, que ya no cabia en los estados que pacíficamente le obedecian. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió á Jucef.

Los almoravides vinieron mandados por Aly, capitan valiente, ejercitado en la guerra y locamente ambicioso; y su venida á nadie fue mas fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasion ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo rey fue muerto en la refriega, y Aly, apoderándose del estado que habia venido á auxiliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallage á Jucef, y se hizo tambien llamar Miramamolin. Para acabarle de desvanecer la fortuna en el poco tiempo que le favoreció, dos veces se encontraron los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos; la una en Roda y la otra en Badajoz, donde el rey Alfonso mandaba en persona. Pero este príncipe, mas estimable aun en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes, y acometió al usurpador á tiempo que, desbandado su ejército, no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar á gran precio paz de sus enemigos, y hacerse tributario suyo. Pero ni aun asi pudo corregir su

mala estrella: porque de allí á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominacion en la Andalucia toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el pais.

Con un ejército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Halaet. Alfonso, que prevenia en Toledo tropas para marchar á encontrarle, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él, y le dió órden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, esta no se verificó y el rey con sola su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aqui fue donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que no contento con desterrar otra vez al Cid de sus estados, ocupó todos sus bienes, y puso en prision á su muger y sus hijos. Rodrigo envió al instante un

soldado á la corte á retar ante el rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfaccion no fue admitida; bien que ya mas apaciguado el ánimo del príncipe permitió á Doña Jimena y sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo; el cual tuvo segunda vez (1089) que labrarse su fortuna por sí mismo.

Ni Alfabig, rey de Denia, ni el conde Berenguel podian perdonarle sus antiguas afrentas: el conde principalmente hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasion de ello en las tierras de Albarracin. Hechas paces con el rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia, y asistido de un número crecido de guerreros, Berenguel fue á encontrar á Rodrigo que con su corto ejército se habia apostado en un valle defendido por unas alturas. El rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus estados, le avisó del peligro que corria. Él contestó que agradecia el aviso, y que esperaria á sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de

donde estaba su adversario, y creyendo ya tenerle destruido con la muchedumbre que le seguia, le envió una carta para escarnecerle y desafiarle.

Decíale en ella, que si tanto era el desprecio que tenia hácia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba á lo llano y dejaba aquellos cerros, donde estaba guarecido, mas confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero? *Desciende de la sierra*, añadia, *ven al campo, y entonces creeremos que eres digno del nombre de Campeador: sino lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.* A esto respondió Rodrigo, que efectivamente los despreciaba á él y á los suyos, y los habia comparado siempre á mugeres largas en palabras y cortas en obrar. *El lugar mas llano de la comarca*, le decia, *es este donde estoy: aun tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo: aqui te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasion llevaste.*

Con estas injurias enconados mas los

ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el dia embisten atropelladamente, dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas, y se arroja á ellos con su ímpetu acostumbrado. Ya ciaban, cuando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos; y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fue entonces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su general, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes: gran número de ellos fueron muertos: cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el conde y sus principales cabos; y todo el bagage y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguel fue llevado á la tienda de Rodrigo, que sentado magestuosamente en su silla, escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente, y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus sol-

dados que le custodiasen fuera; pero tambien mandó que se le tratase espléndidamente; y á pocos dias le concedió libertad. Tratóse luego del rescate de los demas cautivos. En los principales no hubo dificultad; ¿ pero qué habian de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su libertad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no solo los dejó ir libres, sino que les perdonó todo el rescate. Accion excesivamente generosa; pues en la situacion á que sus enemigos le habian reducido, su subsistencia y la de su ejército dependia enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrías.

La suerte, al parecer, mejoraba entonces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habian ocupado á Granada y buena parte de Andalucía. La reina Doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el rey, y le auxiliase en su expedicion, pues de este

modo volveria á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenia reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba junto á Martos; y Alfonso, oyendo que venia, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó mas adelante en lo llano: lo cual al instante fue tenido á mal por el rencoroso Monarca, el cual decia á sus cortesanos: *ved como nos afrenta Rodrigo: ayer iba detras de nosotros como si estuviese cansado, y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia.* La adulacion respondia que sí; y era por cierto bien triste la situacion de aquel noble guerrero, el cual no podia ni ir detras ni ponerse delante, sin que moviese un enojo, ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al Africa, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla, si-

guiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Ubeda, el príncipe dió rienda á su enojo (1092.) disimulado; ultrajó al Cid con las palabras mas injuriosas, le imputó culpas que no tenian realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban mas á cada momento. Rodrigo, que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprender bien este odio tan enconado y constante en un príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes, y bravo por su valor; justo en su gobierno, y atinado en sus empresas; comedido y moderado en la fortuna, firme y esforzado en la desgracia; el primero de los reyes de España, y uno de los mas ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia, no sufria junto á sí á un héroe, el mejor escudo de su estado, y el mayor azote de los moros. ¿Era envidia, era preocupacion, era venganza? La oscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias

con que esta aversion ha llegado á nosotros, la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel Monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entonces al Cid por seguir al rey: y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo probablemente de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el rey de Aragon, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideracion á Rodrigo hizo la paz aquel príncipe con ella. Despues, ensoberbecido con esta consideracion y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era este Don Garcia Ordoñez, conde de

Nájera, comandante en la Rioja por el rey de Castilla. La segunda persona del estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del odio que el rey le tenia, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja (1094.) como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres: ¿qué culpa tenian estos infelices de los malos procedimientos del conde? pero siempre los errores y pasiones de los grandes vienen á caer sobre los pequeños: el Cid irritado, no escuchando mas que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don Garcia, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias: él esperó; mas las tropas del conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeon burgalés.

Satisfecho su enojo, y rico con el botin, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que

los almoravides se habian apoderado de Valencia; y entonces fue cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí, y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo mas alegre y el clima mas sano y templado de España, era llamada por los moros su paraiso. Pero este paraiso habia sido en aquellos tiempos bárbaramente destrozado por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fue siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenon gobernada por Abubeker, con tal madurez y prudencia, que los valencianos, cuando murió este árabe, dijeron *que se habia apagado la antorcha y escurecido la luz de Valencia.* Hiaya, hijo de Almenon, reinaba en Toledo cuando Alfonso la ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse fue que los cristianos le pondrian en posesion de Valencia, donde se creia que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querria dejar. Pero Abubeker falleció entonces, y Hiaya, siendo admitido pacíficamente á la posesion del reino, con él

entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente, y es peor obedecido, aquel que perdiendo un estado, se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habian salvado de los dos reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero nó pudieron librarle del odio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, pero mucho mas cuando vieron la cabida que daba á los cristianos, y los tesoros que les repartia, acumulados á fuerza de tiranía y de vejaciones odiosas. Asi cuando vieron al Cid lejos, y ocupado en su expedicion de la Rioja, entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictámen de Abenjaf, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazon habian tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante de Valencia, que á pocos dias les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor

del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arrimaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en trage de muger, y se acogió á una alquería. Allí fue hallado por Abenjaf, que sin compasion alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el Monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser rey.

Entre tanto la fama de esta revolucion llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa, y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situacion, pero mucho mas con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío salió con sus gentes, sentó sus reales junto á la ciudad, destruyó todas las casas de campo, y taló las mieses. Los moradores afligidos de tantos estragos le pedian que cesase en ellos: él les puso por condicion que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos

ó no podian ó no querian, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le habia intimado insolentemente que no entrase en Valencia. Pero Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los reyes, despues de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de Africa de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponia contra él, estrechó el sitio con el rigor mas terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y despues embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones; y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid formando de los suyos un escuadron solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descansar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan rigoroso combate, fue tal la mor-

tandad, y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro á gritar: *paz, paz.* Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su reduccion y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veia reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de allí, y entregarse á Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venian socorros del Africa. Con estas condiciones, consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde encerró todo el botin que habia cogido, y despues pasó á las tierras del señor de Albarracin, y las estragó todas en castigo de habérsele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo

pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron, y se desbandaron, dejando á Valencia en el mismo aprieto que antes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió; y hubo dia en que precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla, para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso, á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes, y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los afligia era un enemigo mas terrible que las armas del Campeador: seguro de domarlos por ella, habia mandado que se diese muerte á todos los moros que se saliesen de Valencia, y obligado por fuerza

á entrar en ella á los que, con ocasion de la tregua, estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares mas viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasion en los enemigos, que, cumpliendo el decreto del sitiador inflexible, les daban muerte cruel á vista de las murallas para escarmentar á los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia; todos perecian, á excepcion de algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas, al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos mas cultos estan exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas, pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguia. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció tam-

tambien trágicamente de allí á pocos dias, ya por el odio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosía hecha á su antiguo amigo.

Asi acabó Rodrigo (1094) aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades, y mucho mas gloriosa al vencedor. Toledo habia sido sojuzgada por el rey mas poderoso de España, con cuyos estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extrangeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma socorrida por el Africa, llena de pertrechos y de riquezas, fue vencida por un caballero particular, sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecia temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fue resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enormes dificultades que lo contradecian. Para ello lo primero á que atendió fue á establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La crónica general contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las

fábulas que refiere del Cid. Él prescribió á los suyos el porte cortés y honroso que debian tener con los vencidos, de modo que estos, prendados de aquel trato tan generoso, decian *que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado, ni que tan mandada gente trajese.* Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso mas contribuciones que las que anteriormente solian pagar. Dos veces á la semana oia y juzgaba sus pleitos. *Venid*, les decia, *cuando quisiéreis á mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mugeres á cantar ni á beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamas podeis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros, bien como amigo á amigo y pariente á pariente.* Volvió despues la atencion á los cristianos; y temiendo que ricos con la presa que habian hecho no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fue convertida en catedral, y nombró por obispo de ella á un eclesiástico llamado Don Gerónimo, á quien los historiadores hacen compañero de aquel Don Bernardo, que fue colocado en la si-

lla de Toledo despues de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados despues completamente por él y Don Pedro, rey de Aragon, en las cercanías de Játiva. Estas dos victorias, y la rendicion de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció (1099) cinco años despues de la conquista de aquella capital, que aun se mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de Doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruegos de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle; y él, considerada la situa-

cion de la ciudad, y la imposibilidad de conservarla en su dominio por la distancia, sacó de allí á los cristianos con todos sus haberes, entregó la poblacion á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dejó el Cid de su esposa Doña Jimena dos hijas, que casaron una con un infante de Navarra, y la otra con un conde de Barcelona: algunas memorias le dan tambien un hijo, que murió muy jóven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fue sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto á Burgos, donde aun se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viageros con admiracion y reverencia.

Tal es la serie de acciones que la historia asigna á este caudillo entre la muchedumbre de fábulas, que la ignorancia añadió despues. Todas son guerreras; y su exposicion sencilla basta á sorprender la imaginacion, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro, que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisie-

ron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la magestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que, adonde quiera que acudiese, llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *Mio Cid*, *El que en buen hora nascó*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenian, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increibles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del pais, uno de los mas deliciosos de España y del mundo. ¿Por qué Castilla se privó de semejante guerrero? Su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la

monarquía hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO.

Reinaba en Castilla Alfonso el sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fue la señal de ellas su viage á Francia en demanda del imperio de Alemania; pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez y de Marruecos, inundan la Andalucia, llevándola toda á fuego y sangre: Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una

Autores consultados. Zúñiga, anales de Sevilla. — Mondejar, memorias de Alfonso el sabio. — Mariana. — Crónicas de Don Alonso, Don Sancho su hijo, y Don Fernando su nieto. — Crónica de la Casa de Medinasidonia por Pedro de Medina.

batalla: el príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal; y el arzobispo de Toledo, Don Sancho, que salió con un ejército á encontrar al enemigo, empeña un combate con mas ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero, y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquía su salud al señor de Vizcaya Don Diego Lopez de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó en socorro del mediodia; y á la actividad y acertadas medidas del infante Don Sancho, hijo segundo del rey. Con Don Lope vino entonces Don Alonso Perez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de Don Pedro de Guzman, Adelantado mayor de Andalucia, y de una noble doncella llamada Doña Teresa Ruiz de Castro. El señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del arzobispo. Este fue el primer combate en que se halló Guzman; y no solo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef, lo cual fue gran parte para la conclusion de la

guerra. Porque vuelto Alfonso de su inútil viage, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fue el ministro de esta negociacion, pudo con el influjo de Aben Comat, antes cautivo suyo, y ya su amigo, ajustar (1276) con el rey berberisco treguas por dos años.

En celebridad de este suceso se hizo un torneo en Sevilla delante de la corte, donde del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quien se habia distinguido mas en ella: á lo que contestó un hermano mayor de Guzman, que se habia criado en palacio: *Señor, mi hermano Alonso Perez ha ganado hoy á muchos.* Pareció mal esta razon á todos, y mas que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento; porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacian de mugeres no veladas. Viéndose, pues, sonrojado asi delante de los reyes, de las damas y caballeros presen-

tes, respondió mal enojado: *Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y sereis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debeis tratarme. Mas no teneis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó.* El rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: *No habla mal vuestro hermano, que asi es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mugeres veladas con sus maridos. Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla*, replicó él, *cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan a buscar fuera quien bien les haga: yo lo haré asi; y juro no volver mas hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme, pues, el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo, y me despido de ser vuestro vasallo.* Quiso reducirle el rey; mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, y al fin de él Guzman se salió de Castilla acompañado de algunos deudos y amigos.

En las estrechas relaciones que habia entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los estados de los cristianos. Estaba todavía en Algeciras Aben Jucef; y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiria en todas sus empresas, menos contra el rey de Castilla ó cualquiera otro príncipe cristiano. El Monarca berberisco recibió á él y á sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al Africa consigo.

La primera expedicion en que le ocupó fue la de ir á sujetar los árabes tributarios de su imperio, que debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas. Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no tenian asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamas sino forzados: y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben

Jucef que comprase ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar moros consigo. Hízolo asi el rey; y los cristianos salieron en busca de los árabes, á quienes arremetieron, y con grande estrago ahuyentaron hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquies, vinieron al campo de Guzman, y no solo entregaron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores, á fin de que los dejasen en sosiego. Con esto dieron la vuelta á Fez, y el rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demas virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponia en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla, á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las

prendas eminentes que adornaban á Alfonso el sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy agenas del carácter entero y firme, que tan respetable habia hecho á su padre. A los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda, y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus dias la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en cortes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion habia sido hecha en perjuicio de los hijos del príncipe heredero Don Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho habia defendido el estado; y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los grandes, de los pueblos, y aun del rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fue una injusticia, ya estaba hecha; y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil; porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus

servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Asi cuando el rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricoshombres con Don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las mas de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron; menos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacia mas espantoso el peligro y mas escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz Monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las

ondas y á la fortuna. Mas antes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al Africa, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entonces fue cuando le escribió la carta, citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

« Primo Don Alonso Perez de Guzman: la mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe; é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabran la mi desdicha é afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios Perlados; los cuales, en lugar de meter paz, no á excuso ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se

duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen rey Aben Jucef; que yo le amo é precio mucho, porque él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé cuanto sodes suyo, y cuanto vos ama, con cuanta razon, é cuanto por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas, sino á presentes: catá quien sodes, é del linage donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien, nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la estorbedes, como yo cuido que non faredes: antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere, será por vues-

tra mano : y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla á los treinta años de mi reinado, y el primero de mis cuitas (1282). » El Rey.

Guzman olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del Monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. *Ve*, respondió el generoso moro, *y lleva á tu señor sesenta mil doblas de oro, para que de pronto se socorra; consuélale, y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del rey quiero que quede aqui; no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa*. Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al rey desvalido el tesoro que le traia. Asi cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció fue la de unirle con Doña Maria Alonso Coro-

nel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucia. Tenia entonces Guzman veinte y seis años; y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el rey donacion de Alcalá de los Gazules á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al Africa, de donde vino despues acompañando á Jucef, que seguido de gran tropel de ginetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos príncipes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal diciéndole: *Siéntate tú, que eres rey desde la cuna, que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser:* á lo que respondió Alfonso: *No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reino sino al que lo merece, y asi Dios te dió reino porque lo merecias.* Tras de estas y otras cortesías trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. *Dame un*

adalid, dijo el moro, *que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia*. Diósele con efecto el rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde menos mal hacer pudiesen; cuidado paternal, bien digno del que despidiéndose públicamente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef: *Amigos*, les dijo, *vedes á que so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mí**.

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el príncipe Don Sancho. El moro quiso tentar las vias de negociacion, y envió á Don Alonso de Guzman y un intérprete á exhortarle al deber, y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad, y admitidos

* Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondejar. El lector hallará en estas vidas otras muchas sentencias, y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contestura y expresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personages á que se atribuyen, y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguage y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

á la presencia del príncipe, cuando este supo que los moros se habian acercado á las barreras, y habian muerto algunos peones. *¿Cómo me venis vosotros con tal mensage*, les dijo irritado, *cuando los moros estan dando muerte á los mios? Idos pronto de aqui; no esteis un punto mas en mi presencia; pues vive Dios que no sé quien me detiene de haceros morir, y arrojaros por encima de los adarves.* Ellos salieron, dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el justo motivo de la indignacion de Sancho, su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos; los cuales, despues de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucia y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el rey de Castilla, que como tan ultrajado de los hombres, á todos los tenia miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras,

para desde allí volverse á sus estados.

Con él se fue al Africa Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español defendió en diferentes guerras el estado de Jucef atacado por los reyes comarcanos : la victoria le siguió fiel en todas sus expediciones, y le colmó de despojos y de tesoros, mientras que la fama de sus hechos, saliendo de los términos de España, llegaba á Italia á oidos del Papa, que le escribia á él y á sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ellas. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos; pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenia, llamado Amir, envidiaban su privanza, y le aborrecian; siendo de temer que faltando el rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron pues separarse, aparentando estar desavenidos, y no poderse llevar bien viviendo juntos. El rey

creyó el artificio, y favoreció la separacion, de modo que Doña María Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruecos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenia mas freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia aterrada á Fez y á sus contornos. Mas las circunstancias increibles con que se cuenta esta proeza, tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con po-

cos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fue su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruecos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos. Mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensagero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y sustituyendo otro, en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquies las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á los soldados las

pérfidas intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del Africa, y volver á España. Dijóles que ya tenia avisado al general de las galeras de Castilla, que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedicion; y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del rey, para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla (1291) con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo.

Ya en esta sazon habia muerto Alfonso el sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fue á verse con él á poco tiempo de su llegada, y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el príncipe, diciéndole cortesmente que, *mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus reyes, que no á los africanos.* Informóse largamente de las cosas de aquel pais; del poder de sus gefes, y de la ma-

nera mas ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban fácilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman le aprontó; y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto mas atendido en los consejos, y el brazo mas fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fue entrada por fuerza, y sus moradores hechos esclavos. Hubo pareceres de desmantelarla, creyendo imposible mantenerla por su situacion; pero el Maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año; pasado el cual, y no atreviéndose ninguno á seguir su ejemplo, Guzman dijo que él la mantendria por la mitad del costo que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario; y encerróse en ella sin prever que el sacrificio de

sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personages malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante Don Juan, uno de los hermanos del rey; inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fue siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y con-

sideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á Don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tanger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos. Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del Alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fue desechada con indignacion Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias; y manifestando á Guzman el desamparó en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la villa. *Los buenos caballeros*; respondió Guzman,

ni compran ni venden la victoria. Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que sino rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la Alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oir sus

gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. *No engendré yo hijo*, prorumpió, *para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuan lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.* Dicho esto, (1294) sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos, que esta-

ban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: *Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa*. De allí á poco los moros, desconfiados de allanâr su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del rey, enfermo á la sazon en Alcalá de Henares. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino

á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos : señalábanle con el dedo por las calles : hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varon insigne, que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del rey, y Sancho al recibirle dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes : *Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado*. A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos ; y entonces fue cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo, pues, en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo, toda la recompensa que cabe en los hombres, la accion heróica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola mas á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos medimos las almas

grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿Y á quien vamos á tachar de ferocidad? A quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexion con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste, que afligieron la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio; al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de Bueno por su índole bondosa y compasiva, antes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroismo.

El rey Don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia, su entereza y su valor. Su memoria seria mas respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á

los que eran infieles á su partido : triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia calidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia : y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba *que era muerto el mejor home de su linage*. De diez y ocho años salvó el estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposicion de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo, en la infancia, se veria expuesto, sin defensa alguna, á la borrasca que iba á arreciarse con mas ímpetu que al principio. Conociendo los grandes

talentos de su esposa, la célebre reina Doña María, la nombró por gobernadora; y antes de espirar dijo á Guzman estas palabras : *Partid vos á Andalucía, y defendedla, y mantenedla por mi hijo : que yo fio que lo hareis, como bueno que sois, y yo os lo he llamado.*

Muerto el rey, todos los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona : el infante Don Juan desmembrarla, haciéndose rey de Andalucía : el de Portugal dilatar su frontera : los grandes y pueblos, desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personages tener parte en el gobierno, para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro, y una sed tan hidrópica de estados y dinero, que difícilmente se encontrarian ejemplares de escándalos iguales en las clases mas necesitadas ó en las profesiones mas viles. A estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el viejo Don Henrique, hermano

de Alfonso el sabio; y habiase acordado en cortes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este infante era tan malo ó peor que su sobrino Don Juan: su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Tunez y desde Tunez á Italia, sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad á que entonces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose Gibelino, asistió á los príncipes alemanes en su expedicion contra Cárlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado de la única calidad brillante que tenia, el esfuerzo personal, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela, á cuya parte habia sido admitido, incapaz de órden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian

costa suya. La reina conocia las malas artes de Henrique, y no se atrevia á hacerle frente. Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daria ni seria en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir, si los bábaros, ayudados del infante, se ponian sobre la plaza, escribió al rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendria á su nombre, hasta que el rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaria en amparar á un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños, y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El Aragones alabó mucho su lealtad y su zelo, y no envió socorro alguno: mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman fueron mas poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de

la casa real, la mayor parte de los grandes, á manera de vandidos, siempre con las armas en la mano, y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La reina acudia con su prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedia á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que asi se procuraba, resistia el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa, como nunca se habia conocido, vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable los impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Asi castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entretanto crecia el rey, y á medida de su edad iba aumentándose el respeto y

serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y mientras duraba el sitio, envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza, por la primera vez, desde que los sarracenos la tomaron quinientos años antes. Este fue el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el rey á contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranías de Gausin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, yá los habia ahuyentado, cuando adelantándose imprudentemente, cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente á los reales del rey de Castilla, fue despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella

ciudad, gobernada por sus consejos, y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa mas lúgubre y magestuosa. Todos á una voz, y llorando, le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en mil trescientos y nueve, cuando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depósitados en el monasterio de San Isidro del Campo, fundado y dotado por él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fue en vida Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, primer señor de San Lucar de Barrameda, y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo, en que la naturaleza degradada no presenta en Castilla mas que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consuela al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y magestuoso que se mantiene en pie cercado de escombros y de

ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personages mas señalados de la antigüedad, un Escipion por ejemplo, ó un Epaminondas: y su nombre, llevando consigo el sello del mas acendrado patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.

ROGER DE LAURIA.*

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Cárlos de Anjou; despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dícese que sacándose un anillo, que traia al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistia al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pe-

Autores consultados. Zurita. — Mariana. — Herrera. — Giannone. — Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori. — Muntaner. — Desclot. — Felieu. — Capmany. — Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

* Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *del' Oria*: los catalanes *Lúria*, y en su testamento tambien está escrito asi. Los franceses y castellanos *Lauria*.

que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, habia podido confederar entre sí al Papa Nicolao III, al emperador de Grecia y al rey de Aragon. Tres años antes se habia hecho esta alianza en ruina y odio del poderío frances, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo, el emperador dinero, y el rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao, y la adhesion de su sucesor á los intereses de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III desde la costa de Africa, donde se habia acercado con pretexto de hacer guerra á los moros, aportó con su escuadra á Palermo, cuando ya los pobres mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonía Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de almugávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota estremecido conoce entonces que la fortuna se le trueca, y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival, y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo estos vencidos, con pérdida de veinte y dos galeras y cuatro mil prisioneros. Mandaba á la sazon la escuadra aragonesa, como almirante Don Jaime Perez, hijo natural del rey: llevado del ardor juvenil quiso embestir á Regio contra la órden expresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el rey, le quitó el mando de la armada (1283), y nombró por almirante de ella á un caballero de su corte, llamado Roger de Lauria.

Era nacido en Scala*, pueblo situado en la costa occidental de la Calabria superior; y su padre, señor de Lauria, habia sido privado del rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fue traido á España por su madre Doña Bella, ama de leche, segun unos, y dama, segun otros, de la reina de Aragon Doña

* Asi consta de una carta latina que se conserva en el archivo real de la corona de Aragon, escrita por Roger al rey Don Jaime II.

dia para la batalla, y les envió un esquife á decirles que se rindiesen, ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia, y solo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizarría. Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho: al rayar el dia (1283) embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento, como si de aquella jornada dependiese la restitucion de la Sicilia. Mediodia era pasado, y aun duraba la accion, cuando el general frances vió que sus galeras cedian, y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarlo todo de una vez, y con denuedo terrible acometió la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos: Roger le salió al encuentro, y los dos pe-

learon entre sí con el esfuerzo que los distinguia, y el furor que los animaba. En medio de su refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entonces el general español, que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que atrevesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lipari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta de-

vastacion, y ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Cárlos no se hallaba allí entonces; mas el príncipe de Salerno su hijo, á quien habia dejado el gobierno del estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y las riqueza de los barones

y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto volvió á subir á su galera, puso con ligereza increible la escuadra en órden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate (1284), que ya por las fuerzas que concurrian, ya por la animosidad de los combatientes, ya pór las consecuencias importantes que tuvo, fue el mas ilustre de los que hasta entonces se habian dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate cuanta ventaja llevaban los

soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desasirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Henrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger, desde su navío, animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentia flaquear los amenazaba furioso, si dejaban escapar la presa. Entretanto se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los mas bravos caballeros: unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera, y desfondarla para echarla á pique: entonces el príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar, y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su ga-



lera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo Brusson, Guillermo Stendardo, y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Napoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: *Viva Roger, muera Cárlos.* Costó mucho afan á los ciudadanos, amigos del órden, contener esta agitacion; y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero antes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á á dos caballeros de los que se habian rendido, por desertores del partido aragones: ejemplo de rigor, que desluce el lustre de su victoria, por mas que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Mas noble accion fue la de pedir al príncipe que pusiese en libertad á la infanta Beatriz, hermana de la reina Constanza, custo-

diada en prision desde la muerte de Manfredo su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la reina; que para disminuir al príncipe la humillacion vergonzosa de su situacion, tuvo la atencion delicada de alejar á los infantes sus hijos al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento, que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguia, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecian estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y antes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos mas de sesenta de aquellos infelices.

No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en cortes generales de la isla decretaron que el príncipe cautivo debia pagar con su cabeza la muerte que su padre habia ejecutado en Conradino. Cuando Cárlos de Anjou hizo morir á este príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaria un dia en que su hijo y heredero se veria tratado con la misma severidad; y que en tal aprieto solo deberia la vida á la generosa hija de aquel Manfredo, á quien despues de vencido y muerto habia tratado tambien con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la reina Constanza hizo entender á los feroces sicilianos que un negocio tan grave no podia tratarse sin conocimiento del rey Don Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero á otra fortaleza mas segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Asi le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y la posteridad, al paso que con ella hacia mas detestable la conducta sanguinaria del rey Cárlos, condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del legado del Papa se templó algun tanto, y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los mas culpados. Despues, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habian ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el rey Don Pedro le habia enviado para que pudiese hacer frente á las de Cárlos, se hizo á la vela, y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo Pallerin, y no osando los franceses venir á batalla, el almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicoreta, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad, que sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada.

De este modo, y con igual felicidad, saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fue preciso enviar de Sicilia un Gobernador, que por parte del rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Despues de estas facciones Roger, dejando aquella costa, y acercándose á la de Africa, llegó á la isla de los Gerbes, y saltando en tierra (1285) con su gente, los moros, que entonces la poseian, no pudieron resistirle, y se la rindieron. Allí mandó alzar una fortaleza, y dejó un capitan que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un Régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina, con igual gloria que otras veces.

A principios del año de mil doscientos ochenta y cinco murió en Foggia el rey Cárlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre, si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tanto mas extraños

en él, cuanto mas se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el rey de Francia San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes estados; y de simple conde de Provenza, se vió rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le habia acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter, y de la insolencia de su gente. Porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderacion y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los Papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un rey de Aragon. Leccion insigne dada á los ambiciosos, para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace mas felices. El murió en fin, y el odio que se le tenia publicó que se habia ahogado á sí mismo por no poder con su rabia. Pe-

dro, su rival, al saberlo, elogió mucho sus prendas militares, y dijo que habia muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta un hijo del príncipe prisionero tomó la gobernacion del estado, auxiliándole el conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma, legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguia. El rey de Francia, Felipe el Atrevido, habia invadido el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el Papa habia dado á uno de sus hijos de los estados del rey enemigo. Sus preparativos de guerra fueron formidables: ciento y cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas de cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El rey don Pedro, descomulgado por el Papa, vendido por su hermano el rey de Mallorca, abandonado del de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rosellon, atravesaron el Ampurdan, y

pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que de resultas de un choque que hubo entre las tropas del rey don Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido, y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo frances, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su pais. Despidieron ademas por economía una gran parte de las naves que tenian en Rosas, con lo cual, enflaquecida su escuadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria, que llamado por su rey, venia á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto, y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando Don Pedro le envió órden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hízolo asi, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí le fue á encontrar el rey, y le mandó que saliese en busca de las galeras francesas diciéndole: *Ya sabes, Roger, por experiencia cuan fácil es á los catalanes y sicilianos triunfar de los franceses y provenzales por mar.* Él con tan buen aus-

picio salió á buscarlos, á tiempo que sus Almirantes, dejando quince galeras en Rosas, se venian con otras cuarenta hácia Barcelona, adonde el rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol, cuando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinte y cinco de las suyas: escapóseles la division, y antes de que pudiesen las veinte y cinco reunirse á sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, á quien no creian todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar: cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenian enfrente, y se apercibieron flojamente á la pelea; pero confiados en la oscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros Aragon, y ellos repetian Aragon; los buques de Roger llevaban un farol encendido, y tambien le encendieron en los suyos: mezclados asi, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro la derribó todos los remos de un

costado, cayendo al mar los remeros y gente que allí habia con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacian los demas buques españoles por su parte; y la ballestería catalana, entonces la mas formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Henrique de Mar, y las demas se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas por estar en mejor estado que las suyas; estas las envió á Barcelona, y se dispuso á seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Solo el almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolucion inhumana: y con fiereza indigna de su gloria, mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma; y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos, y los envió al campo frances. Corrió des-

pues tras de los que huian, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venia para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos, si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se creyese comprendido en aquella tregua, y le enviaron al conde de Fox para que cesase en sus hostilidades. Mas él contestó que ni á franceses ni á provenzales la concederia jamas. Acusóle el conde de soberbio, y le dijo que al año siguiente pondria su príncipe una escuadra de trescientas velas, y que el rey Don Pedro no podria presentarle otra igual. *Yo la aguardaré*, replicó: *Dios, que hasta ahora me ha dado victoria no me dejará sin ella; y yo fio que no osareis combatir conmigo.* Y creciéndole el orgullo con la contestacion: *Sabed*, le dijo, *que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna: ¿qué digo galera? los peces mismos, si quieren levantar la cabeza*

sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragon. Sonrióse el conde al oir esta jactancia; y mudando de conversacion, se despidió de él, y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta los generales franceses, obligados á quemar los buques que tenian en Rosas para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el rey, sin embargo que ya tenian ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarses á su pais. Pusiéronse en movimiento (1285) para ejecutarlo, y el desórden y el estrago que sufrieron en su vuelta fueron iguales á la presuncion y pujanza con que entraron. El Monarca aragones siempre sobre ellos, ostigándolos con encuentros continuos, cortándoles los víveres, no los dejaba ni marchar ni descansar: y aquel ejército, que contaba por suya á Cataluña, sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su rey del contagio, y con poco aliento en los que

se habian salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo á la obediencia de Pedro, el cual, libre de los franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del rey de Mallorca su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al príncipe Don Alonso su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca á los cuarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasion, Mallorca castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los aragoneses le dieron el nombre de Grande; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no solo para distinguirle de los demas reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la extension que habia dado á sus estados el rey Don Jáime su padre; mas grandeza y mas gloria hubiera cabido á su sucesor, si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas,

despoblando sus reinos para mantenerlas, y estableciendo aquella serie de pretensiones, sostenidas por sus sucesores con rios de sangre española.

Muerto el rey, Roger, antes de volver á Sicilia, exigió de Don Alonso, su heredero, palabra real de ayudar con todas sus fuerzas, y contra cualquiera enemigo, al infante Don Jáime, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta, que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batalas anteriores. Duró el temporal tres dias; y sola la gran diligencia y actividad de los pilotos pudieron salvar la armada, que compuesta de cuarenta galeras llegó á Trapana en muy mal estado. El Almirante fue por tierra á Palermo, y dió á Doña Constanza la noticia de la muerte del rey Don Pedro. Al instante su hijo Don Jáime tomó el título de rey de Sicilia, y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver á Roger á España, para que manifestase á su hermano el estado de las

cosas de Sicilia y de la Calabria; y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz, que ya mediaban con el príncipe de Salerno, á quien Don Pedro poco antes de su muerte habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus estados, y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia: deseábala el príncipe para recobrar su libertad, y disfrutar de su corona: deseábala tambien el rey Don Jáime para cimentarse en su nuevo estado, que siempre creia le seria asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el rey de Inglaterra á ruegos del príncipe; pero á pesar de su influjo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del Papa y del rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el rey de Aragon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El almirante Roger, en este intermedio, armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguas-muertas, corrió la costa

de la Provenza, combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grande presa en ellos, y se volvió á Cataluña, (1286) sin que la armada francesa, muy superior en número, pudiese contenerle ni alcanzarle.

En su ausencia, el rey de Sicilia, habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los mas valientes caballeros de aquel tiempo, el cual con doce galeras armadas de catalanes corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y se volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botin inmenso. Estos estragos obligaron á los gobernadores del reino de Nápoles á aprestar una armada, y juntar gente para invadir á Sicilia: las atenciones que distraian al rey de Aragon, la ausencia de Roger, y la inteligencia que tenian en algunos pueblos de la isla, les prometian buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron el obispo de Marturano legado del Papa, Ricardo Murrono; y por almirante un caballero

muy estimado entonces, llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó á Agosta; y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza, y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger habia ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla; y cuando llegó á ella, y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta, y á preparar la armada. Los sicilianos que vieron á los enemigos otra vez dentro de su pais, y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza habia abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oidos del rey aquella odiosa imputacion, y calumniarle con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion, á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y asi como estaba, lleno de polvo, mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado

breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos al mismo tiempo que el rey: despues de haber asegurado á Catania, que tenia inteligencias con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los mas fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin siendo mucha gente, y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido, de que salvasen las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los trés principales personages del armamento enviado anteriormente por los gobernadores de Nápoles, que eran el legado del Papa, el general Murrono y el almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso llamado fray Prono de Aydona, dominicano, el cual habia traido letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma mision, y cogido, habia sido perdonado generosamente por el rey, que respetando su estado, tambien mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso mas bien estre-

llarse la cabeza contra un muro, que sufrir la confusion de parecer á la presencia del Monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia, esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componíase esta de ochenta y cuatro velas, y él no tenia mas que cuarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Asi, luego que llegó á Sorrento, envió un esquife al almirante enemigo diciéndole, que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso los franceses pusieron en órden su armada, en donde iban un número considerable de condes y señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes taridas los dos estandartes del príncipe y de la iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en órden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte real, que colocó en medio, ordenó en cada buque su terrible ballestería, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fue ro-

deada de cuatro francesas, y al fin rendida; pero acudieron mas velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo donde iban los condes; y empeñada asi la batalla, los franceses se distinguian por el número y la valentía; los nuestros por la osadía y la destreza. Veíase á Roger armado sobre la popa de su galera animando á sus capitanes, y dirigiendo sus movimientos. A su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estrüendo, los suyos se alentaban, y se estremecian los enemigos. Declaróse en fin la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedia á los franceses maniobrar con acierto; y moviéndose tumultuariamente, y en desórden, mas parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron mas la accion, y empezaron á hacer grande estrago en ellos; que ya desbaratados y confundidos no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los condes y gente principal, apresadas cuarenta y

cuatro, el resto se puso en huida con Henrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió á Mecina las galeras espresadas con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápoles, que alborotada con tan grande derrota, se volvió á alterar (1287), y á aclamar el nombre del almirante español.

En tan gran conflicto los gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas seria útil al rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y fortaleza de Iscla, que habian cobrado los franceses; pero Don Jáime no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del almirante; á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dejado ganar por dinero de los enemigos. Él envió un comisionado suyo al rey de Aragon, para que la confirmase por su parte: mas tampoco vino en ello este Monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaria y guardaria si Don Jáime la admitiese.

Al año siguiente de mil doscientos ochenta y ocho consiguió su libertad el príncipe de Salerno, bajo las condiciones siguientes: que pagase veinte y tres mil marcos de plata, diese en rehenes á Roberto y Luis sus hijos, y alcanzase del papa y el rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito: baste decir que Nicolao IV, pontífice entonces, y el rey de Francia no las aceptaron: que el príncipe fue coronado por el papa mismo rey de Sicilia, y señor de Pulla, Capua y de Calabria; y que la guerra volvió á encenderse con mas furor que nunca. El rey Don Jáime pasó con su ejército á Calabria á reducir los lugares que se le habian revelado en aquella provincia; y con intento de dirigirse despues á sitiar á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de allí el conde de Artois, que habia con un grueso ejército querido hacer frente á los nuestros; Don Jáime se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el señor de él Roger de San-

geneto, que habiendo sido antes prisionero del rey de Aragon, por medio del almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenage de reducirse él y sus castillos á la obediencia del rey, y dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenia. Pudo mas con aquel caballero la fe jurada á su primer señor que el amor de sus hijos; y al punto que se vió libre, siguió haciendo toda la guerra que podia desde sus posesiones. Fue pues combatido con el mayor teson el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenia en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se hallaba el rey, hacia en los sitiadores un estrago terrible. El almirante que asistia á don Jáime en toda aquella expedicion, acudió entonces á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la mancha que deja en su carác-

ter semejante atrocidad, y todo su heroismo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que sordo entonces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimentos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fue enviado al padre; y Don Jáime, no queriendo perder mas tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio (1289), y envió á Sangeneto el otro hijo que tenia en su poder.

La armada y el ejército se dirigieron despues á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El rey intimó á la plaza que se rindiese; y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer todos los preparativos del sitio, y comenzó á combatirla. El rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con un ejército poderoso, cifrando los dos Monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenia á su favor la compañía de los mejores capitanes del

mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona; mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reinado, y la esparanza que tenia en él brillante ejército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores generales de aquel tiempo, que era el conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada dia aumentándose con auxilios que les venian del partido Guelfo en Italia; y los nuestros parecian ya mas sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia. Pero el rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador, con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al Papa, exhortándole á que procurase algun concierto entre los dos prínci-

pes: el Papa condescendió con los deseos de aquel Monarca, y envió un legado á Gaeta, el cual con el embajador ingles, persuadió á los dos reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Asi lo hizo; y tres dias despues, Don Jáime se volvió con su armada y ejército á Sicilia.

Mas á pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices sicilianos iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenian otro escudo ni otros valedores que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y estas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El rey Don Alonso no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricoshombres, zelosos de la conservacion de sus fueros y privilegios atropellados por el rey difunto, al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido Güelfo en Italia; tuvo por mas conveniente dar

la paz y la tranquilidad á sus estados, que sostener sus pretensiones á costa de una guerra, á la cual no veia fin. Hizo pues la paz con sus enemigos, ofreciendo entre otras condiciones renunciar su derecho á los estados de Sicilia; sacar de allí sus fuerzas y sus generales; persuadir á la reina su madre y á su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla; y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel príncipe se disponia á celebrar sus bodas con una hija del rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veinte y siete años de edad en mil doscientos noventa y uno. Su muerte fue generalmente sentida asi por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la cual fue muy señalado, y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*, como por haber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano Don Jáime, con tal de que dejase el reino de Sicilia á Don

Fadrique, sustituyendo á este en primer lugar en la sucesion, y despues de él al Infante Don Pedro, en caso de que Don Jáime prefiriere quedarse en Sicilia. Pero este príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para España; y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reinos y señoríos por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria quedarse con los estados de Sicilia y de Italia; y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de gobernador y general de Calabria á Don Blasco de Alagon, hombre de un esfuerzo á toda prueba, y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber con su sagacidad y moderacion establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle; retó á los franceses, que el rey de Nápolès tenia tambien en Calabria, y los desbarató, haciendo prisionero á su general Guido Primerano.

Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella; y acabó de afirmar la autoridad de Don Blasco. Mas como nunca faltan envidiosos al mérito, cuando se levanta, fue acusado ante el rey de haber tomado á Montalto, quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, y vino á España; pero antes hizo homenage al infante Don Fadrique, Lugarteniente de su hermano en aquellos estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le inputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de Africa, y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por Don Jáime, á ruegos de Don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este príncipe, navegó hácia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo rey; mas luego, por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus

mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castella, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender á Roger. Mas este, que prevenia siempre los accidentes, y vencia las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto concierto como si tuviesen delante á los enemigos. No pudo Estendardo excusar de venir á batalla, la cual fue muy reñida, sin embargo de darse con poca gente: pero herido el general frances, y sacado á duras penas del riesgo, se declaró la victoria por Roger; el cual, siguiendo las fieras instigaciones de su índole inhumana, hizo degollar á uno de los prisioneros, Ricardo de Santa Sofia, porque siendo gobernador de Cotron por el rey de Aragon habia entregado aquella plaza á los enemigos. Ganada la batalla, y recogida la gente á la armada, dirigióse hácia levante, costeó la Marea, entró de noche y saqueó á Malvasía; taló la isla de Chio, y cargado de presas y despojos dió la vuelta al puerto de Mecina.

Seguian entretanto las negociaciones de paz entre los príncipes enemigos; y era difícil al de Aragon lograrla á buen partido en aquel estado de cosas. La union tan estrecha entre las casas de Nápoles y Francia, la adhesion de los Papas á su partido por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia, el entredicho puesto en Aragon, y la investidura dada á Cárlos de Valois, no consentian concierto ninguno que no tuviese por basa la renunciacion de la isla, á menos de que Don Jáime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesion de aquel estado. Pero estas ventajas no podian esperarse del poder que le asistia, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran Don Pedro su padre. Blandeó pues al fin, y ajustó su paz con la Iglesia, con el rey de Nápoles y el de Francia, renunciando su derecho sobre la Sicilia, y obligándose á arrojar de ella con sus armas á su madre y hermano, en caso de que no quisiesen dejar la posesion en que estaban. Concertó casarse con una hija del rey de Nápoles, y por un ar-

tículo secreto le prometió el Papa la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega en cambio de la Sicilia.

Al rumor de estas negociaciones, los sicilianos enviaron embajadores á Don Jáime á pedirle que reformase ó revocase una concordia tan perjudicial para ellos. Entretúvolos el rey algun tiempo, mientras se terminaba el tratado; y cuando ya estuvo confirmado, al tiempo de celebrar sus bodas en Villabertran con la infanta de Nápoles, les dió su respuesta final, anunciándoles la renuncia que habia hecho de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Cárlos su suegro. Oyeron esta nueva como si recibieran sentencia de muerte; y delante de los ricoshombres y caballeros, que á la sazon se hallaban presentes, es fama que Cataldo Russo, uno de ellos, se explicó en estas palabras.

« ¡ Con qué en vano ha sido sostener tan « grandes guerras, verter tanta sangre, y « ganar tantas batallas, si al fin los mismos « defensores que elegimos, á quienes ju- « ramos nuestra fe, y por quien con tanto « teson hemos combatido, nos entregan á « nuestros crueles enemigos! No ganan,

« no, á Sicilia los franceses, tantas veces « derrotados por mar y por tietra; el rey « de Aragon es quien la abandona, te- « niendo menos aliento para sostener su « buena fortuna, que perseverancia y te- « nacidad sus contrarios para contrastar la « adversidad de la suya. Afirmado, como « lo está el reino de Sicilia, conquistada « la Calabria toda, y la mayor parte de « las provincias vecinas, vencedores siem- « pre que hemos combatido, nada nos fal- « taba á los sicilianos sino un Monarca que « nos tuviese en mas precio, y supiese es- « timar su prosperidad. ¡ Desventurados ! « ¿ Qué nos puede valer ya por nuestra « parte delante de un rey, que confunde « todas las leyes divinas y humanas, y no « solo abandona á sus mas fieles vasallos, « sino que pone á su madre y hermanos en « poder de sus enemigos ? Ellos vendran « á nuestras casas, verán las paredes teñi- « das aun con la sangre de los suyos, y « si soberbios y crueles fueron antes, ¿ qué « no harán en nuestro daño, llevados de « la rabia y la venganza ? Decid ¿ á quién « quereis que nos demos ? ¿ Será á aquel, « que siendo príncipe de Salerno y prisio-

« nero, por vuestra causa, y á presencia « vuestra, condenamos á muerte? ¿ Entre« garemos vuestra madre y hermanos al « hijo de aquel, que en un dia quitó el « reino y la vida al rey Manfredo su padre? « Pero la miseria y la injusticia producen « al fin la independencia. Los pueblos de « Sicilia no son un rebaño vil que se com« pra y se enagena por interes y dinero. « Buscamos á la casa de Aragon para que « fuese nuestra protectora, la juramos va« sallage, y con su ayuda arrojamos de la « isla á los tiranos, y castigamos sus atro« cidades. Si la casa de Aragon nos aban« dona, nosotros alzamos el juramento « de fidelidad que le hicimos, y sabremos « buscar un príncipe que nos defienda : « desde este momento no somos vuestros « ni de quien vos quereis que seamos: « mandad que se nos entreguen las forta« lezas y castillos que se tienen por vos « ahora; y libres y exentos de todo señorío, « volvemos al estado en que nos hallába« mos, cuando recibimos por rey á Don Pe« dro vuestro padre.»

Estas palabras, acompañadas de lágrimas y demostraciones de desesperacion y

dolor, conmovieron á todos los circunstantes; pero el rey, que ya habia tomado su partido, les admitió la protestacion de libertad qne habian hecho, dió las órdenes que le pedian, y les encargó que cuidasen de su madre y su hermana (1295); añadiendo que nada les decia acerca del infante Don Fadrique, porque este, como buen caballero, sabria bien lo que habia de hacer.

Ocupaba en aquella sazon la silla pontificia Bonifacio VIII, Papa célebre por su ambicion, su sagacidad y sus desgracias. Antes de su eleccion habia tenido algunas relaciones con Don Fadrique; y el infante, luego que le vió Papa, le envió una embajada á congratularle y hacérsele propicio. Bonifacio le pidió que viniese á verle con Juan Prochita, Roger de Lauria y algunos Barones de Sicilia, con el objeto, segun decia, de arreglar las cosas de la isla, y tratar del acrecentamiento de aquel príncipe. Estas vistas se hicieron en la playa de Roma; y como el Papa viese la gentil disposicion del infante, y la magnanimidad y discrecion que mostraba en sus palabras, desesperó de poderle traer á los fines

que queria, y eran que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposicion. Abrazóle, y viéndole armado, dió á entender que sentia ser la causa de que tan mozo se aficionase á las armas. Volvióse despues á Roger, y considerándole despacio: *¿ Es este*, dijo, *el enemigo tan grande de la Iglesia, y el que ha quitado la vida á tanta muchedumbre de gentes ? Ese mismo soy, Padre santo*, respondió Roger; *mas la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra*. Tras de estas y otras pláticas Bonifacio se separó con Fadrique; y persuadiéndole que se conformase con la paz que su hermano habia concertado, le prometió casarle con Catalina, nieta de Balduino, último emperador latino de Constantinopla; y ayudarle con las fuerzas de Francia y las suyas á conquistar aquel imperio. El infante admitió la oferta; prometió no oponerse á la restitucion de la Sicilia, y se volvió á la isla.

En ella no se creyeron al principio las noticias de la paz, ajustada entre el rey de Aragon y sus enemigos. Mas cuando los embajadores, enviados á este fin, volvieron con la respuesta y declaracion de-

finitiva de Don Jáime, sacando fuerzas de su desesperacion misma, los sicilianos en parlamento general del reino, celebrado en Palermo, pidieron al infante Don Fadrique que se encargase de aquel estado; lo cual, consentido y admitido por él, se señaló dia para juntarse en Catania los barones y señores principales de la isla con los síndicos y procuradores de las ciudades á prestar el juramento de fidelidad. Roger en aquella ocasion, si bien al principio estuvo perplejo por las relaciones estrechas que tenia con el rey de Aragon, y por la incertidumbre en que se hallaba de su renuncia, luego que estuvo cierto de ella, y vió el consentimiento general de toda Sicilia, acudió al parlamento señalado, y en la iglesia mayor de Catania, delante de todo el reino, convocado allí á este fin, él fue quien aclamó rey de Sicilia al infante, y él fue quien probó que esto le era debido por disposicion divina, por la sustitucion que habia hecho en él su hermano Don Alonso (1296), y por general eleccion de todos los sicilianos.

El Papa, sabiendo esta resolucion, envió allá embajadores para estorbarla; pero

fueron arrojados de la isla sin ser oidos. Don Jáime publicó un edicto, mandando á los guerreros aragoneses y catalanes, que estaban en Sicilia, se viniesen para él, viendo la necesidad que tendria de ellos en la guerra, que ya preveia entre él y su hermano. Algunos obedecieron, pero los mas se quedaron en Sicilia á persuasion de Don Blasco de Alagon, que á despecho de Don Jáime habia vuelto allá, cumpliendo con la palabra que antes habia dado á Don Fadrique. Este les dijo, que perteneciendo al infante aquel reino, y siendo los franceses enemigos comunes de Sicilia y de Aragon, nadie deberia tenerles á mal caso el que ellos le defendiesen con todo su poder de su bárbara dominacion, y se ofreció á sustentarlo con las armas delante de cualquier príncipe. Era este caballero uno de los mas señalados de aquel tiempo por su linage, sus hazañas y sus virtudes: su autoridad contuvo una gran parte de sus compatriotas; y puede decirse que su presencia en Sicilia fue lo que mas contribuyó á mantener su independencia en la gran borrasca que la amenazaba.

Llegaba ya el tiempo en que iba á ser privada de su mejor defensa con la desercion de Roger. Este, aunque habia sido nombrado almirante por Don Fadrique, y le acompañó en su primera expedicion á Calabria, empezaba á flaquear en la fe que le habia prometido. La primera demostracion del disgusto se manifestó en Catanzaro, plaza fuerte de la baja Calabria, y que estaba entonces defendida por Pedro Russo, uno de los barones mas acreditados de Nápoles. Habia el rey ganado á Esquilache, y llamó á sus capitanes á consejo para tratar si habia de embestir ó no á Catanzaro. El almirante fue de parecer que se acometiese antes á Cotron y otros pueblos que estaban descuidados; los cuales rendidos, la empresa de Catanzaro seria mas fácil. En un hombre tan arrojado como Roger, pareció extraño que propusiese el partido mas tímido; y todos lo atribuyeron al parentesco que tenia con Pedro Russo. Sin embargo, ninguno osaba contradecirle; hasta que el rey, que deseaba ganar crédito en aquella empresa, y autorizar sus armas, dijo, que si los enemigos los veian acometer las plazas débiles, y

huir de embestir á las fuertes, menospreciarian su poder; y que por esto convenia acometer desde luego lo mas árduo, y con una victoria conseguir muchos triunfos.

Prevaleció este dictámen, y el ejército embistió á Catanzaro. Su defensor, conociendo desde los primeros encuentros que no era bastante á resistir, pidió treguas de cuarenta dias, á condicion de rendir la plaza, si en ellos no era socorrido. Concediósele este partido; y todos los pueblos de la comarca siguieron el ejemplo de Catanzaro, y se aplazaron del mismo modo; entre ellos Cotron, en cuyas cercanías asentó Don Fadrique su campo. Sucedió que entre los vecinos del lugar y los franceses que le guarnecian se movió un alboroto, y vinieron á las armas. Los vecinos llamaron en su ayuda á los sicilianos; y estos, no teniendo cuenta con las treguas, entraron en la plaza, acometieron á los franceses, que retirados al castillo, creyeron que todo el ejército enemigo venia sobre ellos; y no tuvieron aliento para defenderle de aquella poca gente dispersa y desmandada. Cuando la noticia de este tumulto llegó á Don Fadrique, desarmado

como estaba, subió á caballo, y tomando una maza corrió con algunos caballeros hácia el castillo á contener á los suyos, que ya andaban robando. Hirió y mató algunos de ellos; mas el socorro no llegó tan presto, que ya los franceses no hubiesen recibido grande daño; y el rey lo reparó en la manera posible, mandando restituir lo que pudo hallarse, pagando el resto de su cámara, y haciendo pôner en libertad dos franceses de los que tenia al remo por cada uno de los que habian muerto en el rebato.

La tregua habia sido ajustada por Roger; y su violacion, aunque imprevista, fue para su ánimo orgulloso un desaire á su autoridad. Impaciente de cólera, llegó á la presencia del rey, y renunciando su empleo de almirante, se despidió de él diciéndole, «que él no era mas famoso « por sus servicios y sus victorias, que por « su exactitud y puntualidad en guardar « los pactos y conciertos que hacia: que « esta fama de leal le hacia ilustre entre « italianos, franceses, españoles, moros « y orientales: que aquella violacion era « una mancha en su fe, la cual mancillaba

« su buen crédito, y disminuia su autori-
« dad : que le diese pues licencia para re-
« tirarse de su servicio; y que presto lle-
« garia tiempo en que sus émulos, con-
« fundidos con el peso de los negocios y
« defensa de aquel reino, confesarian la
« sencillez y la fidelidad con que Roger
« servia á su rey. *Este, alterado con aque-*
« *lla resolucion, le respondió indignado,*
« que se fuese donde gustase, aunque fuese
« á sus contrarios; porque si sus servicios
« eran muchos, no eran menores ni menos
« conocidos los premios que se le habian
« dado : sobre todo, era mucho mayor que
« ellos su soberbia y su jactancia, la cual
» no queria él sufrir por nada en el mundo. «
Hubiera pasado á mas la alteracion á no haber mediado Conrado Lanza, cuñado de Roger, persona de grande autoridad por sus muchos servicios. A su persuasion se aplacó el rey, y Roger pidió perdon de su demasía, y se reconcilió en su gracia. Mas sus contrarios no por eso se desalentaron en sus intrigas y en sus imputaciones. Sabian que el rey de Aragon habia intimado públicamente á Roger que entregase al rey Cárlos al castillo de Girachi; y que de no

hacerlo, procederia contra él y sus bienes como señor contra vasallo : sabian que ademas de este requerimiento público habia tratos secretos entre el almirante y Don Jáime; y juzgaban que aquel enojo de Roger era un pretexto para dejar el servicio de Don Fadrique.

Mas sea que estos tratos aun no tuviesen la correspondiente madurez, ó que todavía Roger estuviese de buena fe asistiendo á este príncipe, lo cierto es, que despues de este lance, él mandó la armada siciliana que se envió al socorro de Roca Imperial, sitiada por el conde Monforte. Noticioso de que el sitio se habia levantado, costeó las marinas de la Pulla, haciendo á los enemigos de Sicilia toda la guerra que él acostumbraba en esta clase de correrías. Asaltó y puso á saco á Lecce, y volviendo con el despojo á Otranto, entró sin resistencia en esta ciudad, entonces abierta y sin defensa; y viendo la oportunidad de su situacion y la excelencia de su puerto, hizo reparar sus murallas, y fortalecerla con baluartes. De allí pasó con la armada á Brindis, donde habian entrado de refuerzo seiscientos soldados escogidos

sentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazon del rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si Don Jáime venia armado contra su hermano, este le recibiese á mano armada tambien, y la guerra decidiese su querella.

Vuelta la corte á Mecina, Roger mostró á Don Fadrique una carta del rey de Aragon, en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia de ejecutarlo; ofreciendo delante de Conrado Lanza, que solicitaria con aquel Monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Diósela el rey, y le concedió ademas dos galeras, que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenia en Calabria antes de partir á Aragon. En su ausencia sus émulos acabaron de irritar á don Fadrique en su daño: imputábanle que en su expedicion á Otranto, y en aquel mismo viage que hacia para visitar sus castillos, se habia avistado con los generales del rey Cárlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decian que su cuidado en pertre-

char sus fortalezas, manifestaba su intencion de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del rey, y llegando á su presencia, le pidió la mano para besársela, y el rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire; y Don Fadrique le responde; que un hombre que se entiende con sus enemigos, ya no es su vasallo: mándale ademas que quede arrestado en palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso; *nadie,* exclama, *hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el rey de Aragon esté con ella: ni es este el galardon que mi lealtad y mis servicios han merecido.* Ninguno osaba llegarse á él; y respetando al cabo la palabra del rey se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palici, que tenian grande autoridad con el rey, salieron por sus fiadores, y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo, se dirigió á una de las fortalezas que tenia en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir con-

cierto; pagó la suma en que sus fiadores se habian obligado; y el rey temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

Los embajadores del rey de Aragon llevaban tambien el encargo de pedir á la reina Doña Constanza y á la infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Cárlos. Vino en ello Don Fadrique; y su madre y su hermana, acompañadas de Juan Prochita y de Roger de Lauria salieron (1297) á un tiempo de Sicilia. Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas, que á un tiempo, y como expelidos, dejasen á Sicilia la hija y nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y consejo habia libertado la isla, y el guerrero invencible que la habia defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes antes eran mortales enemigos. Roger perdia en la separacion no solo los grandes estados que tenia en Sicilia, sino

caudales inmensos que habia puesto en poder de mercaderes. El rey Don Fadrique se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del almirante, que desde ellas habian empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragon, el de vice-almirante de la Iglesia, el estado de Consentayna, y el enlace de su hija Beatriz con Don Jáime de Ejérica, primo hermano del Monarca aragones, consolaron á Roger de las pérdidas que hacia en Sicilia, y le pagaron su desercion. Es preciso confesar sin embargo que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que pareceria mas grande al frente de las fuerzas sicilianas, y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos, atraido por dones y empleos, seguramente todos desiguales á su mérito y á su nombre.

El alma de toda esta nueva confederacion era el Papa, y á nombre de la Iglesia se hacia todo. El rey Don Jáime fue á Roma, celebró allí las bodas de su hermana con el duque Roberto, recibió la investidura

del reino de Cerdeña, y se volvió á Aragon á hacer los preparativos del armamento que habia de embestir á Sicilia. Entretanto Roger, acaudillando la gente de guerra que le confió el rey de Nápoles, entró en Calabria, con intento de ganar, ya con la fuerza, ya con la astucia, los pueblos que en aquella provincia estaban por Don Fadrique. Hallábase ausente Don Blasco de Alagon, general en Calabria por Sicilia; y en su ausencia el vecindario de Catanzaro alzó banderas por el rey Cárlos, y puso el castillo en tanto aprieto, que su guarnicion concertó rendirse, si dentro de treinta dias su rey no enviaba socorro tal, que pudiese ponerse en batalla delante de Catanzaro. Un dia antes de cumplirse el plazo llegó Don Blasco á Esquilache, y dió vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza, acaudilladas por Roger de Lauria y el conde Pedro Russo. Tuvo por la noche noticia de haber llegado refuerzo á los enemigos; y ocultándolo á los suyos para no desanimarlos, llegó con su tropa en la tarde del último dia concertado, faltándole muchas compañías, que por la precipitacion de la marcha no acu-

dieron á tiempo. Púsose con los estandartes tendidos en órden de batalla delante de la ciudad; y el almirante, confiado en el número de los suyos, que eran setecientos contra doscientos hombres de armas, y unos pocos almugávares, acometió con todo el vigor y la impetuosidad que solia. Mas la gente que entonces acaudillaba no eran aquellos catalanes y aragoneses que con solo oir el nombre de Lauria ya se creian seguros de la victoria; el sol le era contrario, y el guerrero que tenia contra sí estaba tambien acostumbrado á pelear, mandaba soldados aguerridos, y sobre todo no sabia ceder. Murieron muchos: Roger, herido en un brazo, caido y abandonado junto á un valladar, fue salvado por un soldado que le subió en su caballo, y aquella misma noche le recogió en el castillo de Badulato. Su herida y su caida, haciendo creer que estaba muerto, desalentaron á los franceses, que huyeron dejando (1297) el triunfo y la victoria en manos de los españoles. Este fue el primero y único desaire que recibió Roger de la fortuna, la cual en aquella ocasion quiso pasar á las sienes del guerrero aragones los lauros que adornaban las de Lauria.

Roger, furioso de ira por aquel reves, y acusando altamente á los franceses delante del rey Cárlos de su cobardía, y del desamparo en que habian dejado á su general, salió de Italia, y se vino á Aragon á precipitar los medios de la venganza. Esta se le cumplió, aunque no tan pronto como deseaba, ni tan exenta de reveses como estaba acostumbrado. Puesta á punto la armada aragonesa, el rey Don Jáime navegó á Italia, donde recibió de mano del Papa el estandarte de la Iglesia, y despues se juntó con todas las fuerzas del reino de Nápoles, que le aguardaban para embestir á Sicilia. Este fue el armamento mas considerable que se hizo en aquel tiempo; Roger tenia la principal autoridad militar en él, y parecia imposible que la isla resistiese á una invasion tan formidable. Don Fadrique salió con su armada á la vista de Nápoles, y se apostó en la isla de Iscla para combatir á los aragoneses, antes de su union con las galeras francesas. Estando allí, se dice que su hermano le amonestó que no tuviese la temeridad de tentar á la fortuna lejos de su casa, y que se volviese á Sicilia. Fadrique

siguió el consejo, y vuelto á la isla se aplicó con gran diligencia á pertrechar y fortalecer los lugares y castillos de la marina. La escuadra combinada llegó á la costa de Patti, y desembarcado el ejército, Patti y otros muchos pueblos y castillos, parte por fuerza, parte por inteligencias del almirante, se dieron al rey de Aragon. Mas como llegase el invierno, y la armada necesitase de abrigo, se escogió á este fin el puerto de Siracusa, y la armada dió la vuelta á la isla, y entró en aquel puerto. Siracusa se defendió con una constancia que no se esparaba: entretanto los vecinos de Patti se volvieron á la obediencia del rey Don Fadrique, y estrecharon el castillo guarnecido con tropas de Don Jáime. Este envió á socorrer á los sitiados por tierra al almirante, y por mar á Juan de Lauria, su sobrino, con veinte galeras escogidas, armadas de catalanes. El almirante atravesó la isla; á la fama de su venida, los sitiadores alzaron el cerco, y despues de provisto el castillo de gente y municiones, se volvió á sus reales. Juan de Lauria pasó con sus galeras el Faro; visitó y pertrechó los lugares

y fortalezas de la comarca y marina de Melazo, y dió la vuelta hácia Siracusa. Pero los mecineses le salieron al encuentro con veinte y dos velas, le atacaron animosamente, y le ganaron diez y seis galeras, haciéndole prisionero á él mismo. Fulminósele proceso como á traidor, y sentenciado á muerte por la gran corte, le cortaron la cabeza en Mecina: rigor quizá tan inhumano como impolítico, y que pareciendo hecho menos en castigo de aquel desdichado mozo, que en odio del almirante, anunciaba á este su destino, si algun dia venia á parar á manos de sus enemigos.

Para su genio colérico é impaciente debió ser terrible este contratiempo, tanto mas que por entonces se le dilataba la venganza, pues el rey de Aragon, desesperando ganar á Siracusa, abatido con las pérdidas que cada dia hacia su ejército y con el desastre de su escuadra, levantó el cerco, y como huyendo de su hermano, se fue precipitadamente á Nápoles, y de allí dió la vuelta á España. Mas ardiendo en deseo de lavar la mengua de su campaña anterior, al año siguiente

volvió á Nápoles con Roger y con su armada, convocó á la empresa todos los pueblos de la Italia; y luego que estuvieron juntas las fuerzas de los dos reinos, pasó á Sicilia. Su hermano, no queriendo exponer el interior de la isla á los estragos que habia sufrido en la invasion pasada, y confiando en la fuerza y destreza de sus marinos, confirmadas por la victoria conseguida contra Juan de Lauria, salió de Mecina con su armada, determinado á exponer su estado y persona al trance de una batalla decisiva. Avistáronse las dos armadas en el cabo de Orlando, y era tal la confianza y soberbia de los sicilianos, vencedores siempre en el mar por tantos años, que quisieron al punto acometer sin órden ni concierto á las galeras enemigas, que los esperaban arrimadas á la costa, enlazadas y trabadas unas con otras, por disposicion de Roger, á manera de un muro incontrastable. Su rey los contenia; y siendo puesto el sol, cuando se avistaron unos y otros, pareciéndoles poco el tiempo que quedaba, espararon al otro dia para la ejecucion de sus furores.

Fue esta batalla (junio de 1299) sin duda

la mas escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro no por delito, ni por usurpacion, ni por interes que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambicion agena, y despojar el uno al otro de lo que su valor y su sangre y la aclamacion de los pueblos le habian dado. Apenas habia guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragon, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervencion á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios. Roger por la noche hizo sacar de sus galeras todos los caballos y gente inútil; reforzólas con los soldados de los presidios, que el rey tenia puestos en los lugares vecinos de la costa; y luego que rayó el dia, hizo desenlazar

sus buques, y se lanzó en alta mar. Eran sus galeras cincuenta y seis, y las sicilianas cuarenta. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno en su capitana, siendo los principales guerreros que asistian al de Sicilia Don Blasco de Alagon, Hugo de Ampurias, Vinchiguerra de Palici y Gombal de Entenza, entre quienes repartió el mando de las divisiones de su escuadra. Al de Aragon acompañaban en la capitana el duque de Calabria y el príncipe de Taranto sus cuñados. Peleóse gran espacio de lejos con las armas arrojadizas; mas Gombal de Entenza, impaciente de señalarse, cortó el cabo que amarraba su galera con las demas de su bando, y se arrojó á los enemigos. Salieron á recibirle tres velas, y la batalla empezó á trabarse de este modo, combatiéndose de ambas partes con igual teson hasta mediodia. El calor era tan grande, que muchos soldados morian sofocados sin ser heridos. Cayó muerto Entenza, y su galera se rindió: otras de Sicilia siguieron su ejemplo, hostigadas de una division que Roger habia dejado suelta, para que acometiese á los enemigos por la popa. Desmayaban con esto los sicilia-

nos; y el rey Don Fadrique, viendo declararse la fortuna por su hermano, determinó morir; y mandó que llamasen á Don Blasco de Alagon, para juntos acometer al enemigo, y acabar como buenos. La fatiga y la rabia, ayudadas del calor insufrible que hacia, rindieron sus fuerzas, y le hicieron caer sin aliento. Entonces los ricoshombres que le acompañaban, acordaron que la galera se retirase de la batalla tras de otras seis que tambien huian. Don Blasco, que no quitaba los ojos de la capitana, luego que la vió huir, mandó á su alferez Fernan Perez de Arbe que moviese el pendon para acompañar al rey: *No permita Dios jamas*, respondió aquel valiente caballero, *que yo mueva para huir del enemigo el pendon que me entregaron;* y sacudiendo de la frente la celada, se rompió desesperado la cabeza contra el mástil del navío, y murió á otro dia. No peleó con menos aliento el rey Don Jáime: clavado por el pie con un dardo á la cubierta de su galera, sufrió el dolor sin dar muestras de estar herido, siguiendo peleando y animando á los suyos con el ejemplo. Este teson era digno

de la victoria que conseguia; y la hubiera merecido con mas razon, si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las diez y ocho galeras sicilianas que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mecina, pagaron con su vida el suplicio de Juan de Lauria. Dióseles muerte de diversos modos; y mientras los espectadores de esta crueldad, aunque agitados del combate, se movian á compasion, y lloraban de lástima, Roger miraba el estrago con ojos enjutos, y en altas voces animaba á la matanza. Saciado ya de muertes, cesó el castigo, y los prisioneros fueron llevados delante del rey. No faltó entre ellos quien echase á los españoles en cara su inhumanidad y su furor, su olvido de los obsequios y favores que habian recibido en Sicilia, en fin su ingratitud con aquellos marinos mismos que en San Feliú y en Rosas, habian libertado á Cataluña de la invasion de la Francia. Don Jáime oyó estas quejas con indulgencia; y entre los circunstantes habia muchos que las aprobaban, y aun murmuraban de su victoria.

aquella empresa, y se ofrecia con toda la seguridad de su esfuerzo y de su fortuna á buscar al príncipe, y vencerle. Pero Don Fadrique por su ánimo y su constancia, era digno de su elevacion; tuvo á cobardía este consejo, y quiso arriesgar su persona y su reino al trance de la batalla. Salió pues en busca del príncipe, que confiado en la suerte que favorecia su partido, no dudó de aceptar el combate, que los sicilianos le presentaron. Al principio el éxito fue muy dudoso, y aun adverso á Don Fadrique; y se dice que uno de los barones que le acompañaban, le requirió que saliese de la batalla. *¿ Salir yo ?* respondió el rey : *he aventurado hoy mi persona por la justicia de mi causa : huyan los traidores y los que quieran imitarlos; que yo, ó he de morir ó he de vencer.* Dicho esto, mandó al caballero que llevaba su estandarte, que le tendiese enteramente, y con los que tenia á su lado arremetió el primero, adonde el peligro era mas grande. Fue herido en el rostro y en un brazo; pero al fin hizo suya la victoria, contribuyendo mucho á ella la disposicion que Don Blasco de Alagon dió al ejército, y el valor y des-

treza de los terribles almogávares. El príncipe de Taranto fue hecho prisionero, y el rey mandó que se le custodiase en el castillo de Cefalú, guardado por Martin Perez de Oros, el mismo caballero que en la batalla le habia rendido.

Roger habia previsto esta desgracia, conociendo la sagacidad y actividad de Don Fadrique y Don Blasco: y su dictámen en el consejo que tuvo el duque de Calabria, cuando supo la llegada de su hermano al Val de Mázara, era de que al instante los dos ejércitos marchasen uno á otro á coger en medio al rey de Sicilia, y unirse para concertar sus operaciones. Púsose esto por obra, pero ya fue tarde; y sabida la derrota y prision del príncipe, se volvieron tristemente á Catania. Con este suceso, y la victoria que junto á Gallano consiguió Don Blasco en un encuentro que tuvo con los franceses, mandados por el conde de Brena, que fue hecho tambien prisionero; los sicilianos, confiados y orgullosos, armaron veinte y siete galeras, y juntándose á ellas otras cinco genovesas, salieron al encuentro á Roger, que con la armada napolitana habia ido á Nápoles á buscar re-

fuerzos de gente para el duque de Calabria. Era almirante de ellas Conrado de Oria, genoves, muy estimado de Don Fadrique, y uno de los mejores marinos de su tiempo. Pero ¿quién podia arrostrar á Roger de Lauria en el mar sin nota de temerario? Las galeras genovesas no osaron entrar en batalla; y las sicilianas, inferiores con mucho en número, y mas todavía en fuerzas y en destreza, fueron vencidas y apresadas casi todas. La capitana, en que venia Conrado de Oria, hizo una resistencia digna del nombre y reputacion de aquel caudillo, y acreedora á mejor suerte. Rodeada por todas partes, sola y sin esperanza, contrastó por gran tiempo su mala fortuna, haciendo una gran carnicería en los contrarios con la ballestería genovesa que llevaba á bordo. Viendo Roger que ni se rendia ni era posible entrarla, mandó que la desfondasen; y como ni aun esto pudiese ejecutarse, determinó que se acostase una galera, y la pegase fuego; entonces Oria se rindió, y entregó al almirante el estandarte real. Fue esta batalla junto á la isla de Ponza; y Roger, segun su inhumana costumbre, manchó la gloria

adquirida en ella con la crueldad que usó en los ballesteros genoveses de la capitana de Sicilia, á quienes hizo sacar los ojos y cortar las manos en venganza del daño que le habian hecho. Apenas él habia dado este ejemplo de barbarie tan odioso, Oria y el rey Don Fadrique dieron uno bien loable de generosidad y entereza. Fue Oria tratado en su prision con todo rigor, y aun amenazado de muerte si no entregaba el castillo de Francavila que tenia en Sicilia: él se negó á la propuesta, diciendo que el castillo era del rey Don Fadrique; y este, estimando mas la persona de aquel caballero, mandó rendir el castillo (1300), sin embargo de la importancia de su posicion.

Esta fue la postrera batalla y última victoria señalada de Roger. Cansado ya de vencer y fatigado de triunfos, se avistó con Don Blasco de Alagon, para que entre los dos acordasen un medio de concierto entre aquellos príncipes. Púdose estrañar mucho en el carácter duro del almirante este movimiento á la paz: tal vez desconfiaba ya de sojuzgar la Sicilia, y temia que se le trocase la fortuna. Mas cualquiera

que fuese el motivo que le instigase, ni él ni Don Blasco fueron los mediadores de la paz, que dos años despues se ajustó al fin entre Cárlos y Don Fadrique. Habian sitiado los franceses á Mecina; y á pesar de la estrechez en que la pusieron, fuéles forzoso levantar el sitio, porque la hambre y miseria que sufrian los cercados las empezaron á padecer los sitiadores. Concertáronse treguas por medio de la duquesa de Calabria, hermana de don Fadrique; y no habiéndose efectuado la paz, los franceses quisieron hacer el último esfuerzo para sujetar la isla. A este fin pasó á ella el conde de Anjou, hermano del rey de Francia, con una poderosa armada y un florido ejército. Las cosas de Sicilia estaban tan desesperadas, que parecia ya temeraria la resistencia. Don Blasco habia muerto de enfermedad en Mecina durante el sitio. Los pueblos que estaban por Don Fadrique, se hallaban en el estado mas miserable, sin comercio y sin recursos; una gran parte del reino en poder de los enemigos. Mas el invencible corazon del rey sobrepujó á todo: el conde de Anjou entró en la isla, ganó algunos lugares, y

se detuvo en Siacca, que defendida por un hombre de valor, no quiso rendirse, y le hizo perder cuarenta y tres dias. La peste que se declaró en el campo matando gran número de hombres y caballos, los disminuia y hostigaba, cuando Don Fadrique, aprovechándose de esta situacion, se acercó á los franceses con intencion de darles batalla. El conde entonces, no queriendo aventurarse al trance de la pelea, ni dejar vergonzosamente el sitio comenzado, creyó que lo mas oportuno seria inducir á los príncipes á hacer la paz. Esta al fin se concertó, quedándose Don Fadrique con el reino de Sicilia, renunciando lo que tenia en Calabria, y casándose con Leonor, hija del rey Cárlos.

Tal fue el fin de esta célebre contienda, que duró veinte años, y en que Roger de Lauria fue el principal y mas glorioso concurrente. En los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debia con su persona, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnizacion por los grandes estados que habia perdido en Sicilia, y los servicios señalados que habia hecho á los reyes de Aragon y de Nápoles en los últimos años de la

guerra. Pero era preciso que asi fuese: el rey de Nápoles perdia á Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar tambien de ellos quedaba siendo rey de la isla Don Fadrique. Asentada la paz, él se retiró á España; y murió en Valéncia en diez y siete de enero de mil trescientos y cinco. Su cuerpo está enterrado en el monasterio de Santas Cruces, del órden de san Bernardo en Cataluña, debajo del panteon del rey don Pedro III, cuyo mayor amigo habia sido: allí mandó él enterrarse en el testamento, que otorgó en Lérida, año de mil doscientos noventa y uno, en caso de que su muerte acaeciese en alguno de los estados de Aragon, Cataluña, Valencia y Mallorca. Su epitafio, aunque algo gastado por el tiempo, dice asi, traducido de la lengua catalana en que está escrito: *Aqui yace el noble Roger de Lauria, almirante de los reinos de Aragon y de Sicilia por el señor rey de Aragon, y pasó de esta vida en el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo mil trescientos y cuatro, á diez y seis de las calendas de febrero.*

La sencillez y modestia de esta inscripcion hace resaltar mas la gloria de Roger,

y avergüenza á los que habiendo sido nulos en vida, quieren despues èngañar á la posteridad con los pomposos epitafios que se les ponen en los sepulcros. Ningun marino, ningun guerrero le ha superado antes y despues en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura mas pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que habia de tener. En las ocasiones de lucimiento y en los torneos y justas nadie podia igualarle en magnificencia, ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas calidades la dureza bárbara que las deslucia: su corazon de tigre no perdonó jamas; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacia indigno de las victorias que conseguia. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles. Mas distinguiéndose él entonces en la crueldad y en la venganza, parece que su corazon era mas

de Don Juan, infante de Aragon, y Doña Blanca, hija y sucesora de Cárlos III, rey de Navarra, llamado, por la excelencia de su carácter, *el Noble*. Ardia en aquella sazon Castilla en guerras civiles, atizadas por la ambicion de los grandes, que viendo la flaqueza y la incapacidad de Juan el II, querian á porfía apoderarse de la administracion y del gobierno. El Infante hacia un papel muy principal en estas discordias, aunque por entonces favorecia el partido al parecer mas justo, que era el de la corte. Aragon sufria la calamidad de la guerra, que sostenia su rey Don Alonso, en demanda del reino de Nápoles. Francia se hallaba desgarrada con sus divisiones intestinas, y la invasion de los ingleses. Solo el pequeño estado de Navarra gozaba de una profunda paz, debida á la prudencia de su rey, y á la habilidad con que habia sabido grangearse el amor de las potencias convecinas, sin chocar jamas con ninguna. Cárlos, su nieto, que segun los pactos matrimoniales ajustados entre Doña Blanca y Don Juan, habia de criarse en Navarra, fue llevado á ella por su madre, y puesto bajo la tutela y la

educacion de su abuelo. Un año habia cumplido entonces ; y el rey, que tenia puesta en él toda la esperanza de su sucesion, y de la felicidad del estado, quiso condecorarle como su heredero, y erigió en principado el estado de Viana, para que fuese de allí en adelante el título y patrimonio de los primogénitos de Navarra. Institucion que fue aprobada en cortes generales del reino, celebradas en Olite, al mismo tiempo que el niño jurado solemnemente heredero y rey de Navarra para despues de los dias de su abuelo y su madre Doña Blanca.

Don mas augusto y mas grande que el del principado fue la excelente educacion que recibió; y que si bien no pudo completarse en vida del rey anciano, fue seguida bajo el mismo plan por su virtuosa madre. Todo contribuyó á ello : ejercicios varoniles; máximas de virtud; estudios á propósito para enriquecer su entendimiento y formar su corazon; sobre todo el espectáculo de un reino tranquilo y floreciente, bajo una administracion sabia y moderada. El fruto que se sacó de estos desvelos fue grande en los adelantamientos del príncipe, cuya conducta y escritos

son una insigne prueba de ellos; pero las esperanzas, que los pueblos pudieron prometerse, fueron tristemente anegadas en la borrasca de sus desventuras.

Era aun muy niño cuando murió su abuelo; mas el fallecimiento de su madre le cogió ya en la edad de veinte y un años cumplidos. Nombróle (1442) por heredero suyo universal en los estados de Navarra y de Nemours, segun le competia de derecho, y estaba pactado en las capitulaciones matrimoniales de su desposorio con Don Juan: mas le rogó, que para usar del título de rey tuviese por bien tomar la bendicion y consentimiento de su padre. Habia muerto Doña Blanca en Castilla, y por su ausencia era el príncipe gobernador del reino, encargo en que quedó despues con beneplácito de Don Juan. Sus despachos de aquel tiempo manifiestan que el príncipe, conformándose con los deseos de su madre, se intitulaba en ellos príncipe de Viana, primogénito, heredero y Lugarteniente por su padre; particularidades que aunque parecen demasiado menudas en la historia, son sin embargo necesarias para sentar la justicia del prín-

cipe en las divisiones que despues se siguieron; viéndose por ellas, que su moderacion y su modestia fueron siempre iguales á su derecho.

Dejaba Doña Blanca al tiempo de su muerte, demas del príncipe de Viana, una hija de su mismo nombre, casada con el príncipe de Asturias Don Henrique; y otra llamada Doña Leonor, que casó con Gaston, conde de Fox. El padre de todos estos príncipes Don Juan, habia empleado casi todo el tiempo de su matrimonio en guerras intestinas dentro de Castilla, en cuya corte queria mandar solo. Pudo á los principios conseguirlo, cuando contra su mismo hermano Don Henrique favoreció el partido del rey: mas despues que se halló con la privanza y el poder de Don Alvaro de Luna, hombre que no cedia á ninguno de aquella época en valor, en astucia y en orgullo, el rey de Navarra no logró con sus sediciosos esfuerzos otra cosa que hacerse aborrecible en todas partes. Los castellanos se quejaban por que no se iba á mandar y gobernar en sus estados, y los navarros se resentian de tener que contribuir para sus empresas, de ningun mo-

rique muerto de sus heridas, y el rey de Navarra huido, perdieron de una vez sus estados y su autoridad en Castilla.

Gobernaba entretanto el príncipe de Viana el reino de Navarra, que disfrutaba de la felicidad consiguiente á los sabios y moderados principios establecidos por Cárlos el noble. Alguna vez llegaban á él las chispas de la guerra que se hacia en Castilla, pero eran desvanecidas al instante; y aunque en el año de mil cuatrocientos cincuenta y uno el rey de Castilla y su hijo Don Henrique entraron poderosamente en Navarra, y sitiaron la ciudad de Estella; el príncipe, cuyas fuerzas no eran bastantes á resistir al castellano, tomó la resolucion de irse desarmado á sus reales, y habló á padre y á hijo con tal persuasion, manifestándoles la injusticia de aquel procedimiento en la larga union que habia entre los dos estados; que ellos convencidos de su razon, y movidos de su elocuencia, alzaron el sitio de Estella, y se volvieron á Castilla. No falta quien dice que esta condescendencia tuvo otro fin mas político y profundo; y que Don Alvaro de Luna, deseoso de librarse de los

continuos tiros que hacia á su poder el rey de Navarra, quiso darle en que entender en sus propios estados, para quitarle la ocasion de venir á inquietar los agenos; y que hizo unirse estrechamente al rey y príncipe de Castilla con el de Viana, inspirando á este desconfianzas hácia su padre, ó abultando las quejas que ya tenia de él.

Los sucesos que siguieron dan verosimilitud á esta presuncion. El rey de Navarra estaba muy mal quisto de sus naturales: ellos eran los que sostenian la mayor parte de los gastos á que le obligaban las continuas empresas de su genio turbulento: ellos sufrieron el amago y aun los golpes de la venganza castellana; y pareciales que nada debian á un rey, que sacrificaba su provecho y su quietud al interes de lo que deseaba en Castilla. Sentian que segun lo pactado anteriormente entre los reyes y con el reino, no hubiese ya entregado el dominio y la autoridad real en poder de su hijo, á quien competia por edad, por mérito y por derecho: por último habian llevado muy á mal que se hubiese casado con la hija del almirante, sin

« nos quieren deshacer. *A lo cual respon-*
« *dió el príncipe :* Yo no entiendo que el
« condestable y su hermano os procuren
« tanto mal como decis : no penseis en eso,
« que Dios dará remedio á todo, y pro-
« veerá que mi padre y yo conozcamos que
« sois tan fieles servidores como debeis. »

Rompieron en fin padre é hijo, queriendo el primero mantener en Navarra su autoridad soberana, como hasta entonces; y el segundo entrar en la posesion de ella como estaba convenido anteriormente. A cual de ellos asistia la razon no es necesario ya manifestarlo; pero siempre hubiera sido mas sano que el príncipe no apoyase la suya con las armas ; porque este partido tenia siempre el mal aspecto de la irreverencia, y el inconveniente y los escándalos de una guerra civil. El rey de Castilla y el de Aragon pudieran ser unos mediadores autorizados y poderosos para ajustar las diferencias ; y él quizá hubiera adquirido la autoridad á que aspiraba, sin llegar á la extremidad de alzar el brazo contra su padre. Las fuerzas no eran iguales ; pues aunque la mas sana parte de Navarra estaba por el príncipe , casi todas las

fortalezas, y el mismo estado de Viana, llevaba la voz del rey, que desde que murió su muger Doña Blanca, y mucho mas desde su segundo casamiento habia tenido cuidado de entregar los castillos y las alcaidías á sus servidores mas fieles. Si á esto se añade la ventaja que le daban en la lucha su actividad, su artificio, y el largo uso que tenia de la guerra por sus alborotos en Castilla, se ve claramente que el partido mas justo no era el mas fuerte, ni seria el mas feliz.

Negóse el rey á confirmar los conciertos que su hija habia hecho con Castilla; y Cárlos, ó que ya estuviese cansado de ejercer una autoridad subalterna correspondiéndole la soberanía, ó que fuese arrastrado del partido beamontes, dió la señal de la guerra; y ayudado de los castellanos tomó á Olite, Tafalla, Aivar y Pamplona. Pasó despues con sus aliados á sitiar á Estella, donde estaba la reina su madrastra. A su peligro voló el rey, ayudado de las fuerzas de Aragon, y contando con las que le habia prevenido la parcialidad agramontesa; mas sin embargo, hallándose menos fuerte para entrar en ba-

pues por el rey; juróse solemnemente; y á pocas horas de haberse jurado, los dos ejércitos vinieron á las manos. Cual fuese la causa de esta revolucion tan repentina y tan escandalosa no se sabe, aunque se hace verósimil la sospecha de Aleson, que conjetura que en la enemistad que se tenian las dos parcialidades, no es de extrañar saltase alguna chispa que causó aquel incendio, sin que ni hijo ni padre pudiesen contenerle. Por mucho tiempo tuvieron ventaja los del príncipe. Su vanguardia encontró tan furiosamente con la del rey, que aunque compuesta de sus mejores batallones, le fue forzoso ciar. Pero hallábase en ella Rodrigo de Rebolledo, camarero mayor de Don Juan, hombre de un esfuerzo extraordinario, acreditado ya en otras ocasiones. Este se mantuvo peleando, á su ejemplo los fugitivos cobraron el valor perdido, y volvieron á la pelea. Huyeron de su encuentro los ginetes andaluces que habian venido al socorro del príncipe; y él, viéndose arrancar de las manos la victoria, redobló su esfuerzo y osadía, y atacó con los que le acompañaban el batallon en que estaba

su padre. Ya se hallaba este acosado, y y próximo al peligro de venir á manos del príncipe, cuando su hijo natural Don Alònso de Aragon voló á socorrerle, y acometiendo por un costado con treinta lanzas á los beamonteses, que ya se juzgaban vencedores, los rompió, y dió lugar á los realistas para que los desbaratasen, y ganasen la victoria. El príncipe hostigado á rendirse, no quiso hacerlo sino á su hermano Don Alonso, á quien dió el estoque y una manopla, que el otro recibió apeado del caballo, y besando al príncipe la rodilla.

El padre irritado no quiso verle; y él tenia la imaginacion tan herida, que temia le diesen veneno en la comida; y ni en el real, ni en el castillo de Tafalla, adonde fue llevado, quiso probar bocado alguno si antes no le hacia la salva su hermano. Con este rigor de la una parte, y tales sospechas de la otra, los ánimos se enconaban mas por momentos; y todos los medios de concordia parecian imposibles. Era signo de aquel tiempo feroz ser condenado á ver el espectáculo de estas guerras parricidas. El príncipe de Castilla

trataba de quitar por fuerza la gobernacion á su padre; el rey Cárlos de Francia estaba en lid abierta con su hijo, el que fue despues Luis XI; y Navarra vió darse la batalla de Aivar en su recinto.

Ganada esta victoria, el rey partió á Zaragoza, donde le llamaba el cuidado de las cortes de Aragon, que iban á celebrarse allí. En ellas se determinó que se nombrasen cuarenta diputados de los que asistieron entonces, y que estos interviniesen en la expedicion de los muchos y graves negocios que en aquella sazon ocurrian: acuerdo molestísimo á Don Juan, porque conocia la oposicion que en esta comision hallaria para sus miras ambiciosas. Ningun asunto mas grave que las discordias de Navarra, y la prision de Don Cárlos: sus parciales, en vez de desmayar con aquella desgracia, tomaron fuerzas de su misma indignacion, y ayudados del príncipe de Asturias, soplaban con mas fuerza el fuego de la guerra civil: se apoderaron de varios lugares, y acometieron las fronteras de Aragon. Lo mismo amenazaba por su parte el rey de Castilla; de modo que los cuarenta diputados trataron seriamente

de concordar las cosas de Navarra, para atajar el incendio que iba apresuradamente entrándose por su casa. A estas razones políticas se allegaba tambien la conmiseracion natural que inspiraba el rigor del rey con el príncipe prisionero. Del castillo de Tafalla fue llevado al de Mallen, de Mallen al de Monroy; sin que el rencor sospechoso de su padre le creyese asegurado en parte alguna. Los ánimos mas templados se ofendian y murmuraban viendo al príncipe propietario de Navarra, heredero presuntivo de los estados de Aragon, y jóven de tan grandes esperanzas por sus virtudes y sus talentos, conducido de prision en prision como un vil criminal.

La primera demostracion que los cuarenta hicieron de su disgusto y de su resolucion, fue hacer jurar á las tropas que juntaban para hacer la guerra en las fronteras, que no asistirian al rey Don Juan en la oposicion á su hijo: *Si, vos, como rey de Navarra*, le decian, *y lugarteniente de Aragon, teneis dos guerras, nosotros no queremos tener mas que una, y nos basta la de Castilla.* Despues, sabiendo que

todas las fuerzas de este reino se juntaban para entrar en Navarra, y favorecer el partido beamontes, formaron los capítulos de una concordia por la cual se habia de poner al príncipe en libertad: se le entregaba su estado de Viana: él habia de rendir á su padre á Pamplona y Olite, que seguian su voz: las rentas del reino se dividirian entre ambos: todas sus diferencias se ponian en manos del rey de Aragon, que se hallaba en Italia; demas de esto el hijo debia disponer su casa á su gusto, y habia de concederse perdon recíproco á los parciales de uno y otro bando.

El príncipe firmó este convenio: el rey, aunque le firmó, hizo limitaciones que no agradaban á su hijo; tales eran la de que no habia de ir sin su permiso á verse con el rey de Aragon su tio, y que su casa se habia de componer de sugetos de las dos parcialidades beamontesa y agramontesa. Creia Don Juan que á trueque de conseguir su libertad, vendria en cualquier concierto por duro que fuese; y Cárlos, seguro del armamento que en su favor se hacia en Castilla, queria mejorar su partido, aunque fuese á costa de alguna dila-

cion. Pasábase asi el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragon veia amenazadas sus fronteras; su rey ausente no le acudia; y sus diputados no sabian que hacerse para sacar al reino de aquel conflicto. Enviaron embajadores á Pamplona para tratar de concordia; y la ciudad contestó que sus armas no se movian en daño de Aragon, sino en defensa de su príncipe, cuya libertad y gobierno querian. Hicieron mas los navarros, que fue enviar embajadores á las cortes de Aragon á asegurar esto mismo, y agradecer los buenos oficios que hacian en favor del príncipe; y ordenaron que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reinos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que nada se adelantaba en cuanto al príncipe, nombró una diputacion de tres sugetos principales, para que auxiliándose de la intervencion de las cortes de Aragon, se la pidiesen al rey. Este no pudo ya resistir á los ruegos reunidos de los dos reinos y á la fuerza de las circunstancias; y sacando á su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó á Zaragoza, y le entregó en la sala de las cortes, en veinte y cinco de

enero de mil cuatrocientos cincuenta y tres. Mas la libertad concedida no era absoluta : habia de tener por prision á Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los cuarenta. Dierónsele treinta dias para que concluyese la concordia : término que no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fue preciso prorrogarle por dos veces; queriendo siempre el rey apretar el rigor de la convencion, y no allanándose su hijo sino á lo que fuese justo. Por último consiguió su libertad, quedando en poder de su padre, en rehenes de lo pactado, el condestable de Navarra y sus dos hijos Don Luis y Don Cárlos de Beamonte, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron á ello, por ver libre á un príncipe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El príncipe de Asturias Don Henrique, que aborrecia mortalmente al rey Don Juan su suegro, no queria entrar en ajuste ninguno, y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas á la parcialidad beamontesa. Por este tiempo hizo tambien á la princesa, su

muger, el agravio de repudiarla y enviarla á su padre; pretextando que por algun hechizo oculto era impotente con ella. No habia para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo que haber estragado aquel príncipe su temperamento con los placeres ilícitos é infames á que se dió en la primera juventud. La desdichada Blanca fue arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que despues le ocupase aquella Juana de Portugal, cuya imprudente conducta fue la ocasion de todas las desgracias de Henrique IV. Vivió algun tiempo en Aragon, y despues se fue á Pamplona con el príncipe su hermano, á quien amaba entrañablemente, motivo por el cual vino á incurrir en el odio que su padre tenia á Don Cárlos. La discordia pues siguió en Navarra con el mismo furor que antes, sin que se remitiese mas que el breve espacio de tiempo en que se ajustaban algunas treguas por las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, Justicia de Aragon, enviado por el rey de Navarra al de Castilla á ajustar las diferencias que hubiese, y la reina de Aragon, á quien

su esposo Alonso V, justamente afligido de los males que padecia España, envió desde Italia á componerlas todas. La paz se ajustó al fin con Henrique IV, que acababa de suceder á su padre Juan el II, muerto en aquella sazon; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades: y solo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año, (1455) que aunque no muy bien guardadas, todavía excusaban algun derramamiento de sangre.

Mas cumplido el término de aquella suspension, las hostilidades volvieron con mas furor que nunca. Ardia de saña el rey, porque no se acababan de entregar las fortalezas, que segun el pacto hecho cuando la libertad del príncipe, se habian de poner en poder de aragoneses: amenazaba con hacer morir á los rehenes que tenia; el príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenia en su poder de villas que habia tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de Don Cárlos en esta ocasion, pues que faltó á lo que él mismo habia firmado, y sus apoderados prometido.

Pero asi él como sus parciales conocian bien el ánimo del rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la reina de Aragon se habia mostrado duro, inflexible, sin querer ceder nada del rigor y nulinad á que queria reducir á su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el conde de Fox, por la cual este se obligaba á socorrer al rey con todo su poder, y entrar en Navarra á castigar á los rebeldes, y el rey á desheredar á sus dos hijos Cárlos y Blanca, sustituyendo en su sucesion para despues de sus dias al conde y condesa de Fox. Asi este insensato disponia de una herencia que no era suya, y daba un derecho que no tenia; y añadiendo la barbaridad á la injusticia, se obligaba tambien á no recibir jamas á reconciliacion alguna, ni perdonar á sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse á su obediencia.

Ya el conde habia entrado en Navarra con sus tropas, y unido á los realistas ponia espanto en los parciales del príncipe, no bastantes en número ni en fuerzas á resistirle. Ya habian sido sitiadas y rendidas Valtierra, Cadreita y Melida: Rada, fa-

mosa por su fortaleza, arrasada: Aivar tambien que Cárlos habia recobrado, tuvo que rendirse á su madrastra, que en persona la habia cercado y combatido. Aquel reino, que tan floreciente y tranquilo se habia mantenido en los felices dias de Cárlos el noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolacion y homicidios; frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interes ni la gloria, sino el rencor y la venganza. El conde instaba por la desheredacion de los dos príncipes; y Don Juan habia nombrado letrados y juristas, que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el rey de Aragon, irritado de la entrada de los franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió á decir que pusiese en sus manos la querella que tenia con su hijo, como ya este lo habia hecho: y que de no hacerlo asi, le quitaria el gobierno del reino de Aragon, y ayudaria con toda su fuerza el partido y la razon del príncipe. Temió el rey de Navarra la amenaza de su hermano, y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. Don Cárlos, no

sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, á quienes se creia que ayudaria tambien el rey de Francia; no fiando en los socorros del rey de Castilla, tuvo por mas seguro irse á poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el cual por sus hazañas, por su mérito personal, y por la magnificencia de su corte, era entonces el primer Monarca de Europa. Asi dejando encargado el gobierno de la parte de Navarra que le obedecia á Don Juan de Beamonte, tomó (1457) por Francia el camino de Italia.

Desde Poitiers envió á su tio un secretario suyo á que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que á su llegada estuviese bien prevenido á su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial, le decia: que por dos y tres veces habia enviado á su padre gentes, suplicándole que le quisiese tener como hijo, y se compadeciese del pobre reino de Navarra, que tan bien le habia servido en otro tiempo: y que cuando las cosas estaban á punto de concordarse, el conde y la condesa de Fox lo

habian estorbado. *Los cuales*, son sus palabras, *como se debia de esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empachado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios é vuestra autoridad é decreto con aquella razon, que ha sobre nosotros, no extingue este fuego.*

Mas no solo habian hecho este mal los condes de Fox; sino que tambien malquistaron al príncipe con el rey de Francia Cárlos VII, imputándole que habia favorecido á los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querian con esto ponerle de su parte, y le incitaban á que haciendo alianza con ellos y el rey su padre, entrase por Guipúzcoa, y entretuviese asi las fuerzas del rey de Castilla, que confederado con el príncipe, se preparaba á socorrer poderosamente su partido. Cárlos, que como señor de Navarra y Duque de Nemours, tenia tantas relaciones con la corte de Francia, siguió su camino á Paris, donde fue recibido por aquel Monarca con todo honor y cariño; descargó-

se de las calumnias levantadas por sus hermanos, y separó al rey de su rompimiento con Castilla. Hecho este bien á su pais, se dispuso á partir á Nápoles donde ya le llamaba el rey su tio. Era su intento, si no le favorecia, pasar su vida en destierro, para no causar mas enojo á su padre, y separarse de la guerra civil que aborrecia. Por todas las ciudades que pasaba recibia los honores y aplausos que nacian de la estimacion de sus virtudes y talentos, y del interes que inspiraban sus desgracias. El Sumo Pontífice Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió á hacerlo, y de allí partió el príncipe á Nápoles por la via Apia.

Recibióle el rey de Aragon con las mayores muestras de honor y de cariño: bien es verdad que le reprendió la resistencia que habia hecho á su padre con las armas, diciéndole que aunque la razon y la justicia estaban claramente de su parte; debia obedecer y sujetarse al que le engendró, y disimular su dolor aunque justo, y asi hubiera cumplido con las leyes divi-

nas y humanas. A esto replicó el príncipe: que sus vasallos y buenos amigos habian llevado muy á mal el gobierno de su padre despues de la muerte de su madre Doña Blanca. Que todos deseaban le entregase á él el reino que le tocaba, segun los pactos hechos; y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él habia dado muestras de conformarse con su voluntad en esta parte. Mas que las cosas no habrian llegado á aquel extremo, si la hija del almirante no hubiera venido á gobernar con tanta ofensa suya y de su reino: que asi él como sus vasallos habian tenido esto á grande afrenta y mengua de su reputacion, que no podia disimularse. Y concluyó diciendo: *Cortad, señor, por donde os diere contento: solo ruego que os acordeis que todos los hombres cometemos yerros: hacemos y tenemos faltas, este peca en alguna cosa, aquel en otra. ¿Por ventura los viejos no cometisteis en la mocedad cosas que podian reprender vuestros padres? Piense pues mi padre que yo soy mozo, y que él mismo lo fue tambien en algun tiempo.*

Fuera de este cargo no recibió de aquel

Monarca sino aplausos y favores. Es cierto que aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unian, y la calidad de heredero de todos los estados de Aragon y Navarra que acompañaba á Don Cárlos; sola la aficion á las letras y buenos estudios, que sobresalia en él, y por la cual ya era célebre, bastaba á darle autoridad y consideracion á los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasion de este rey por la civilizacion y el saber, y en esta parte su sobrino debia tener mucho mas precio á sus ojos que su hermano, el cual jamas hizo otra cosa que intrigar, alborotar y destruir. Tratóle pues como á hijo; pagó todas las deudas que habia contraido en el camino; le hizo una consignacion para sus gastos ordinarios; y asi él como su hijo le daban cada dia nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádivas con que á porfía le agasajaban. Escribia Cárlos todas estas particularidades á su leal ciudad de Pamplona, con aquella efusion de alegría que tiene un desdichado al ver por la primera vez reir el rostro á la fortuna. *Presto*, les decia, *placiendo á Dios, irán tales perso-*

nas de la parte del dicho señor rey, nuestro tio, que reglarán estos fechos en la forma que cumple.... E non danzarán mas á este son los que con nuestros daños se festejan.

Luego que en España se supo la buena acogida que habia tenido en Nápoles, su padre mudó de tono, y empezó á darle en los despachos el título de *Ilustre príncipe y muy caro y muy amado hijo*, cuando antes se contentaba con llamarle á secas *príncipe Don Cárlos*. Pero los condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesion de Navarra, intrigaron tanto con aquel rey rencoroso, que al fin dió el escándalo de juntar cortes de su parcialidad en Estella; y desheredó (1457) allí á sus dos hijos Don Cárlos y Doña Blanca, pasando la sucesion á su tercera hija la condesa de Fox, y por ella á su marido. Acto por su naturaleza nulo, si se atiende á la justicia; pero que de algun modo podia desconcertar el partido opuesto, engañando á los simples, abatiendo á los cobardes, y determinando á los indecisos. Mas los parciales del príncipe, y Don Juan de Beamonte, que estaba á su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo á aquel acto

otro, mas justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron á cortes en Pamplona á los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por rey á Don Cárlos, con todas las solemnidades legales, en diez y seis de Marzo del mismo año; llamándole rey de allí adelante en los despachos que emanaban del gobernador y del Consejo.

Indignóse terriblemente Don Juan llamando desacato y desafuero lo que él mismo habia provocado con su injusta y bárbara desheredacion; y achacando aquella medida generosa y atrevida á las instrucciones que habia dejado su hijo, redoblaba su cólera y su indignacion contra él. En esta posicion le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto; y, como es de presumir, no era sazon de recabar cosa alguna. Entretanto llegó al príncipe la noticia de su aclamacion, y no pudo dar otra prueba mayor de su inocencia que apresurarse á escribir al gobernador, á los Consejos, y á la diputacion de Pamplona, el sentimiento que le causaba aquella determinacion, y la desaprobacion solemne del acto

que se le imputaba. Existe aun la carta que escribió entonces, y su contexto es una respuesta convincente de la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado despues. Su fecha es de veinte y nueve de abril de mil cuatrocientos cincuenta y siete, y no será importuno extractar algunas de sus expresiones, que manifiestan el verdadero espíritu que entonces le dirigia.

« Por letras de gentes aragonesas supi« mos una novedad mucho grande, que se « decia ser fecha por vosotros, á la cual nos « no podíamos consentir ni dar fe, por ser « ella tanto apartada é remota de toda fa« cultad é razon.... Se escribe que vosotros « nos habeis elevado por rey con aquellos « actos é celebracion de los reyes de Na« varra : lo cual nos ha puesto en tanta « molestia é tormento, que no se puede « escribir : maravillámonos de vuestra in« tencion é motivo; é no sabemos cual es, « é no menos de vuestra providencia é « circunspeccion, que asi poco ha mirado « una tamaña é tanto escandalosa facien« da.... No pudiérades esayar cosa alguna « que tanto oscura nos fuese, ni mas de-

« criase á nuestra opinion, estimacion é « reputacion en el mundo. Habeis atropel« llado nuestra causa, honestat et razon; « car defender nuestro patrimonio, nues« tra persona é estado, lícito é honesto « nos era: mas oscurar ó disminuir el ho« nor paternal no lo sostienen las leyes; é « solo este acto da fundamento é razon á « todos nuestros rebeles é malos, et les « habeis dado título de pugnar. Car á nos « habeis preciso é atajado toda esperanza « de remedios de paz: habeisnos expuesto « á gran indignacion é desdeño de este rey « é señor nuestro tio, en el cual solo, em« pues de Dios, restaba nuestro reparo é « consuelo. Habeis puesto á peligro las « vidas de nuestro condestable é de los « otros que estan en rehenes por nos, é « finalmente, habeis provocado contra nos « é vosotros todos aquellos que en favor « nuestro eran.

« Por ende no podemos consentir en « vuestra errada determinacion; la cual si « posible nos fuese quitar, é la dicha no« ticia é manifestacion en que es, nos se« ria mas grato é apreciable que ganar un » reino..... Que ceseis é fagades cesar á to-

« dos los nuestros que obedientes é súb-
« ditos é servidores nos son, de nos inti-
« tular ó notar é decir vuestro rey. En-
« tendidos sois todos...., é sabeis que el
« real señorío é propiedad de las cosas no
« consiste en la vocal formacion, la cual
« solo es signo ó señal solament: que en
« otra manera si la intitulacion voluntaria
« diese razon de las cosas del mundo, to-
« das serian comunes, é no de privadas
« personas. E á nos solo venia bien, que
« nuestro genitor y señor se intitule rey
« ancora en aquello que es nuestro.... Po-
« dria ser que causa vos habian dado á
« esto algunos procesos que se pudiera ex-
« cusar facer contra nos.... No sentimos
« ni estimamos mas esto de lo que se debe
« estimar é sentir.... Brevemente vos en-
« viaremos personas de nuestra casa con
« los embajadores que van del señor rey
« nuestro tio, mas á pleno instructas de lo
« que se ha de facer. Mas quisimos sintiése-
« des cuanto mas presto pudimos, cuan mo-
« lesta nos es la novedad ante dicha, por-
« que no perseveredes en ella, si mirais á
« nos complacer et servir. »

No fue esta solo la gestion que hizo el

príncipe para allanar el camino á la concordia. Escribió tambien á su primo el rey de Castilla, que restituyese las plazas y castillos entregados á él por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedian, al tiempo de los preparativos del conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas por el amor de la paz, no impedian que en otras ocasiones el príncipe sostuviese con entereza sus derechos, cuando veia que de abandonarlos habian de resultar inconvenientes. Asi cuando murió el obispo de Pamplona él presentó al Papa para aquella dignidad á Don Carlos de Beamonte, hermano del condestable y del gobernador. Su padre se dió mas prisa, y pidió el obispado para Don Martin de Amatriain, dean de Tudela, que á la sazon estaba en Roma; y el Pontífice se le habia concedido. No cedió el príncipe, conociendo que la intencion de su padre era poner en Pamplona un obispo de su partido; y asi representó eficazmente al Papa que revocase la gracia: ni cedió tampoco á las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo: y el Papa, vencido de sus instancias, y cre-

yendo que Don Cárlos no estaria tan firme sin la anuencia del rey su tio, confirió la administracion del obispado al célebre cardenal Besarion..

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del rey de Navarra, sin que las satisfacciones del príncipe bastasen á calmarle. Rodrigo Vidal, despues de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerian, propuso una suspension de armas entre los dos partidos. Venian en él los beamonteses; pero el rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal entonces, creyendo que su mision era hacer la paz á cualquier costa, pensó otros medios de conseguirla más favorables al partido del rey: propúsolos al gobernador Beamonte, quien le preguntó, si aquellos artículos se habian propuesto con anuencia del Monarca aragones: respondió Vidal que no; y entonces el generoso navarro, *yo no tengo*, dijo, *órden del príncipe sino para obedecer lo que el rey de Aragon ordene; y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos expondremos á todo riesgo por obedecerle, an-*

tes que tener paz y sosiego tan infame.

Por este tiempo (1457) tuvieron vistas los reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre sí : vino la corte de Navarra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió tambien el gobernador Beamonte, y propuso que se entregasen en secuestro al rey de Aragon todas las plazas fuertes del reino, asi de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y gobernadores de su mano, hasta que el mismo rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el rey Don Juan venir en este partido : tenia fundadas esperanzas de reducir al rey Henrique IV, asi por sus gestiones propias, como por las que hacia su muger Doña Juana con la reina de Castilla, Las dos se veian y se festejaban ; y es de ver en los monumentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los procuradores del príncipe el lujo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanas. Acostumbrados á la modestia con que se habian presentado siempre la reina Doña Blanca y la princesa Ana de Cleves, muger del prín-

cipe, no podian menos de admirar la locura de las damas que acompañaban á la reina de Castilla. « La una trae bonet, la « otra carmagnola, la otra en cabellos, la « otra con sombrero, la otra con troz de « seda, la otra con un almayzar, la otra á « la vizcaina, la otra con un pañuelo: é de « ellas hay que traen dagas, de ellas cuchi- « llos victorianos, de ellas cinto para ar- « mar ballesta, de ellas espadas, y aun « lanzas y dardos, y capas castellanas; « cuanto, Señor, yo nunca vi tantos tra- « ges de habillamientos. *Asi escribia al prín- « cipe su procurador patrimonial Martin « Irurita; añadiendo al fin:* Nuevas de acá « otras, Señor, buenamente no sé que es- « criba, sino que tierra de Vascos, de ocho « dias acá, está en vuestra obediencia, et « todas las montañas, sino Gorriti; é los « vuestros se esfuerzan lo mas que pueden: « mas por Dios, Señor, son pocos é po- « bres, é á la larga no se podrán sostener.

No era pues extraño que el rey Don Juan, fiero con su preponderancia, se negase á toda composicion, que no humillase completamente á su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el rey de Castilla,

debieron unirse para este efecto las sugestiones de la condesa de Fox, que tambien se halló á aquellas vistas, y trataria de impedir toda concordia que perjudicase á sus miras codiciosas sobre la sucesion del reino de Navarra. Estaba entonces lisiada de una dolencia, que no la dejaria alternar en bizarría con las dos reinas concurrentes, y que hacia decir con gracia á Rodrigo Vidal, escribiendo al príncipe: *Dícese, señor, que la condesa de Fox, vuestra hermana, está cerca de perder un ojo. A la mi fe, señor, no tengais dolor ó penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano, bien merece perder un ojo, aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á mas que de paso, é hoy debe entrar en Tudela.*

Asi todo se conjuraba en España en ruina del desdichado Don Cárlos: su partido desmayaba; el del rey su padre se hacia cada dia mas fuerte en Navarra: sus hermanos atizaban el fuego; y sus aliados le abandonaban. Pero el Monarca de Aragon creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer á su hermano, y le envió nuevos embajadores que le hiciesen enten-

der su voluntad, y abandonar á su decision los negocios de Navarra. Y aunque hasta allí lo habia repugnado mucho, porque asi se desvanecian sus tratos con los condes de Fox; malgrado suyo al fin tuvo que rendirse, y firmó á últimos del año de mil cuatrocientos cincuenta y siete, en Zaragoza, el compromiso, en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra: se dió libertad á los prisioneros; y despues, á principios del año siguiente, revocó el rey Don Juan los procesos que tenia abiertos contra el príncipe y princesa sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos; reserva inventada por el rencor y mala fe, á fin de no dejar nunca de tener pretexto para perseguirlos.

Mas las esperanzas que el príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del rey de Aragon, que falleció en Nápoles en Junio del año siguiente. (1458) Conquistador de un reino, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la

Italia, que le debió su sosiego; espléndido en su corte, la mas civilizada y culta de Europa; honrador y apreciador apasionado del saber; Monarca paternal, buen amigo, hombre amable, rey en fin de los reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y á su muerte el sentimiento de los pueblos y de las naciones fue universal. La Italia y la España perdieron á muy mala sazon un moderador, que contenia con su respeto y su autoridad toda la ambicion de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió mas que el príncipe de Viana: sus diferencias iban á ajustarse, y segun el amor que le tenia el rey su tio, era de esperar que fuese muy á satisfaccion suya la sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del partido que iba á tomarse; y cesaban al fin aquellos escandalosos debates, que ni hacian honor á su carácter y moderacion, ni eran favorecidos de la fortuna, ni podrian venir á parar en otro fin que en destruirle á él, y destruir su miserable reino. ¿Cómo ya sin nota de insensatez ponerse á luchar con el poder del rey su padre, señor,

por muerte de su hermano, de todos los estados de Aragon? ¿Ni qué esperanzas fundar en la proteccion de su primo, el heredero de Nápoles, cuyo poder é influjo eran ya tan inferiores?

Si el príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasion se le presentó en la muerte de Alfonso, cuando mucha parte de los Barones y Nobles napolitanos se ofrecia á aclamarle rey suyo, no queriendo obedecer á Don Fernando, hijo natural del conquistador. Dicen que él daba oido á estos tratos, y que por no ver probabilidad de buen éxito, se embarcó prontamente, y se dirigió á Sicilia. Mas lo cierto es que nunca se rompió la buena armonía entre él y su primo, y que este le pagó puntualmente mientras vivió la manda de doce mil ducados anuales, que el rey difunto le dejó en su testamento. El mismo amor y reverencia de los pueblos que se habia grangeado en Nápoles por su moderacion, mansedumbre, sabiduría y prudencia, le siguieron á Sicilia, donde se llevó tambien las voluntades de todos: su padre, que conocia este atractivo de su persona, sabiendo las aclamaciones y el

afecto de los sicilianos, hubiera entonces venido en cederle á Navarra y su independencia, con tal de sacarle de la isla. ¿Y qué hacia él entretanto para dar motivo á estas sospechas odiosas? Declarar en cortes del reino que su intencion era volver á la obediencia y servicio de su padre; negarse á las repetidas instancias que se le hicieron para coronarle rey de Sicilia; castigar á tres sugetos principales que no quisieron hacerle homenage en nombre del rey, y negarse á las gestiones de los Barones de Nápoles, que otra vez le convidaban con aquel estado. Ocupado ademas en leer los excelentes libros de los monges benedictinos de San Plácido de Mecina; en escribir algunas obras en prosa y verso, y en corresponderse con los hombres eruditos y humanistas de su tiempo; no aspiraba sino á reposar de tantas agitaciones y torbellinos, y volver al seno y amistad paternal.

Para esto exploró la voluntad del rey por medio de embajadores que le envió á darle razon de su conducta, y negociar la reconciliacion. Fue contento el rey de que se viniese á España, y dió la vela desde

Sicilia, en una armada que se aprestó al efecto; pasó por Cerdeña (1459), donde obtuvo las mismas aclamaciones y respetos, y arribó á Mallorca, donde se le aposentó en el palacio real, entregándole el castillo de la ciudad. No se hizo lo mismo con el de Belver, segun se lo habia ofrecido su padre; y esto le dió á entender que la indulgencia y amistad que le prometia eran inciertas y sospechosas. Escribióle en fin una carta, que todos los analistas copian, y cuya sustancia viene á ser, reducirse á su obediencia; cederle lo que por él se mantenia en Navarra; pedirle con ahinco la libertad y el perdon de sus parciales; suplicarle que diese estado á su hermana Doña Blanca y á él mismo; proponerle que pusiese por gobernador de Navarra un aragones, libre de toda pasion, quitando aquel encargo á Doña Leonor su hermana, y pedirle la restitucion de su principado de Viana y ducado de Gandía, quedándose el rey con los castillos para mas seguridad. Entre otras razones le dice esta, que pudiera ablandar á otro padre menos rencoroso y prevenido: *Y non tema ya V. M. de mí: ca dexadas*

las razones que Dios y naturaleza quieren, ya estoy tan farto de males y ausadas de mar, que me podeis bien creer.

El rey condescendió con unos artículos, alteró otros, y se negó á algunos; pero al fin el convenio se hizo: (1460) la parte de Navarra que obedecia al príncipe se entregó al rey con poco gusto de los beamonteses, que se resistian á ello; el condestable y demas rehenes se pusieron en libertad; diéronseles sus bienes; al príncipe se le restituian las rentas de su estado de Viana; y quedaba desterrado de los reinos de Navarra y de Sicilia, donde su padre no queria que estuviese. Era tal el ansia que tenia de concluir el ajuste, que hizo venir de Navarra, á dos hijos naturales que tenia, Don Felipe y Doña Ana de Navarra, y á la princesa Doña Blanca, para que estuviesen al lado de su padre; cosa que ponia en gran sospecha á todos los suyos que decian era entregarlos á sus enemigos para que completasen su perdicion.

Hecho esto, dió la vela desde Mallorca, y se vino á Cataluña: no habia creido que para ponerse en manos de su padre, de-

biese esperar su aviso ; pero el rey llevó á mal esta determinacion, como una ofensa hecha á su autoridad. Temíale donde quiera que estuviese ; temia á la correspondencia que seguia en Sicilia, Nápoles, España y Francia ; temia á aquel interes que inspiraban sus desgracias, al respeto que se grangeaban sus virtudes, á la seduccion que llevaba en la amabilidad de su carácter y en la moderacion de sus costumbres. El aspecto de estas bellas prendas, y el de las esperanzas que prometian, hacia en la imaginacion de los pueblos una oposicion terrible con los sentimientos que inspiraba el rey Don Juan, hombre de pocas virtudes ó ninguna, ya anciano, gobernado por una muger ambiciosa y fiera, que por lo mismo que era nacida particular, insultaba á los pueblos con la ostentacion de su imperio y de su tiranía. Llegó á Barcelona, donde sus moradores quisieron recibirle en triunfo ; él entró modestamente, pero no pudo negarse á las luminarias, á los vivas y á las diversiones que el contento de verle inspiraba. Tratáronle con la solemnidad de primogénito ; y el rey se ofendió tambien

de esto, y ordenó, que hasta que él le declarase por tal, no se le diesen mas honores que los debidos á cualquier infante hijo suyo. Queria el príncipe verse á solas con su madrastra para terminar todos los puntos de diferencia: ella constantemente se negó, y en compañía del rey vino á verle á Barcelona, saliendo el príncipe á recibirlos hasta Igualada. Al encontrarse con ellos se postró á los pies de su padre, le besó la mano, le pidió perdon de todo lo pasado, y su bendicion: con el mismo respeto hizo reverencia á la reina; y correspondiéndole los dos con muestras de benevolencia y de amor, entraron juntos en Barcelona, que hizo en aquella ocasion todas las demostraciones públicas de alegría en celebridad de aquella concordia.

Pero no se acaba tan presto rencor tan largo y cebado con tantos agravios, sobre todo de parte de los ofensores. El rey tenia ya apagado todo cariño hácia su hijo entregado enteramente á su muger, no veia sino por ella y para ella: la reina aborrecia personalmente al príncipe: el interes de su hijo le aconsejaba su pérdida; y su corazon ardiente y perverso, no desde-

ñaba medio ninguno de conseguirla. ¿Qué acuerdo pues podia tomarse, ni qué concordia ajustarse que fuese estable y segura? Faltaba casar al príncipe; y declararle los derechos y prerogativas de primogénito y sucesor. El rey se negaba á lo último, á pesar de los ruegos que le hacian los estados de Aragon y Cataluña, que creian ser este el medio mas seguro para afirmarse la paz, y evitar nuevos disturbios. No estaba tan negado en cuanto á casarle; pero queria fuese con doña Catalina, hermana del rey de Portugal. Accedió el príncipe á este enlace, viendo que su padre le deseaba, aunque era mas de su gusto y de su interes el de Doña Isabel, hermana del rey de Castilla; union que estrecharia mas los nudos de la larga alianza que habia tenido con aquella corte, y de la proteccion que habia hallado en ella. Mas los reyes de Aragon querian á Isabel pára su hijo Fernando; y es preciso confesar que esta boda, por la edad igual de los dos príncipes, era mas acertada que no la de Don Cárlos, el cual llevaba treinta años á Doña Isabel. Todo entregado á este trato el rey Don Juan, descuidaba el casamiento

del príncipe como una cosa de poca importancia; y repugnaba el declararle su sucesor como si fuera una injusticia.

En este tiempo los grandes de Castilla, descontentos del gobierno de Henrique IV, conspiraron á reformarle entrando en esta liga, á ruegos del almirante Henriquez, el rey de Aragon. Esperaba él, por favor de los descontentos, recobrar los muchos estados que habia perdido en aquel reino: miserable achaque de hombre, no contentarse con tantos dominios y señoríos como tenia, y aspirar á revolver todavía el dominio ageno, para poseer lo que por sus turbulencias y agitaciones habia perdido. Henrique IV y sus ministros, hábiles esta vez, creyeron conjurar la nube, estrechando la confederacion que tenia aquel rey con el príncipe de Viana, y ofreciéndole la mano de la infanta Doña Isabel. Enviaron á este fin un emisario, que secretamente se lo propusiese; y el príncipe dió gustoso oido á este nuevo trato. Cuanta fuese su culpa ó su imprudencia, ó bien su razon y su derecho en dar la mano á esta negociacion, no es fácil determinarlo ahora: seria preciso para ello tener noticia

de todos los chismes, de todas las palabras, de todas las acciones, indiferentes en la apariencia; que llevadas de una parte á otra, y exageradas por la pasion, causan sospechas, incitan á venganza ó á temor, y hacen revivir los odios mal apagados. Lo cierto es que el príncipe por la concordia se habia atado las manos, y privado de todos los recursos, sin querer mas que las prerogativas de primogénito y sucesor de su padre; y que el rey, retardando esta declaracion, dilatando el darle estado, y teniéndole alejado de sí y de su cariño, se mostraba mas en disposicion de favorecer los intentos de sus enemigos, que de cimentarle en su gracia.

Celebrábanse á la sazon cortes de Cataluña en Lérida, y de Aragon en Fraga. Los diputados de este reino habian pedido la jura del príncipe, y no la pudieron conseguir, cuando el almirante de Castilla, que llegó á averiguar el trato secreto que habia entre su rey y el príncipe de Viana, dió aviso de todo á los reyes de Aragon. Dicen que Don Juan no quiso al principio dar asenso á esta noticia, y que fue menester para que la creyese que la reina se la con-

firmase, llorando y maldiciendo su fortuna. El consentimiento y aun el poder que habia dado Don Cárlos para ajustar su matrimonio con la infanta de Portugal, pudo servir de fundamento á la incredulidad del rey. Viéndose pues engañado, y teniendo á traicion las pláticas de su hijo, determinó arrestarle, y envió á llamarle á Lérida, donde entonces se hallaba celebrando las cortes de Cataluña. Ibanse estas á concluir; y el príncipe, viendo que no se trataba de jurarle en ellas sucesor del rey su padre, mostraba desesperacion y abatimiento, como adivinando lo que iba á sucederle. Muchos de sus amigos y consejeros le advertian que no fuese allá á ponerse en manos de sus encarnizados enemigos. Su médico desenfadadamente le decia: *Señor, si sois preso, sed cierto que sois muerto, porque vuestro padre no os prenderá sino para haceros matar; y aunque os hagan la salva, os darán un bocado con que os enviarán vuestro camino.* Unos opinaban que debia escaparse á Sicilia, otros á Castilla: todo era propósitos y proyectos; y él, constituido en extrema urgencia, avisaba á varios pueblos de Cata-

luña que le socorriesen con dinero. Al fin resolvióse á obedecer á su padre, fiado en el seguro que daban las cortes. Llegó á Lérida, y al otro dia despues de fenecidas, llamado por su padre, se presentó á él (1460). Dióle el rey la mano, y le besó, segun costumbre de entonces; y al instante le mandó detener preso. A este terrible mandato el príncipe se echó á sus pies, y le dijo: ¿«Donde está, ó padre, la fe «que me disteis para que viniese á vos «desde Mallorca? ¿A donde la salvaguar«dia real que por derecho público gozan «todos los que vienen á las cortes? ¿Donde «la clemencia? ¿Qué significa ser admi«tido al beso de padre, y despues ser he«cho prisionero? Dios es testigo de que «no emprendí ni imaginé cosa alguna con«tra vuestra persona. ¡Ah señor! no que«rais tomar venganza contra vuestra carne, «ni mancharos las manos en mi sangre.» A estas añadió otras razones, que el rey escuchó sin conmoverse; y fue entregado á los que estaba ordenada su custodia.

A la nueva imprevista de esta prision toda Lérida se alteró, como si de repente fuese asaltada de enemigos. Atónitos al

principio y pasmados, no sabian que creer y que juzgar, y pensaban si habia alguna conspiracion contra el rey, mas cuando fueron ciertos de lo que era, y se dijeron los motivos y las circunstancias de aquella novedad, entonces los ánimos vueltos á la conmiseracion, empezaron casi á gritos á exaltar las virtudes del príncipe, á llorar su desgracia, y á deprimir al padre inhumano que le perseguia. Los diputados de las cortes de Cataluña se presentaron al rey: le recordaron el seguro que daban las cortes: le pidieron que se les entregase la persona de Cárlos: salian por fiadores de su seguridad; y ofrecieron servir al rey con cien mil florines por esta condescendencia. Las cortes de Aragon, que aun se tenian en Fraga, enviaron tambien una diputacion reclamando la clemencia del padre para con el hijo, y el interes que todo el reino tomaba en su libertad y seguridad: pedian tambien que se les entregase el príncipe; y ofrecian condescender con las demandas que él rey habia hecho en ellas. Negóse ásperamente el Monarca á todo concierto, y por suma gracia concedió á su hijo que le llevaria

á Fraga desde Aytona, en donde le habia puesto; pero para ello le hizo renunciar todas las libertades y fueros de Aragon, y le dió á entender que esto se lo concedia á ruegos de la reina su madrastra.

Entretanto mandó que se ordenase de nuevo el proceso que anteriormente habia fulminado contra él. Imputábanle sus enemigos que queria matar á su padre, valido del auxilio que esperaba en los facciosos de todos los estados que le obedecian: que tenia concertado irse secretamente á Castilla, y para ello habia venido á la frontera gente de este reino; y se hablaba de una carta del príncipe á Henrique IV, donde estaban las pruebas de su horrible conspiracion. Mas no existiendo tal carta, inventada solo por el rencor y la calumnia, apelaron los perseguidores á otras pruebas. Habia sido preso al mismo tiempo que el príncipe su grande amigo y consejero Don Juan de Beamonte, prior de Navarra, aquel que en la guerra civil defendió los intereses del príncipe con tanto heroismo y constancia. Este fue llevado á la fortaleza de Azcon, tratado con todo rigor, y

preguntado acerca de los capítulos de acusacion que se hacian contra su señor. Horrorizóse él al oir inculpacion de parricidio; y aunque declaró los diversos propósitos en que vacilaba el príncipe, atosigado de las sospechas y del peligro que le mostraban los procedimientos y el rigor de su padre; todos ellos eran dirigidos á la seguridad de su persona, y ninguno al perjuicio del rey ni del estado. Estas declaraciones no contentaban á la ira, ni la apaciguaban; y el príncipe desde Aytona fue llevado por el rey á Zaragoza; luego á Miravet, y desde allí á Morella, donde al fin le creyó seguro por la fortaleza de su situacion.

Los catalanes, viendo desairadas las representaciones que sobre el caso habian hecho en Lérida las cortes al rey, acordaron formar un consejo de veinte y siete personas, las cuales, juntas con los diputados de las cortes, ordenasen todas las providencias y actos concernientes á este negocio, y enviaron al rey una diputacion de doce comisarios, y al frente de ellos al arzobispo de Tarragona. Este prelado pidió al rey que usase de clemencia: le re-

presentó los males que iba á causar su repulsa : lo extraño que aquel rigor parecia á los pueblos, todos persuadidos de la inocencia del príncipe; y le recordó la obligacion en que estaba de mantener en ellos la paz en que se los habian dejado sus antecesores. Respondió el rey que las desobediencias de su hijo, y no odio ú enojo particular que le tuviese, le habian precisado á prenderle. Que el príncipe estaba continuamente poniendo asechanzas á su persona y estado : que nada aborrecia mas que su vida : que habia hecho liga con el rey de Castilla contra la corona ; y al decirlo, maldijo la hora en que le engendró. Viendo los veinte y siete el poco progreso que habian hecho estos embajadores, hicieron poner á toda Barcelona sobre las armas, y diputaron otras cuarenta y cinco personas, con un acompañamiento de caballos armados, tan numeroso, que mas parecia ejército que embajada. El abad de Ager, que iba al frente de ella, representó al rey que el principado pedia á voces la libertad de su hijo : que solo con ella podian sosegarse los pueblos alterados con semejante nove-

dad : que tuviese piedad del príncipe, y de sí; y por si acaso fiaba en los socorros del conde de Fox y del rey de Francia, recordóle que los franceses habian llegado un tiempo hasta Gerona, y se volvieron vencidos, pocos y sin rey á su pais; y le amonestó por fin que no diese lugar con su tenacidad á los últimos extremos de la indignacion pública. Esto era mas bien una amenaza que una súplica; y el Monarca, fiero y temoso por carácter, contestó que él haria lo que la justicia y la obligacion le mandaban; y amenazándoles, añadió: *Acordaos que la ira del rey es mensagera de muerte.*

En un dietario de la diputacion general del principado, que tengo á la vista, se dice que el rey no quiso aguardar en Lérida á estos últimos embajadores, y que teniendo miedo á su acompañamiento, salió para Fraga, huyendo á pie, de noche, y sin cenar. Otros hacen esta salida posterior, cuando la amenaza, convertida en amago, vió ya la llama de la sedicion arder en toda Cataluña, y la asonada de guerra retumbar en sus oidos.

Con efecto, no esperando ya remedio

alguno de la sumision ni de las representaciones, el principado apeló á las armas. A gran toque de trompetas se tremolaron sobre la puerta de la diputacion las banderar de San Jorge y la real: se proclamó persecucion y castigo contra los malos consejeros del rey: se mandaron armar veinte y cuatro galeras: se cerraron unas puertas de la ciudad: se puso presidio en otras; y los diputados y oidores se encerraron en la diputacion con propósito de no salir de allí hasta la conclusion de aquel gran negocio. Empezáronse á convocar y alistar gentes de armas y ballestería; y los terribles gritos de *via fora somaten* resonaban por todas partes, encendiendo y exaltando los ánimos á la defensa de su príncipe. No habian podido contener esta agitacion el Maestre de Montesa y Don Lope Ximenez de Urrea, enviados antes por el rey á este fin: el Gobernador Galceran de Requesens, á quien teñian por uno de los acusadores del príncipe, huyó de Barcelona al acto de tremolar las banderas; pero fue preso despues en Molins del Rey, llevado á Barcelona, y puesto en la veguería. Los capitanes catalanes que estaban en Lérida salieron ten-

didas sus banderas, y se dirigieron á Fraga, de donde el rey huyó á Zaragoza; y la villa y el castillo se rindieron á los malcontentos. En esta ocasion ya toda España estaba en armas en favor del príncipe. El rey de Castilla arrimó sus tropas á la frontera de Aragon, amenazando: los beamonteses alzaron la frente en Navarra, y su caudillo el condestable, ansioso de vengar las injurias del príncipe y las de su familia, revolvió sobre Borja con mil lanzas castellanas: Zaragoza alterada pedia tambien á voces la libertad del primogénito de la corona, y el contagio cundiendo desde el centro hasta las extremidades, los mismos clamores se oian y el mismo daño amenazaba en Mallorca, Cerdeña y en Sicilia.

Triunfaba en su prision el príncipe de Viana de sus viles enemigos, que faltos de consejo, desnudos de recursos, no sabian que partido tomar. No era entonces como despues de la batalla de Aivar, cuando socorrido de una faccion y ayudado de sus fuerzas aragonesas, el rey oprimia la faccion contraria y dictaba leyes á los vencidos: ahora todos los estados del reino pedian á voces al prisionero; y la conmocion

universal, y los progresos que hacia la gente armada, no dejaban respiro á la agonía, ni lugar á la dilacion. Cejó en fin, y concedió la libertad al príncipe, dándosela como á ruegos de la reina su madrastra. Ella se hizo este honor en la carta que escribió á los diputados del principado de Cataluña, avisándoles que ya habia recabado del rey la libertad de su hijo, y que ella misma iria á Morella para sacarle del castillo, y llevarle á Barcelona. Asi lo hizo; y el príncipe dió al instante parte de su libertad á Sicilia, á Cerdeña, y á todos los príncipes sus amigos y confederados. La carta que en aquella ocasion escribió á los de Barcelona es la siguiente: « A los « señores, buenos y verdaderos amigos « mios, los diputados del principado de « Cataluña. — Señores, buenos y verdade« ros amigos mios: hoy á las tres de la « tarde ha venido la señora reina, la cual « me ha dado plena libertad; y ambos va« mos á esa ciudad, donde personalmente « os daremos las debidas gracias. Escrita « de prisa en Morella el dia primero de « marzo de 1461. — El príncipe que os de« sea todo bien. » — Cárlos.

Estas demostraciones no engañaban á nadie, y menos á la diputacion, que envió embajadores á recibir y encargarse de la persona del príncipe, y á intimar á la reina que no llegase á Barcelona, si queria evitar los escándalos que su presencia iba á ocasionar. Ella se quedó mal contenta en Villafranca del Panadés; y el príncipe siguió su camino, y entró en Barcelona el dia doce de aquel mes á las cuatro de la mañana. Su entrada fue un triunfo mas solemne que el que pudiera celebrarse por una gran victoria sobre los enemigos; y mas apacible siendo inspirado por la alegría y el amor general de todo un pueblo. Desde el puente de san Boy hasta la ciudad todo el camino de una y otra banda estaba lleno de ballesteros y de gente armada á dos filas: salíanle tambien al encuentro cuadrillas de niños, que armados puerilmente á la manera de los hombres, mostrando alegría por su libertad y venturosa venida, le saludaban gritando: *¡Cárlos, primogénito de Aragon y de Sicilia, Dios te guarde!* Toda Barcelona salió á recibirle en sus diputados, eclesiásticos y nobles, no en congrega-

cion, sino cada cual por sí, y á caballo; cosa que hacia la alegría y la ceremonia mas sincera y mas grande. Las filas de hombres armados estaban tendidas alrededor de la muralla por donde habia de pasar, y la rambla guarnecida de mas de cuatro mil menestrales armados tambien. Barcelona en aquel aparato manifestaba los esfuerzos que habia hecho para conseguir tan buen dia; y las grandes luminarias que encendió por la noche eran la demostracion de su regocijo.

Comenzóse despues á negociar para sosegar los movimientos de guerra que por todas partes amenazaban. El rey de Castilla se hallaba en Navarra con un poderoso ejército, y ya habia tomado á Viana y Lumbierre. Al rey de Aragon, á pesar de su poder, le faltaban fuerzas para acudir á aquel reino, pues no podia servirse de las de Cataluña, y los aragoneses no se prestaban gustosos á ser opresores de los navarros, ni á intervenir en lo que no les importaba. Por tanto necesitaba hacer la paz con prontitud. Las proposiciones que el príncipe hizo al rey no eran seguramente de hombre orgulloso y desvanecido

con su victoria: pedia ser declarado primogénito y sucesor: gozar las prerogativas de tal: que se pusiese en Navarra otro gobernador que la condesa de Fox, dando este encargo á una persona de la corona de Aragon; y las plazas y castillos los tuviesen hombres del mismo reino por el rey hasta su muerte; quedando despues la sucesion expedita al príncipe. Tambien negociaba la reina desde Villafranca; pero los diputados que Barcelona le envió al efecto, quizá en odio de ella, hicieron unas proposiciones tan duras, que mas parecian escarnio que composicion. Pedian que se declarasen válidos y firmes todos los actos hechos por ellos sobre la libertad del príncipe, y en defensa de sus privilegios: que se pusiese al instante en libertad la persona de Don Juan de Beamonte: que fuesen declarados inhábiles y destituidos de los empleos todos los consejeros que tuvo el rey, desde que fue hecha aquella prision, sin que pudiesen ser habilitados jamas: que el príncipe fuese jurado primogénito, y como tal sucesor de todos los reinos de su padre y gobernador de ellos: que la administracion del

principado y condados de Rosellon y Cerdaña fuese suya con título de Lugarteniente irrevocable: que el rey no entrase en el principado: que no interviniesen en el consejo del rey ni del príncipe sino catalanes: que en caso de morir Don Cárlos sin hijos, fuese nombrado al mismo fin Don Fernando su hermano con las mismas facultades: ofrecian heredarle allí; y al rey, si venia en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron tambien que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas reales ó sus hijos sin intervencion del principado de Cataluña, ó de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y por último, no contentos con dar la ley en su casa, querian tambien ordenar las cosas de Navarra; y propusieron que la jurisdiccion y fuerzas de este reino se encomendasen á aragoneses, catalanes y valencianos.

La reina, asombrada de tales pretensiones, no atreviéndose á concertar nada, se vino á Aragon á comunicarlas con el rey; y al instante dió la vuelta á Barcelona á dar en persona su contestacion. Mas por segunda vez sufrió el desaire de que la di-

putacion del principado la intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del odio que la tenian y perseveraba en pasar adelante, cuando el príncipe tuvo que enviarla nuevos embajadores, escusándose de aquella necesidad; pero intimándola que no se acercase ni con cuatro leguas á Barcelona; y pidiéndola que declarase á estos mismos la voluntad del rey sobre los capítulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó á Tarrasa con ánimo de detenerse allí á comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos, y tocaron las campanas á rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores ó foragidos. Ella con esto hubo de pasar á Caldes, donde comunicó á los catalanes la resolucion del rey.

¡Cosa verdaderamente extraña! Este Monarca tan temoso y tan fiero, vino á conceder al principado todos los artículos que se le propusieron, menos las jurisdiccion

real que se pedia para el sucesor, y la facultad de presidir y celebrar las cortes: y aun ofrecia, á pesar de la vergüenza y humillacion que le costaba, no entrar allí hasta que enteramente se sosegasen las diferencias; pero en lo que no queria consentir de modo alguno era en lo que se le pedia acerca del reino de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en negarse á la condicion mas justa de las que se le proponian, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embajadores tanto descontento, que ni aun quisieron oir el resto de las declaraciones que llevaba la reina. Ella, viendo su tenacidad, les dijo que sus poderes para ajustar la concordia eran ámplios, y asi que la dejasen entrar en Barcelona, y en el término de tres dias compondria las cosas á gusto de la diputacion. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurrase, que habia en la ciudad quien tenia inteligencia con la reina, fue tal el tumulto del pueblo, y tan gande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse á Martorell, y desde allí pasar á Villafranca.

En esta villa se firmó al fin por la reina el convenio, cuyas condiciones principales eran, que el príncipe fuese lugarteniente general irrevocable del rey en Cataluña, y que su padre se abstendria de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para celebrarla. El príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona y las demas libertades de la tierra: armó en aquel punto caballeros á varios ciudadanos; y salió de la iglesia, paseando por las calles con estoque delante de sí, como correspondia á su dignidad, y á las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fue empleado en perseguir y destruir á los que en el proceso de todo aquel gran negocio habian sido contra él. Galceran de Requesens, antes gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes, y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, y creido uno de los instigadores del rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demas que tenia por sos-

pechosos, y poco afectos á su partido, se contentó con enviar una lista á la diputacion, rogándola que no eligiesen á ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un dia salió de Barcelona á perseguir en Villafranca á un revoltoso, y llegado allá, le perdonó.

Mas á pesar de la concordia hecha, como su situacion era violenta, y el padre habia venido en aquel ajuste á mas no poder; la desconfianza de los dos partidos seguia siendo la misma. Los catalanes, para empeñar mas su accion, hicieron al príncipe juramento de fidelidad como á primogénito en treinta de julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Cuando trató de leerse la fórmula, no permitió el príncipe que se leyese, diciendo que ya sabia él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harian mas que lo debido, asi como sus antepasados lo tenian de costumbre; y cuando los síndicos nombrados, despues de prestar el juramento, fueron á besarle la mano, él con rostro afable y palabras corteses los hizo levantar, alzándose de su sitial, inclinándose á ellos, y poniéndoles las manos

sobre los hombros. Toda su confianza la tenia puesta en Castilla; pero su rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podia afianzar mas seguridad, que la que hubiese en los intereses del marques de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del rey de Aragon, á cuya frente estaban el almirante y el arzobispo de Toledo, procuraban hacer suyo al marques, y ponian ya en balanzas los conciertos, que despues de libre el príncipe se habian seguido sobre su casamiento con la infanta Doña Isabel. Demas que el rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra, trataba de volverse á su reino, y dejar aquella empresa. En esta incertidumbre Don Cárlos y el principado enviaron al rey de Aragon una solemne embajada, para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la reina, y despues pasase á Castilla á concluir el concierto del matrimonio.

El rey, que aborrecia este enlace mas que la muerte, detuvo á los embajadores bajo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto, mientras el rey de Castilla tenia una guerra tan furiosa

contra él. Envió ademas á Cataluña al protonotario Antonio Nogueras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detencion. Llegó, y presentado ante el príncipe, este, despues de haber recibido su salutacion, sin dejarle comenzar su mensage, y saliendo por entonces de su moderacion y mansedumbre acostumbrada, le dijo: « Maravillado es-« toy, Nogueras, de dos cosas: una de que « el rey mi señor no haya escogido persona « mas grata que vos para enviarme; y otra « de que vos hayais tenido osadía de po-« neros en mi presencia. ¿ No os acordais « ya de que estando preso en Zaragoza, tu-« visteis el atrevimiento de venir con papel « y tinta á examinarme; y á entender por « vos mismo, que yo depusiese sobre las « maldades que entonces me fueron le-« vantadas? Quiero que sepais que jamas « me acuerdo de este paso sin dejarme ar-« rebatar de la ira; y sed cierto, que si no « fuera por guardar reverencia al rey mi « señor, de cuya parte venís, yo os hiciera « salir sin la lengua con que me preguntas-« teis, y sin la mano con que lo escribis-« teis. No me pongais pues en tentacion de

« mas enojo : yo os ruego y mando que os « vayais de aqui; porque mis ojos se alte« ran al ver un hombre que tales maldades « pudo levantarme. » Queria responder Nogueras para satisfacerle ; y él le dijo : *Idos, vuelvo á decir, y no sopleis el carbon que está ardiendo.* Salióse el enviado aquel mismo dia de Barcelona; pero á ruegos de los diputados permitió que volviese á entrar en ella, y les dijese su embajada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el rey de este caso, y el príncipe no estaba menos indignado de la oposicion que su padre ponia á sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potentados de Europa, que ya se correspondian con él como con un Soberano. A pesar de esto siempre se temia de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenian casi vuelto á su favor al rey de Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el zelo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse á su obediencia. En este conflicto

buscó el socorro del rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder á su padre, y con quien habia tenido alianza mientras era Delfin. Queria que le ayudase á cobrar su reino de Navarra contra su padre y el conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel pais; y le decia, que pues Dios le habia constituido en tan alto lugar, le ayudase como deudo suyo, por ser su primo; y como mayor y cabeza por el reino que tenia, y descender los dos de una cepa: y decia, que casaria con una hermana de aquel rey, ofreciendo tambien unir á su hermana Doña Blanca con Filiberto, conde de Ginebra, príncipe heredero de Saboya, y sobrino del rey Luis. Con estos enlaces y confederacion pensaba él recuperar su dominio de Navarra, y suplir la fuerza que perdia en la desercion del rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del príncipe, que no habia gozado dia bueno desde que salió de la prision de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados y la incertidumdre en que todavía veia su suerte; y adoleciendo gravemente á mediados de

setiembre, falleció en veinte y tres del mismo mes (1461). Asistieron á su enfermedad los conselleres de Barcelona; y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dijo: *mi proceso va á publicarse:* despues recibió los auxilios de la Iglesia, y pidió perdon á todos de las molestias y afanes que les habia causado, con una mansedumbre y dulzura tal, que prorumpieron en lágrimas: de allí á poco espiró entre las tres y las cuatro de la mañana. Movióse gran duelo en Barcelona por el amor que le tenian, y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exequias, que fueron celebradas con toda la pompa y magestad dignas de un rey, lo mas hermoso y lo mas apreciable fueron el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalian. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el rey su padre le mandó llevar á Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteon de los duques de Segorve.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo; y se empezaron á publicar al instante mi-

lagros que Dios habia hecho por su intercesion. Pero sin recurrir á estos medios, que hoy dia la razon y la circunspeccion desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el príncipe mas cabal que entonces se conocia. Su padre Don Juan II de Aragon, fuera de sus talentos militares, no puede ser considerado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego: Henrique de Castilla era un imbécil: Luis XI un déspota capcioso y sanguinario: Fernando de Nápoles otro político suspicaz, pérfido y malquisto: Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es solo conocido por sus tristes y malogradas pretensiones sobre Castilla. El emperador de Alemania Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fue el desprecio universal de Italia y de Alemania. Todos ellos, á excepcion de Fernando, rudos y bárbaros: todos reinaron, y aquel que recibió de sus mayores la mejor educacion; que criado en costumbres pacíficas se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduría,

sin la cual los estados no pueden ser bien fundados ni instituidos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderacion y de su justicia; aquel á quien los votos, los aplausos y las aclamaciones de todos los pueblos que le conocian le llamaban al mando y al gobierno; este acabó desgraciadamente, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido de su padre, y despojado de lo que era suyo.

Tenia cuarenta años cumplidos cuando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la cual falleció sin darle sucesion en mil cuatrocientos cuarenta y ocho: de sus tratos y amores con otras mugeres tuvo despues á Don Felipe de Navarra, conde de Beaufort, en Doña Brianda Vaca; á Doña Ana en Doña Maria Armendariz; y á Don Juan Alonso en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fue de estatura algo mas que mediana; su rostro era flaco, su ademan grave, y su fisonomía melancólica. Su madre, para enseñarle á ser liberal, le hacia distribuir diariamente, cuando era niño, algunos escudos de oro, y su magnificencia y su

generosidad, cuando jóven y hombre hecho, correspondieron á este cuidado. El estudio fue el consuelo que tuvo en la adversidad, y el compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composicion de algunas obras en prosa y verso, y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo, llenaban aquellas horas, que en otros príncipes hubieran sido de afliccion y de amargura, ó de crápula y disipacion. Entre los hombres de letras con quienes se correspondia, el principal en su estimacion fue el célebre Ausias Marc, príncipe de los trobadores de su tiempo. Duraba aun en Sicilia cien años despues, cuando el analista Zurita pasó por allí, la memoria de las ocupaciones del príncipe y de su aficion á los libros. Escribió una historia de los reyes de Navarra; tradujo la filosofía moral de Aristóteles, y compuso muchas trobas, que solia cantar á la vihuela con gracia y expresion. Deleitábase mucho con la música, y tenia particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traia por divisa dos sabuesos muy bravos, que sobre un hueso reñian entre sí: em-

blema de la porfía que los dos reyes de Francia y Castilla tenian por el reino de Navarra, que con sus contiendas tenian ya casi consumido. Su condicion y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relacion, no amancillada por la parcialidad y la envidia, sino tal cual resulta de los hechos que las memorias del tiempo nos han trasmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence, y han querido dar á su carácter algunos visos de ambicion y rebeldía, no pueden dejar de confesar aquel atractivo que la reunion de los talentos, de las virtudes, de la discrecion y de la liberalidad ponia en su persona, y arastraba tras de sí la aficion de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razon con que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: *Mozo dignísimo de mejor fortuna, y de padre mas manso.*

Cuando sus amigos le vieron cercano á morir quisieron todavía ser fieles á su memoria, y no obedecer sino á su sangre: para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con Doña Brianda Vaca, y le-

gitimase al hijo que de ella habia tenido, Don Felipe. Él no lo consintió, ya fuese por no dar ocasion á mas disturbios, ya por no contemplar digna á aquella muger del honor á que se la queria elevar. Poco satisfecho de su conducta habíala poco antes apartado de su hijo, encomendándole al zelo de un caballero de Barcelona, llamado Bernardo Zapila, y á ella la puso bajo la guarda de Don Hugo de Cardona, señor de Bellpuig.

Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte hizo jurar heredero del reino de Aragon á su hijo Don Fernando; y la reina le llevó á Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenage, segun estaba sentado en los artículos de Villafranca. No se negaron los catalanes á este acto; pero resistieron constantemente la entrada del rey, á quien aborrecian. La reina, ó por ceremonia, ó por complacencia, fue á ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del príncipe, y llegando á él, hizo encima una cruz, y la besó. Si el príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querian, debió entonces con alguna demostracion repeler

de sí aquel obsequio, que por quien le daba, y al tiempo que se hacia, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos dias despues falleció su repostero, y se comenzó á decir, que su muerte venia de ciertas píldoras que habia gustado de las que se sirvieron al príncipe en el castillo de Morella. La reina dió licencia para que le abriesen, y se le hallaron los pulmones podridos, como se habian encontrado los del príncipe. Estas señales, unidas á la sospecha que antes ya habian levantado los furores de la madastra, y sus condescendencias despues que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo, que de allí á poco tiempo los catalanes, apellidando á su rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad, y se pusieron en rebelion abierta contra él. Diéronse primero al rey de Castilla, que aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó á ella ó por moderacion ó por flaqueza. Llamaron despues á Don Pedro, infante de Portugal, á quien aclamaron rey de Aragon, y conde de Barcelona; y este murió de veneno. Trataron á su

muerte de constituirse en república; pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera y llamaron á Renato de Anjou, que aunque viejo y cascado, vino á apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que trajo. Su muerte acaecida de calenturas en lo mas próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes; los cuales, despues de una rigurosa resistencia, vinieron al cabo á la obediencia del rey Don Juan, bajo condiciones muy favorables. De este modo los estragos y los escándalos siguieron en Cataluña diez años despues, y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas, que los catalanes consagraron á la memoria infausta del príncipe que fue su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de perlesía; y que la acusacion de veneno es una fábula, como la de los milagros, y la de la aparicion del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra; que, dicen ellos, fueron inventadas para alterar los pueblos, y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afirmarse nada sin una

circunspeccion prudente. Pero estos cronistas eran pagados por el rey Fernando el Católico, que fue el que sacó partido de la ruina de Cárlos: por otra parte el rencor de la reina; la ambicion de que reinase su hijo; el enojo del padre; la rabia de tener que soltarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados; el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud despues que salió del castillo de Morella; la costumbre que aquel tiempo hacia de esta alevosía infame; la muerte del repostero igual á la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion: y si á ellas se añade la manera bárbara con que el rey trató á la princesa Doña Blanca su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.

Tenia esta desdichada contra sí parecerse mucho á Don Cárlos, haber seguido siempre su suerte, y ser legítima señora del reino de Navarra despues de sus dias. Habíala envuelto el rey su padre en la misma proscripcion del príncipe; y las condiciones con que el conde de Fox vino de Francia á ayudarle en su guerra de

Cataluña, eran que Blanca habia de renunciar el derecho de sucesion, ó hacerse religiosa, ó ser entregada en poder del conde. Despues de la muerte de su hermano la habia el rey tenido custodiada en diversas fortalezas, porque no cayese en poder de los beamonteses; mas cuando ya se resolvió á cumplir su inhumano concierto, la anunció que se preparase á pasar los montes con él, para ir á ver al rey de Francia, y casarla con el duque de Berri su hermano. Ella respondió que no queria ser homicida de sí misma, y que de ningun modo iria. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazon de fiera, no hicieron mas que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para mas asegurarla, dió el encargo de su persona á Pedro de Peralta, el agramontes mas acérrimo y mas duro. Este la condujo á Marcilla, y la aposentó en su misma casa. Dícese que allí la desventurada le pidió, « que se compadeciese como caballero de « una dama la mas afligida y desampa- « rada que se vió jamas; y como buen « vasallo de la hija de su reina Doña Blanca

« y nieta de Don Cárlos, á quien él y su « familia habian debido su exaltacion: que « su padre llevaria á bien esta resolucion « cuando la mirase con ojos serenos; que « no la sacase de su casa, y no la lle- « vase á Bearne, donde la acabarian, co- « mo en España habian hecho con su her- « mano. » Aquel hombre bárbaro la arrancó con violencia de allí, y la llevó al convento de Roncesvalles, donde ella tuvo forma de engañar á sus guardias, y de hacer una renunciacion de su derecho en favor del rey de Castilla ó el conde de Armeñac; y declarando ser nulas cualesquiera renuncias que se viesen de ella en favor de su hermana la condesa de Fox, ó del príncipe Don Fernando, porque serian arrancadas por la violencia y el miedo. Sabiendo despues que iba á ser puesta en poder de sus enemigos, y que se trataba no solo de la sucesion, sino de la vida, volvió á privar solemnemente de su herencia á sus hermanos; y hizo donacion de sus estados de Navarra y demas que la pertenecian al rey Don Henrique IV de Castilla; pidiéndole « que la librase, ó ven- « gase las desgracias suyas y de su her-

« mano, y se acordase de su amor y union « antiguos, que aunque desgraciados, al « fin habian sido como de marido y muger.» En San Juan de Pie del Puerto la entregaron en nombre de los condes de Fox al Captal de Buch; el cual la llevó al castillo de Ortez, donde á poco tiempo fue envenenada de órden de su hermana, y murió en dos de diciembre de mil cuatrocientos sesenta y cuatro. Asi el camino del trono fue allanado á la iniquidad ambiciosa: por premio de un fratricidio la condesa de Fox reinó en Navarra; el hijo de Doña Juana Henriquez fue Monarca de Aragon, de Sicilia y de Castilla; y si sus grandes talentos y la prosperidad brillante de su reinado templaron algun tanto el horror de tantos crímenes, no le han desvanecido enteramente todavía.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DEL TOMO PRIMERO.



VIDAS

DE

ESPAÑOLES CÉLEBRES.

EL GRAN CAPITAN.

GONZALO FERNANDEZ de CÓRDOBA, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitan*, nació en Montilla en mil cuatrocientos cincuenta y tres. Su padre fue Don Pedro Fernandez de Aguilar, ricohombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre Doña Elvira de Herrera, de la familia de los Henriquez. Dejaron estos señores dos hijos, Don Alonso de Aguilar y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa, bajo el cuidado de un pru-

AUTORES CONSULTADOS. Zurita. — Mariana — Crónica del Gran Capitan.—Paulo Jovio.—Duponcet.—Ayala.—Guicciardini.—Guiannone.—Herrera, hechos de los españoles en Italia.—Bernaldez, Crónica manuscrita de los Reyes Católicos.—Comentarios de los hechos del señor Alarcon.

dente y discreto caballero, llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor á la gloria, y todas aquellas virtudes que despues manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habian de ser su patrimonio y su fortuna; pues recayendo por la ley todos los bienes de su casa en su hermano mayor Don Alonso de Aguilar, Gonzalo no podia buscar poder, riqueza, ni consideracion pública sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entonces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva á sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aquel en que se ejercitan con mas accion y energía. La incapacidad de Henrique IV habia puesto el estado muy cerca de su ruina: los grandes descontentos; las ciudades alteradas; el pueblo atropellado, robado y saqueado; el pais hirviendo en tiranos, robos y homicidos; las leyes sin vigor alguno; ninguna policía, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo órden de cosas, y todo dió ocasion á las escandalosas escenas que hubo

al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partes; favoreciendo la una al infante Don Alonso, hermano de Henrique, á quien despojaron en Avila del cetro y la corona como inhábil á llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del infante; y entonces fue cuando Gonzalo, muy jóven todavía, se presentó enviado por su hermano en la corte de Avila, á seguir y ayudar la fortuna del nuevo rey.

La arrebatada muerte de este príncipe desbarató las medidas de su faccion, y Gonzalo se volvió á Córdoba. Mas despues fue llamado á Segovia por la princesa Doña Isabel, que casada con el príncipe heredero de Aragon, se disponia á defender sus derechos á la sucesion de Castilla contra los partidarios de la princesa Doña Juana, hija dudosa de Henrique IV. Es bien notoria la triste situacion de este miserable rey, obligado á reconocer por hija de adulterio la hija de su muger, nacida durante su matrimonio, y á pasar la sucesion á su hermana, á quien no amaba: despues, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, á volver sobre sí, y

declarar por hija suya legítima á la que antes habia confesado agena, y á destrozar el estado con este manantial de eternas divisiones y querellas. Isabel sostenida por la mayor y mas sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragon, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entonces fue cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la direccion de los negocios, las circunstancias que en él resplandecian le constituian la mayor gala de la corte de Isabel. La gallardía de su persona, la magestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversacion fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos y no permitian á ninguno alcanzar á su crédito y estimacion. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas á la española, ó jugando con ellas á la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebataba los aplausos: y las voces unánimes de los que le contemplaban, le

aclamaban príncipe de la juventud. Añadíase á estas prendas eminentes la que mas domina la opinion de los hombres, una liberalidad sin límites, y una profusion verdaderamente real. Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo mas exquisito. Repréndiale á veces el prudente ayo aquella ostentacion muy superior á sus rentas, y aun á sus esperanzas, por magníficas que fuesen; y su hermano Don Alonso de Aguilar desde Córdoba, le exhortaba á que se sujetase en ella, y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudian. «No me quitarás, « hermano mio, *contestó Gonzalo*, este « deseo que me alienta de dar honor á nues- « tro nombre, y de distinguirme. Tú me « amas, y no consentirás que me falten los « medios para conseguir estos deseos; ni el « cielo faltará tampoco á quien busca su « elevacion por tan laudables caminos. » Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban á España la gran carrera á que le llamaba el destino.

Muerto Henrique IV (1474), el rey de

Portugal que habia tomado la demanda de la Doña Juana, hija del Monarca difunto, sobrina suya, y con quien se habia desposado, rompió la guerra en Castilla con intencion de apoderarse del reino, en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizage militar bajo el mando de Don Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago. Mandaba la compañía de ciento y veinte caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba: y empezaba á demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solian en los dias de accion vestir armas comunes, para no llamar la atencion de los enemigos: Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacia distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo, y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razon, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatia, servirian de ejemplo y de emulacion á los demas nobles, y á él le asegurarian en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fue la que en la batalla de Albuera

le grangeó la alabanza del general; quien, dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente á Gonzalo, cuyas hazañas, decia, habia distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atencion á los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder, y necesaria á su política. Ningun medio mas á propósito para aquietar á los grandes, para afirmar su autoridad, y ganarse las voluntades del estado entero, que tratar de arrojar enteramente á los sarracenos de España. Tuvieron estos la imprudencia de provocar á los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar á Zahara, villa fuerte, situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fue la señal de una guerra sangrienta y porfiada que duró diez años, y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, despues de gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga

contienda lance alguno de consideracion en que él no se hallase; pero en donde su valor y su inteligencia sobresalieron mas, fue en la toma de Tajara, en el asalto de Loja, y en la rendicion de Illora (1486). Llamaban á esta plaza el ojo derecho de Granada por su inmediacion á la ciudad, y por su fortaleza. Los reyes dieron el cargo de defenderla á Gonzalo, el cual desde allí, talando los campos del enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y aun á veces llegándose á las murallas de Granada, y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba á los infieles un momento de reposo. Dícese que entonces fue cuando ellos espantados á un tiempo, y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron á darle el título de Gran Capitan, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada dia Granada veia caer en poder de los cristianos algunos de los baluartes que la defendian. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida á sus murallas solas, falta de socorros, desigual á sus contrarios, todavía te-

nia en sí un mal interior, peor que todos estos para completar su ruina. Dividíanla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos que se llamaban reyes; Albohacen, Boabdil su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *rey chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada, despues que Boabdil arrojó de ella á su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada de la ambicion es la insensatez de estos miserables: al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaycin y otro en la Alambra, armándose traiciones, dándose batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debian defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban á sus intentos tanto ó mas que sus armas mismas, y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martin de Alarcon fueron enviados á Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital á Zagal, y dejar en ella bien establecido al Régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenia autoridad para mandar, ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, y hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendin, y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos asi los lazos que le hacian respetar de nosotros, los reyes se acercaron á Granada (1491), y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras. Quiso le reina un dia ver mas de cerca á Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros: los moros salieron á escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida: mas él, no contento con lo que habia hecho en el dia, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen á recoger los muertos. Salieron con efecto, pero en tanto número, y cerraron con tal ímpetu, que su osodía pudo costar cara á Gonzalo, que cercado de enemigos,

muerto el caballo, y desamparado de los suyos, hubiera perecido, á no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo, cuando se quemó la tienda de la reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió á Illora por la recámara de su esposa Doña María Manrique, con quien se habia casado poco tiempo habia en segundas nupcias: y la magnificencia de las ropas y muebles fue tal, tal la prontitud con que fueron traidos, que Isabel admirada dijo á Gonzalo, *que donde habia verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora;* á lo que respondió él cortesanamente, *que todo era poco para ser presentado á tan gran reina.*

Por último los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra de parte del rey Fernando, y por Bulcacin Mulch de la de Boabdil. Las llaves de la plaza fueron entregadas el dia dos de enero del año de mil cuatrocientos noventa y dos; y el seis hicieron los reyes su entrada pública y solemne en ella.

Entre las mercedes que el conquistador hizo á los guerreros que le habian ayudado en la conquista, cupo á Gonzalo el don de una hermosa alquería, con muchas tierras dependientes, y la cesion de un tributo que el rey percibia en la contratacion de la seda. Pero aunque las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes á las esperanzas que habia dado en su juventud, y le distinguiesen del comun de los oficiales, aun no habia llegado la ocasion de desplegar toda su capacidad. Su hermano Don Alonso de Aguilar, el conde de Tendilla, el marques de Cádiz y el célebre alcaide de los Donceles, fueron los caudillos á quienes se fiaron las expediciones mas importantes, y los que ganaron mas reputacion. Asi es que en las historias generales apenas se hace mencion de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora, y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendicion de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria, con que saliendo de repente de la condicion de guerrero subalterno, iba á eclipsar la reputa-

cion de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra siguió á la corte, siendo siempre el principal ornato de ella á los ojos de Isabel, que jamas estaba mas contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurria á su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalia la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas á la lealtad y eficacia de sus servicios, habian establecido altamente su estimacion en el ánimo de aquella princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos á sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la reina le dispensaba habria algo mas que estimacion; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debian desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia queria mas bien calumniar la virtud de una muger sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocia bien, y sabia hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecian se le designaba al rey su esposo, como el sugeto mas á propósito para llevar á gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomen-

dasen. Fernando lo creia asi tambien; y no bien se presentó ocasion en las agitaciones de Italia, cuando determinando tomar parte en ellas, envió á Gonzalo con armada y ejército á Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedicion, y el estado de las cosas, es preciso tomar la narracion de mucho mas arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se habia roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes estados de Italia, y al cual debia esta nacion algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho *el Moro*, gobernaba el Milanesado, ó mas bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentines y los reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Cárlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él, y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este estado por las adopciones que Juana I y Juana II habian hecho en diversos príncipes de esta familia, habian sido cedidos á Luis XI, rey de Francia,

padre de Cárlos VIII. A esta razon de derecho se llegaba la facilidad con que se suponia podria echarse de Nápoles á la casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia : sobre todo, la juventud de Cárlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchian todos sus cortesanos, y su poder, mas absoluto que el de otro ningun rey de Francia, levantado asi á fuerza de fatigas, y aun crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V, el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerian. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aun mas aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unian á esta casa con la de Aragon podrian ser un contrapeso al peligro inminente; pero Cárlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, habia allanado todos los obstá-

culos por esta parte; y cediendo al rey Católico los estados del Rosellon y Cerdaña, habia exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano, á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su muger; y en fin, para no tener oposicion de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el rey de Francia se sometió á pagar á Henrique VII de Inglaterra seiscientos veintos mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo lo que no podia perder, para adquirir lo que no podia conservar, y segun la expresion de un historiador, se imaginaba el insensato *llegar á la gloria por la senda del oprobio.*

Cárlos en fin baja á Italia con un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, corto número de gente para una expedicion tan importante, mucho mas careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada, y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad : la audacia, la ligereza y el

aparato bélico de los franceses la llenaron de terror; y la expedicion de Cárlos pareció mas bien un viage que una conquista. Allanado el paso por Placencia: puestos en respeto los florentines: escarmentado el Papa Alejandro VI, que quiso resistirse á entrar en sus miras, marcha á Nápoles, desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente, y su entrada parecida á un triunfo, segun la magestad y aparato con que la celebró, le hacia tocar la realidad de los sueños que le habian halagado en Paris (1495). Ya con una mano amenazaba á Sicilia, y con la otra al imperio de oriente, por los derechos que le habia cedido un príncipe de la casa de los Paleólogos, cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los estados de Italia comenzaron á agitarse contra la potencia de los franceses, que parecia iban á devorarlos todos. El emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya duque de Milan por la muerte de su sobrino, se coligaron para

arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa comun. A este daño se añadia otro no menos grave. Los franceses por su ligereza, su imprudencia y su libertinage se hicieron al instante odiosos á los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenian cuenta con los que ó por odio á los príncipes aragoneses, ó por amor á la casa de Francia les habian favorecido en la conquista: el rey, abandonado á sus favoritos, ni sabia gobernar ni mandar: el pueblo vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito; dar á uno sin razon lo que se quitaba al otro por capricho; y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba menos á los príncipes desposeidos. Noticioso pues el rey de Francia de la liga que se habia formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitacion con que la habia hecho; y á los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel estado, con la otra mitad se abrió paso para su pais por medio de provincias enemigas,

habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los príncipes italianos habian juntado para cortarle el paso. Asi dejó la Italia, hecho la execracion de toda ella, habiendo llevado con su ambicion frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron despues; y no compensando con calidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma, que le hacian un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase á Nápoles con su ejército, ya el rey Alfonso II habia renunciado el reino en su hijo Don Fernando, con lo cual creyó que se embotaria el odio que todos sus súbditos tenian á la casa de Aragon, por ser aquel príncipe muy bien quisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo, y lleno del terror que acompaña en el peligro á los malos reyes, huyó precipitadamente, y se retiró á Mázara en Sicilia á vivir á lo religioso en un convento. Remedio ya tardío, cuando los franceses á las puertas, el estado en convulsion, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas pues des-

esperadas, y despues de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó tambien, primeramente á la isla de Iscla, y despues á Sicilia.

Por el mismo tiempo (1495) habia arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos: ejército preparado ya de antemano por el rey Católico, cuya sagacidad preveia la vuelta que habian de tomar los negocios, y el partido que podria sacar de las turbaciones de la Italia. En Mecina se abocó el general español con los dos reyes desposeidos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debia seguirse, atendido el estado de las cosas. Queria Don Fernando que se fuese en derechura á la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominacion francesa. Mas Gonzalo fue de dictámen que debian entrar por la Calabria, en donde Regio estaba por el rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa; por no haber puesto los franceses presidio en ellas, y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase á esta razon la de que aquella provincia, por su inmedia-

cion á Sicilia, era mas afecta que otra alguna al partido de España, y Gonzalo queria aprovecharse de esta buena disposicion. Este fue el partido que se siguió, y el ejército, compuesto de las tropas que habian ido de España, y de las que se habian arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó á Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Cárlos, Everardo Stuart, señor de Aubigni, Capitan célebre y experimentado; y era virey de Nápoles Gilberto de Borbon, duque de Montpensier, de la casa real de Francia, general mas distinguido por su nobleza, que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando á cuchillo la guarnicion, por haber violado pérfidamente la tregua que se la habia concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió á la intimacion primera; é interceptado y hecho prisionero un regimiento enemigo, que marchaba á guarnecer á Seminara, esta plaza tuvo tambien que volver al dominio aragones. Aubigni, viendo los pro-

lia, y en la armada que estaba preparada en Mecina voló inmediatamente á Nápoles, donde aun no se sabia aquel mal suceso, y donde fue recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó á Seminara, que no podia defenderse; y retirándose á Regio, se rehizo allí de su descalabro, y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo á los franceses la guerra misma que habia hecho á los moros de Granada, con cuya provincia tenia la Calabria mucha semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos contínuos y de astucia, acomodada á lo montuoso y quebrado del pais, y al corto número de tropas que tenia á sus órdenes. No pasaban estas de tres mil infantes, y mil y quinientos caballos; y con ellas se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió á Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado ó de fuerza le daban la obediencia, que no podia guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendia la provincia, ni se atrevia á abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en

Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotron, Esquilache, Sibaris, y de toda la costa del mar Jonio, veia el momento en que iba á arrojar de Calabria á los franceses, cuando recibió un mensage de Fernando, que le llamaba á reunirse con él.

Habia este príncipe á su entrada en Nápoles forzado á los franceses á encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podian mantenerse allí sin ser socorridos, habian capitulado rendirlos, si antes no les venia auxilio. Aubigni, que no queria desamparar lo que restaba en la Calabria, habia enviado á Persi con alguna gente á socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió primeramente á Salerno : entonces el rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó á Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para què le viniese á asis-

tir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso á atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacian la guerra el rey y los franceses. Todo el pais intermedio era quebrado y montuoso : los Barones anjoinos ocupaban las plazas fuertes; y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos, que la naturaleza y los hombres le oponian, fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque, cada ataque una victoria : entró á Cosencia á despecho de los franceses que la defendian, que no pudieron resistir los tres asaltos que en un solo dia les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, á los montañeses de Murano, que fiados en la fragosidad de sus alturas, y dificultad del terreno, se atrevieron á formarle asechanzas, y á cogerle los caminos. Por último sorprendió á todos los Barones de la parcialidad anjoina, que se hallaban en Laino : ellos, descuidados, no acertaron á defenderse; el principal de aquella faccion,

Almerico de Sanseverino, murió peleando; y la plaza fue entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó á juntarse con el rey, á tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su general Montpensier, se habian encerrado en Atela, creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron á recibir el rey, el legado del Papa, y el marques de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debian al atrevimiento y felicidad de su marcha, y á la reputacion, que no solo llenaba ya la Italia, sino tambien la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecian sus inferiores; y él por la elevacion de su espíritu, por la prudencia de sus consejos, y por la osadía y valor en las acciones, parecia destinado á mandar donde quiera que se hallase. Allí fue donde italianos y franceses le empezaron á dar públicamente el renombre de Gran Capitan, que quedó para siempre afecto á su memoria. El rey, que antes vacilaba en

sus resoluciones, ya por la vivacidad de su espíritu, ya por respeto al marques de Mantua, comenzó á manifestar mas denuedo y mas aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo á batalla, que no fue aceptada; y Gonzalo, considerada la disposicion del sitio, estableció sus cuarteles; y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza. Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveian de agua los sitiados; y en cuyos molinos se hacia la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posicion con un puesto fortificado y defendido por la infantería suiza, la mejor entonces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrasó los molinos; y con esta faccion llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que acosada y fatigada con los continuos asaltos, tuvo que capitular (1496), pactando, que si dentro de treinta dias no era socorrida por el rey de Francia, se

rendiria con todas las demas; exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto, y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino; y los franceses, con efecto, entregaron á Atela, y todas las demas plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirian sin órden expresa del rey de Francia : circunstancia que dió ocasion al de Nápoles para no cumplir tampoco con el tratado. Montpensier y los demas defensores de Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados á Bayas, Puzol y otros parages mal sanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió á Calabria á contener á Aubigni, que con su ausencia se habia vuelto á apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general frances que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensage, quejándose de la contravencion que se hacia á la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros á romperla habian sido los franceses, y él en par-

ticular, pues habia salido á ocupar plazas que al tiempo de aquella convencion no estaban en su poder; y por lo mismo que la suerte de las armas, y no el tratado de Atela, era quien habia de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo el crédito de Gonzalo era tal que los soldados de Italia se iban á sus banderas, y le seguian sin sueldo: las plazas se le rendian sin defenderse: engrosado su campo, vencedor por todas partes, Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia, que medirse con el Gran Capitan, el cual en pocos dias la redujo toda á la obediencia del rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disenteria, falleció en Nápoles á siete de octubre del mismo año (1496). La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entonces la enfermedad horrible y dolorosa que empezó á declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este príncipe tenia sitiados los castillos de Nápoles. Lla-

mósela mal frances, porque los de esta nacion fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la inoculó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagacion y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El corto tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia, y parte en guerra porfiada, no manifestó en él mas que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistian. Algo oscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió á los franceses prisioneros, y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los Ursinos. Estas muestras hacian sospechar á la Italia que despues de afirmarse en el reino, mas bien quisiese imitar las depravadas máximas de su padre y abuelo, que la generosa condicion de Alfonso V, el fundador de su casa. Pero al fin él murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó á su tio Federico, príncipe amable, ilustrado, mas

á propósito para regir el estado en una situacion sosegada, que á defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fue reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos dias á saludar á aquel rey, hizo que se le rindiese, por la poca esperanza que tenia de ser socorrida. Un dia antes de la rendicion de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la Calabria: el rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas á sus hazañas y á sus servicios, queria colmarle de dones y de estados. Pero su moderacion, contentándose con la gloria adquirida, se negó á admitirlos, mientras no fuese autorizado á ello por los Monarcas de España. Asentadas asi las cosas de aquel reino, marchó con su gente á Roma, donde el Papa Alexandro VI le llamaba.

Al pasar Cárlos VIII por aquella capital habia dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnicion francesa, á Menoldo Guerri, vizcaino de nacion, y hombre que reunia á los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano, y la ferocidad

de un foragido. Este desde allí hacia una guerra tanto mas cruel al Papa, cuanto mas proporcion tenia por el puesto que ocupaba de afligir con hambre y necesidad á su corte. Todos los navíos mercantes que surtian de víveres y demas géneros á Roma por el Tiber, era preciso que se sujetasen antes á sus rapiñas, y contentasen su avaricia, á menos de exponerse á ser echados á fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestía se hacian ya sentir en la ciudad, el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba á todo partido, y sordo á las proposiciones de Alejandro, insensible á sus descomuniones, insultaba desde allí á la debilidad del Papa, que no tenia fuerzas para arrojar á aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadia el temor de que permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia á los franceses. En tal extremidad Alejandro recurrió á Gonzalo (1497), el cual, tomando á su cargo la empresa, se acercó con sus españoles á Ostia, y hizo á Menoldo la intimacion de desamparar la plaza, y dar fin á su tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido, y se preparó á la defensa;

no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiese rendirse sino despues de mucho tiempo, lo que quizá daria lugar á los franceses para venir á socorrerle. Mas el Gran Capitan, considerada bien la fortaleza, y hechos en tres dias los preparativos del ataque, dió órden para que se batiese la muralla por una parte con la artillería. Cinco dias tardó en abrirse la brecha; y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mismo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó el ejército al asalto, acudiendo tambien allí los sitiados con todas sus fuerzas á defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma, que se habia acercado á la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escaló fácilmente; y los franceses divididos no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos ó prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió á partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la

vuelta á Roma, llevando consigo á los vencidos. Su entrada en aquella capital fue un triunfo: salió á recibirle, y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que á voces le llamaba su libertador: él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas, y al son de la música guerrera; los prisioneros con cadenas iban á pie en medio; y Menoldo encadenado tambien, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto todavía feroz, manifestaba mas despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano, y subió á dar cuenta de su expedicion al Sumo Pontífice, que colocado en su trono, y rodeado de varios cardenales y señores de Roma le esperaba. Arrojóse á besarle los pies, y Alejandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, despues de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los Papas solian dar entonces cada año á los que eran mas beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo solo le pidió dos cosas: una el perdon de Menoldo, y otra que los vecinos de Ostia, en indemnizacion de los males que habian sufrido por la tiranía de

aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años : ambas fueron concedidas; y Menoldo, despues de haber sufrido la mas severa reprension del Papa, tuvo libertad de volverse á su pais.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo, al tiempo de despedirse, fue de un género diferente, aunque no menos honrosa al Gran Capitan. Dejó el Papa caer la conversacion hácia los reyes Católicos, y llegó á decir que él los conocia bien, y que debiéndole muchos favores, no le habian hecho ninguno. Era este un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condicion eran tales, que sola la ambicion de los príncipes cristianos, opuestos entre sí, y necesitando alternativamente de él para sus miras, podia mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los príncipes, á quienes entonces representaba, contestó al Papa, « que « sin duda alguna podia conocer bien á los « reyes de Castilla, asi por natural de estos « reinos, como por los muchos beneficios « que les debia. Que ¿cómo se olvidaba de

« que las armas españolas habian entrado « en Italia para defender su autoridad atro- « pellada por los franceses? ¿Quién le ha- « bia hecho superior á los Ursinos, que ya « le afligian? ¿Quién le acababa de con- « quistar á Ostia?» A estas añadió otras razones sobre la necesidad que tenia de reformar su casa y su corte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestacion de un hombre, á quien tenia mas por militar que por estadista, le despidió de su presencia sin estimarle en menos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles; en cuya capital entró acompañado del rey y de los principales de su corte, que salieron á recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico á sola una vana pompa, le creó Duque de Sant Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior, con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor á una corona. Embarcóse despues para pasar á Sicilia, alterada entonces por las contribuciones que el virey

Juan de Lanuza habia cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, despues de haber tan dignamente ejercido el de guerrero: oyó las quejas; reformó los abusos; administró justicia; contentó los pueblos; fortificó las costas. Llamado por Federico para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses, y se resistia á sus armas, volvió á tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que al cabo los sitiados, á pesar de la vigorosa defensa que hicieron, tuvieron que rendirse á discrecion. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedicion á Italia, y despedido del Monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habian dado, regresó á España (1498) con la mayor parte de las tropas que le habian asistido en la empresa.

Fue recibido en la corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el rey, que la reduccion de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores á la conquista de Gra-

nada. Dos años se mantuvo en ella respetado como su gloria merecia, cuando una agitacion que se levantó en Granada le dió ocasion de acreditarse mas. Habíase prometido á los moros, cuando se redujeron á la obediencia del rey, que se los mantendria en el libre ejercicio de su religion. Hubo algunos entre ellos, que habiéndose hecho al principio cristianos, despues habian vuelto á sus ritos. Las diligencias, y aun rigor que se usó con estos para volverlos al gremio de la Iglesia, dieron ocasion á los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba á procederse del mismo modo, y á hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se habia hecho con los pervertidos. Cansados por otra parte de la servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa, y en la distraccion de los reyes á las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelion, y tomaron las armas. Los primeros á alborotarse fueron los de Guejar, villa asentada en lo mas alto de aquella sierra. Hallábase á la sazon en Granada el

Gran Capitan; el cual salió á domar á los rebeldes en compañía del conde de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar á Guejar era preciso atravesar una llanura que los moros habian empantanado, y despues subir por las faldas de la sierra, que eran agrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumíanse los peones, y entretanto los enemigos los herian á su salvo, y huian. Gonzalo aquel dia, sirviendo mas de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fue el primero que se acercó á la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demas soldados entraron tambien, y pasaron á cuchillo á aquellos infelices. Mas á pesar de esta ventaja, y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelion cundió de tal modo, que fue preciso al rey don Fernando pasar á aquella provincia, convocar ejército, y seguir en

persona á los alborotados. Tomó por asalto á Lanjaron; y los infieles amedrentados trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador á Gonzalo, en quien depositaron los moros principales, que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocian y veneraban en él, y esperaban por su intervencion sacar mejor partido en su concierto. Asi fue; y Gonzalo les ganó el perdon, y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de mil y quinientos, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado, que pedian á toda priesa la asistencia de las armas españolas. Habia muerto el rey de Francia Cárlos VIII, y su sucesor Luis XII le imitó tambien en sus miras ambiciosas sobre aquel pais. Cárlos habia sido llamado allí por Esforcia; y Luis vino á despojar á este usurpador del estado de Milan: ejemplo insigne á los príncipes débiles, que casi nunca buscan un protector mas poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha alianza con el Papa Alejandro, con

los florentines y con los venecianos, se apoderó del Milanes, y empezó á extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningun valedor en Italia : el rey de España era el solo que podia defenderle del daño que le amagaba : pero Fernando el Católico quiso mas bien entrar á la parte de los despojós, que la estéril gloria de la proteccion. La Europa vió con asombro, y aun con indignacion, ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel príncipe, que tres años antes habia sido reconocido y amparado por el rey de España su tio, á quien no habia hecho ni agravio ni injuria : como si lo que se llama alta política, entre los hombres, atendiese nunca á estos respetos de generosidad ó parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infantes y seiscientos caballos, salieron en junio de aquel año (1500), y se dirigieron á Sicilia, llevando por general á Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo habia exaltado la juventud española; y ansiosos de gloria y de fortuna los nobles habian corrido á alistarse

en sus banderas. Con él fueron entonces Don Diego de Mendoza, hijo del cardenal de España; Villalba, que despues se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego Garcia de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus fuerzas hercúleas; Zamudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero mas por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pués no se habia perdonado gasto alguno en los preparativos, y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bizarría correspondiente á su reputacion, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano Don Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado á Mecina, salió al instante á unirse con la escuadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, á contener á los turcos, que invadian las islas de la república en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseida de terror, se retiró á Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron á Cefalonia, arrancada poco

tiempo habia por los bárbaros á la dominacion veneciana. Saltó el ejército en tierra, y puso sitio al fuerte que habia en la isla, llamado de San Jorge, donde se habia recogido toda la gente de guerra. Hechos todos los preparativos del sitio y del ataque, Gonzalo, antes de empezar, envió á requerir á los cercados con un mensage, en que les decia: que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso rey, y vencedores de los moros en España habian venido en auxilio de los venecianos; que por tanto si entregaban la isla y la fortaleza, podrian retirarse salvos; pero que si hacian resistencia, no se libraria ninguno. « Gracias os doy, cristianos, *res-* « *pondió el albanés Grisdar*, *comandante* « *del castillo*, de que seais la ocasion de « tanta gloria, y de que vivos, ó genero- « samente muertos, nos proporcioneis tal « lauro de constancia con Bayaceto nues- « tro emperador. Vuestras amenazas no « nos espantan: la fortuna ha puesto á to- « dos en la frente el fin de la vida. Decid « á vuestro general, que cada uno de mis « soldados tiene siete arcos y siete mil « saetas, con las cuales vengaremos nues-

« tra muerte, ya que no resistamos á vues-
« tro esfuerzo, ó á vuestra fortuna.» Dichas estas palabras hizo traer un fuerte arco, con un carcax dorado, para que se le diesen en su nombre á Gonzalo, y acabó la conferencia, y despidió á los mensageros.

La defensa que hizo á los asaltos y combates de sus enemigos fue igual á esta ostentacion de bizarría. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces: el fuerte bien pertrechado, y situado ademas sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó á batir el muro la gruesa artillería veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacia, ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga, ni excusar peligro, resistian á los asaltos, ofendian con sus máquinas, y era tal la muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veian cubiertos de ellas. Añadíase á esto que estaban enerboladas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenian ademas ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entonces llaman *lóbos*, con los cualca asian los

soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, ó bien los estrellaban contra el suelo, dejándolos caer, ó los atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Con uno de ellos fue asido Diego Garcia de Paredes, á quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo; y llevado á la muralla defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones, si eran forzados á rendirse.

Asi proseguia la porfía igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenian en continua vela á los sitiadores; y alguna hicieron que á menos de despertar Gonzalo casualmente soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen á la defensa, hubiera sido grande el estrago y daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas el general español habia dispuesto un bastion, cuyos tiros, alcanzando mas que los arcos enemigos, arredraban á sus flecheros. Mandó despues preparar en diversas direcciones

contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y disponer las escalas para asaltar el fuerte con su gente. Las minas reventaron; y aunque abrieron varios boquerones, ya los turcos tenian hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron á escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos con piedras, con flechas, con fuegos arrojadizos, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistian desesperadamente, rompiendo las escalas, y arrojando del muro á los españoles que ya habian subido. Fue necesario mandarlos retirar; y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco despues intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros, que habian domado los moros en España, y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban á los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron despues, con daño suyo, á temerlos y á estimarlos. Eran cincuenta dias pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando tam-

bien indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que á un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería, y por los soldados. Puestas á punto todas las cosas, y animado el ejército, dióse la señal; y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecia hundirse la isla á aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que á viva fuerza se apoderaron del muro, y entraron la plaza. Gisdar, fiel á su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna: solos pudieron cogerse ochenta turcos vivos, los cuales debilitados por los trabajos y heridas recibidas, no pudieron hacer la gloriosa defensa que los demas.

Tomada asi Cafelonia, y dejándola en poder de su aliado, el Gran Capitan, pasados algunos dias, en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volvió á Sicilia á principios del año de mil quinientos y uno. A Siracusa le vino á encon-

trar un embajador de la república; la cual, en demostracion de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de Gentilhombre veneciano, y un magnífico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Rehusólo al principio; mas obligado á aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas á su rey, él se quedó con solo el diploma, diciendo graciosamente, « que « lo hacia para que sus competidores, aun« que fuesen mas galanes, no pudiesen á « lo mènos ser mas gentileshombres que « él ». Estas satisfacciones y esta gloria fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida á su hermano. Habíanse vuelto á rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversion. Don Alonso de Aguilar fue uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del conde de Ureña; y uno y otro con su hueste empezaron á combatir y perseguir á los rebeldes en sierra Bermeja. En todos nuestros historiadores, pero mas bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de

aquella lastimosa tarde, en que los nuestros hostigando á los enemigos por la sierra arriba, desmandados á robar, se dispersan, y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus gefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Ferí de Benastepar, volvieron la cara á sus contrarios, y comenzaron á herirlos: un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta á los bárbaros el desórden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano Don Alonso, Don Pedro su hijo, y el Conde de Ureña hacen prodigios de valor: todo es inútil: los nuestros caen ó muertos ó heridos ó derrumbados. Don Alonso de Aguilar combatia entre dos peñas: allí le fue á buscar el Ferí: allí se asió á brazos con él: *yo soy Don Alonso*, decia el cristiano, *yo soy el Ferí de Benastepar*, replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó á Gonzalo á Sicilia; y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de allí á poco á Regio para ejecutar las órdenes con que habia salido de España.

Confiaba todavía el rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venian destinadas á socorrerle. ¡Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir á un rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer á Fernando el Católico, que le habia mandado expresamente no declarar su comision hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa, en pleno consistorio, anunció la liga entre los reyes de Francia y España; y dió á cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habian repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio á Federico, para que renunciase solemnemente en su nombre los estados de que le habia hecho donacion por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donacion de nuevo, diciendo que él sabia apreciar las virtudes, aun en sus enemigos, y que en vez de arrepentirse de las gracias que le habia hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves dias toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, á

excepcion de Taranto y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados tambien de casi todo lo que les pertenecia en la particion. Federico, despues de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, habia abandonado sus estados, y acogídose á la isla de Iscla, desde donde se concertó con el rey de Francia; y haciéndose su pensionario, se retiró á aquel estado mejor que á los del rey de España su tio, á quien aborrecia mortalmente por su perfidia. Gonzalo en esta situacion, previendo ya que la union entre dos príncipes ambiciosos no podia durar mucho tiempo, y que cada uno querria tener el todo para sí, se aplicó á ganar la aficion de los naturales del pais, y atraer á su partido todas las personas de distincion. Restituyó sus estados á la casa de los Sanseverinos, á quienes habia despojado Federico, en castigo de su adhesion á la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron á ofrecerle sus servicios Prospero y Fabricio Colonna, gefes de la familia de este nombre en Roma; excelentes militares, á quienes dió al instante el mando de las alas de su ejér-

cito. A estos siguieron una porcion grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Taranto.

Era esta plaza la mas fuerte y la mas importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicacion con la tierra por la parte de oriente y de poniente, y á la cabeza de ellos habia dos castillos fortísimos para defenderlos; mientras que á la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proximidad á los navíos. Fiado en esta posicion, y en seis mil hombres de guarnicion que tenia en Taranto, el infeliz Federico habia enviado á ella á su hijo Fernando, duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnacion quizá daria ocasion á alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo dudoso si atacaria la plaza á viva fuerza, ó convertiria el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó pues la ciudad

con trincheras por tierra; puso dos fuertes enfrente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen alrededor de la isla, y prohibiesen toda comunicacion por las dos entradas del puerto. Era grande la expectacion con que la Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependia el fin de la guerra; y quizá la reputacion del Gran Capitan hubiera encontrado allí un escollo, si el poco ánimo de los que dirigian al duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que salvando el precioso depósito que les habia encomendado Federico, desempeñaban toda su confianza, aun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo; pidiendo treguas por dos meses, para recibir avisos del rey desposeido. Las treguas se ajustaron; y no habiendo recibido contestacion de Federico, se prorogaron despues por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en tercería por aquel tiempo, y que si en él no venia ni provision ni socorro de parte del rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad

al duque de Calabria y á los suyos para irse á buscar á su padre, ó adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada á vista del campo entero, para obligarse á su cumplimiento con mas solemnidad. La contestacion no vino, la plaza fue entregada conforme al concierto; (1502) pero el duque de Calabria en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fue enviado en una galera á España á padecer el triste y mágnifico trato de un prisionero de estado. ¿Fue nuestro héroe en esta ocasion un pérfido, un sacrílego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo, que no tenia bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el rey Católico podia anular una condicion hecha sin participacion suya: en vano otros entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del duque era venir á España, y no ir á buscar á su padre. ¡Efugios inútiles! ¿á quien persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel príncipe desgra-

ciado fue traido á España por fuerza, mientras que Taranto, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendicion. Digase lo que se quiera, este es un torpe borron en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España, y seria mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero: mas á pesar de esta escasez Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande á los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa mandada por el conde de Rabestein, despues de haber vanamente querido ganar de los turcos la isla de Lesbos, fue acometida en el mar de una tempestad violenta, que echó á pique muchos buques, y maltrató cruelmente los demas. Desbaratados y dispersos arribaron por fin á las costas de Calabria, siendo los mas maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes

para que se los auxiliase á todos; y él en particular envió al instante á Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecia mas bien regalo de un rey que expresion de un particular; bastando no solo para reparar á aquel flamenco, sino á todos los que le acompañaban. Rabestein, que habia creido eclipsar con su expedicion la gloria conseguida por Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna, y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostracion de bizarría, era cuando sus tropas estaban mas necesitadas. Empezaron á murmurar altamente los soldados de que su general fuese tan liberal con los extraños, y tan excaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga, y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. *Mas le valiera*, decian, *pagarnos, que ser tan generoso á costa nuestra :* de la murmuracion pasaron á la queja, de la queja á la sedicion. Atropados y armados se presentan á su general, y en altas voces demandan lo que se les debe, y con

su gesto, ademan y armas le amenazan y procuran amedrentarle. Él desarmado y tranquilo escuchaba aquel rumor, y oponia su autoridad y su dignidad á sus descompasados gritos y furores. Un soldado, fuera de sí, le pone la pica á los pechos, y y él desvia blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose, *mira que sin querer no me hieras*. Un capitan vizcaino, llamado Iciar, se arrojó á decirle, en ofensa de su hija Elvira, palabras, que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efeto tanto Gonzalo á su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones; y por lo mismo debió serle tanto mas sensible la increpacion del insolente vizcaino. Mas no dándose por entendido de ella entonces, sosegó el motin, prometiendo á los facciosos una ligera paga, y á la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado de una ventana en castigo de su desacato. Este ejemplo de severidad aterró á los alborotados, que no osaron despues desmandarse; pero el descontento seguia, y estaban ya á punto de desertar de sus banderas por acudir á las de César Borja, hijo del Papa Alejandro. Este habiéndose

desnudado del carácter de Cardenal, hecho duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba á los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada; y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro á los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó mas de cien mil ducados, y con ellos contentó á su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpacion, solia contestar que á tuerto ó á derecho era preciso buscar con que mantener los soldados, y procurar la victoria; y despues quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto y tambien Manfredonia, que se rindió á sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo á la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados; los cuales, no contentándose con la porcion que les habia cabido, aspiraban á ocupar la del rey de España. En la par-

ticion que los dos Monarcas habian hecho de Nápoles, se habia expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitinata y Basilicata, que despues cada uno queria adjudicar á su dominio. Los franceses en particular decian que la Capitinata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, ó deberia ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecia, ó considerarse como provincia separada, y dividirse de nuevo: á esto añadian el perjuicio que decian recibir en la particion, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas á España, y la esterilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografía: despues los franceses impacientes empezaron á apoderarse por fuerza de algunos lugares; y aun quisieron oponerse, aunque en vano, á que Manfredonia se entregase á los oficiales de Gonzalo. El duque de Nemours, su general, y el Gran Capitan consultaron á sus soberanos; y estos lo remitieron á su

juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita situada entre Melfi y Atela; y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto pues que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, despues de haberse dado todas las muestras de estimacion y cortesía, se separaron á anunciar á sus tropas, que la parte que tuviese mas fuerza ó mas fortuna, esa seria señora de todo el reino. Italia estremecida vió llegado el tiempo en que renovadas la antiguas querellas de las casas de Aragon y de Anjou, el poder de uno y otro adversario iban por mucho tiempo á hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto los hizo ser mas tenaces en la altercacion. Su rey les habia enviado socorros de hombres y dinero: y con estos refuerzos, ensoberbecidos sus ánimos, comenzaron á apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada á España. Sus principales gefes eran el duque de Nemours, virey, Aubigni, segundo en autoridad, y primero en reputacion, Alegre y Paliza, oficiales valientes

y experimentados. El virey se puso delante de Gonzalo, y Aubigni marchó con una division á la Calabria, donde su crédito le habia conservado muchos parciales. Luis XII, desde Leon, donde estaba para dar calor á la guerra, pasó á Milan con el mismo fin, y desde allí vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo con su corto ejército se habia retirado á Barleta á esperar los socorros que á toda prisa habia pedido á España, confiando entretanto mantenerse en aquella plaza, que situada en la marina de la Pulla, le facilitaba la comunicacion con Sicilia, y le podia sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los oficiales que con sus divisiones cubrian las posesiones españolas, no podian, á pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el rey de Francia, que vió ocupada por los suyos la Capitinata, á Aubigni vencedor de un ejército de españoles, que se reunió en Calabria á las órdenes de Don Hugo de Cardona; y en fin superiores por todas partes los franceses, y dueños de toda la tierra, á excepcion de algunas pocas plazas de la

costa, dió la vuelta á su pais, creyendo ya inevitable la entera expulsion del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del general español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas; y la estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroismo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya ó la circunvalacion de Capua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da á esta época un aire de tiempo héroico, que ocupa agradablemente la imaginacion.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrages y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros, y abatió á los franceses,

fueron los dos célebres desafios que sucedieron entonces. El primero fue entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pie ; pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo: negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrian. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensage á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuan superiores les eran. El mensage vino un lunes diez y nueve de setiembre (1502), y el desafio se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el mas célebre

era Diego Garcia de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: « que no pudiendo dudar de la justicia de « su causa, y de cuan buenos y esforzados « caballeros eran, debian esperar con cer« teza la victoria: que se acordasen que la « gloria y la reputacion militar, no solo « de ellos mismos, sino la del ejército, la « de la nacion, y la de sus príncipes, de« pendia de aquel conflicto; y por tanto « peleasen como buenos, y se ayudasen « unos á otros, llevando el propósito de « morir antes que volver sin la gloria de « la batalla. »

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron acompañados cada uno de dos pages al lugar del desafio. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas

dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos : al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses, que estaban á pie, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fue forzoso rendirse. A este punto un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid : cayó otro frances del caballo, y por matarle ó rendirle todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente á defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas : la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pie y dos á

caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pie, parecia que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron pues á concluir la batalla : mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistian á sus ginetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces Garcia de Paredes á voces les decia, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba asi, los franceses movian partido, y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros

como ellos, y que asi podrian salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplian con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece al leer esto que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles, y los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase asi, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó

á los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo asi, cangeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el *caballero sin miedo y sin tacha :* entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo, y rendir á sus contrarios. Es notable aqui el honrado proceder de Paredes : él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian : él fue quien los defendió delante de su general diciendo, que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles,

no habia para que tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. *Por mejores los envié yo al campo*, respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

Quisieron todavía los nuestros apurar mas su ventaja, y al dia siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que habia sido rendido, envió á desafiar al frances á quien habia cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con mas justa causa que él; y que si otra cosa decia, se lo haria conocer de su persona á la suya con sus armas y caballo. Aceptó el frances el desafio; pero no acudió al dia señalado; y Aller le arrastró pintado en una tabla á la cola de su caballo. Lo mismo le sucedió á Diego Garcia con un oficial frances llamado Formans, que desafiado por los denuestos é injurias que escribia de los españoles é italianos, aceptó el duelo, y no vino á medirse con el español. Por último, veinte y dos hombres de armas nuestros retaron otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querian pelear tantos á tantos, y que de ejército á ejército se verian.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honor exaltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya mas parecia que luchaban por la gloria y la reputacion de valor, que no por el imperio del pais. Gonzalo procuraba mantener este espíritu generoso, móvil de las bellas acciones; y para acabar con las altercaciones que se movian todos los dias por el rescate de los prisioneros, arregló con el duque de Nemours la cuota que debia pagarse por cada uno, segun su calidad; y con sus consejos y su ejemplo exhortaba á sus soldados á usar de toda humanidad y cortesía con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballería español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero del famoso Bayard, y tratado por él con toda urbanidad y cortesía, habia recibido su libertad por un rescate moderado. El español publicaba haber sido tratado por su vencedor dura é ignominiosamente : lo cual, llegando á noticia del pundonoroso Bayard hizo que al instante retase á su contrario desmintiéndole. Rehusaba el español, segun se dice, la batalla; pero el Gran Ca-

pitan le obligó á aceptarla, diciéndole: *que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, ó sufrir el castigo que merecia por ellas.* Tuvo pues que salir al campo, donde el frances le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo: el frances, pequeño y delicado, manifestaba mas agilidad que fuerza, apocada en aquellos dias por unas cuartanas que padecia. Todos le creian vencido, y mas al ver que las armas del combate eran las de un hombre de armas. Tiró Sotomayor á aturdir á su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español; y á la accion de alzarse este con toda su furia para vengarse de aquella herida, dejó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increible metió un puñal: la sangre salió á borbotones; y Sotomayor cayó muerto con grande alegría de los franceses, y sin ningun sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua é indigno proceder.

Entretanto los dos generales, observán-

dose recíprocamente, no perdonaban ocasion, ni excusaban diligencia para atacarse, y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarría de sus soldados. Los franceses habian tomado á Canosa, donde estaba Pedro Navarro, que no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la habia rendido, pero saliendo de allí las banderas desplegadas, y al son de las trompetas y tambores con todos los honores de la guerra. En aquella plaza estableció el duque de Nemours su cuartel general, y desde allí molestaba y estrechaba á los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprendiendo las partidas que salian á hacer víveres, y á veces ocupando los lugares vecinos á Barleta para cerrarla de mas cerca. Gonzalo oponia iguales ardides á estos, igual actividad; pero con mas prudencia y mas fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenia pedidos para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entretanto todos los contornos sufrian los estragos de las correrías de uno y otro campo. Los que mas sufrian estos daños eran los infelices pastores del

Abruzzo, que teniendo que conducir sus ganados á las tierras ocupadas de uno y otro ejército, debian sufrir el vejámen de estos ó aquellos, ó de ambos á un tiempo. Creyendo á los franceses mas fuertes, habian sacado seguro de su general; el cual efectivamente cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de víveres que tenia su ejército, y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacian de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrías encomendadas casi siempre á Don Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros; en las cuales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos á Nemours, amenazando que se irian á los lugares ásperos del pais, si no eran mejor defendidos. El duque se acercó á Barleta con sus gentes, cañoneó el puente del Ofanto, con intento de derribarle, y envió un trompeta á desafiar á los nuestros. Gonzalo, que queria quebrantar algun tanto el ímpetu frances con la tardanza, respondió: « que él estaba acos-
« tumbrado á combatir cuando la ocasion
« y conveniencia lo pedia, y no cuando á

« su enemigo se le antojaba : y asi que « aguardase á que los suyos herrasen los « caballos, y afilasen las espadas. » Nemours, creyendo haber intimidado á los españoles, dió la vuelta á Canosa; pero apenas habia comenzado su marcha, cuando el Gran Capitan, ordenadas sus haces, salió de Barleta, y empezó á inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta á anunciarle que ya iba, y que le aguardase; á lo que contestó el frances, « que ya estaba muy « adelantado el dia, y que él no escusaria « la batalla, cuando los españoles se acer« casen tanto á Canosa como él se habia « acercado á Barleta. »

En una de las correrías del oficial Mendoza habia sido hecho prisionero La Motte, capitan de la partida francesa con quien se habia peleado. Por la noche en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistia á él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dejó decir que los italianos eran una triste y pobre gente para la guerra. Un español llamado Iñigo Lopez de Ayala sacó la cara por ellos, y dijo al frances que habia en el

ejército italianos tan buenos caballeros como los mejores del mundo : mantúvose La Motte en lo que habia dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversacion á oidos de Próspero Colonna, el cual zeloso del honor de su nacion, despues que se aseguró de la certeza del hecho, y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafio proyectado, con licencia que obtuvo del general. Los combatientes habian de ser trece contra trece, y se pactó que los rendidos, ademas de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo á los italianos concurrentes toda clase de honras, como si á su valor estuviese fiada la fortuna de aquella guerra : y porque el duque no queria asegurar el campo, con intento de ver si podia desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dijo que él aseguraba el campo á todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna, y pertrechados de todas armas : llegaron al campo, dióse la señal, y se encontraron unos con

otros con tal ímpetu que las lanzas se les quebraron : entonces echaron mano á las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender cuanto podian. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, mas diestros, en el espacio de una hora echaron á sus contrarios del campo, menos uno que quedó muerto, y otro, que habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado tambien, si los jueces no se hubieran interpuesto, declarando á los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante, y se presentaron al Gran Capitan, que los hizo cenar consigo aquella noche, y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares, que se dieron mientras su estancia en Barleta. Habia alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, á quien despues de la pérdida de Canosa envió Gonzalo á defender á Taranto. Nemours previno sus

gentes para castigar aquel pueblo, y ocuparle otra vez; y el Gran Capitan, para distraerle, ó para vengarse anticipadadamente, con una parte de sus tropas salió en persona á combatir á Rubo. Era esta una plaza muy fuerte, defendida por cuatro mil hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses mas distinguidos, y comandante en el Abruzzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de dia llegaron á Rubo, y empezaron á batir el muro con la artillería: luego que fue abierta la brecha se precipitaron en ella, y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el combate siete horas, y todavía se dilatara, si Paliza herido no hubiera tenido que retirarse, y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar, y le pusieron á saco: fueron grandes los despojos que allí consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta; sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mugeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexo, y luego que volvió á Barleta dió libertad á las mugeres sin rescate, y á los hombres

por un precio moderado; pero á los franceses los trató con mas rigor, y los envió de remeros á las galeras de Lezcano. Preguntado despues por esta severidad, contestó que siendo tomados por asalto, el no pasarlos por las armas era una gracia que le debian. Nemours, avisado del peligro de Rubo antes que pudiese forzar á Castellaneta, voló al instante á socorrerle, y fue doblemente infeliz; porque no ganó la plaza que atacaba, y no pudo amparar á la otra del desastre que la vino.

Con estas ventajas, y los socorros que de cuando en cuando les llegaban, ya de Sicilia ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un pueblo, donde á cada momento estaban apurados por la falta de víveres. Murmuraban sí, y se quejaban; pero al parecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante magestuoso, la dignidad que sobresalia en su bella figura, y la alegría y serenidad que siempre ostentaba; al oir la confianza con que les aseguraba que pronto se verian en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban

tan á tiempo, que la confianza que tenian en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos dias que una nave de Sicilia arribó allí con una gran porcion de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestes y demas pertrechos por su ejército con tal profusion, que aquellos mismos soldados que antes desnudos y andrajosos presentaban el aspecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entonces á toda prisa: la pérdida de Castellaneta y la de Rubo, Aubigni vencido y preso junto á Seminara por un refuerzo de tropas españolas, venidas últimamente á Calabria; las galeras de Lezcano vencedoras de la escuadra francesa delante de Otranto; los dos mil infantes que se esperaban de Alemania llegados á Barleta; todo anunciaba que el viento de la fortuna soplaba en favor de España, y que era tiempo de dar fin á la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse por la falta de víveres, y el peligro de la peste

que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto á abandonar aquel puesto, anunció al duque de Nemours su determinacion; mandó venir á sí á Navarro y á Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fue Canas, tan célebre por la rota que Anibal dió allí á los romanos: y al otro dia se dirigió á Cirinola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenian grandes repuestos de víveres y municiones. El general frances, sabida la marcha de su adversario, reunió tambien sus tropas, y corrió en su seguimiento: asi las nubes acumuladas tanto tiempo sobre Barleta, vinieron á descargar su furia en Cirinola, donde la suerte de Nápoles iba á decidirse sin retorno.

No prometia la trabajosa marcha que hicieron aquel dia (1503) los nuestros ningun suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del dia grande, y superior la fatiga: caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos sofocados morian. En vano hallaron pozos con agua: esta, mas propia para bestias, que para

hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles á marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo habia hecho prevenir á su salida de Canas, no eran bastantes al ansia y necesidad que todos tenian: uno y otro auxilio servia mas de confusion que de alivio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba á los caidos; animaba á los desmayados; dábales de beber por su mano, y mandando que los caballos subiesen á las ancas á los infantes, dió el ejemplo con la órden, subiendo en el suyo á un alferez aleman. Si los enemigos, que ya se habian movido á seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenian conseguida la victoria. Asi toda el ansia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo, y esperar allí el ataque de los franceses.

Cerinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro habia plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto lo permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior á manera de re-

bellin, y guarneciéndole á trechos con garfios y puntas de hierro, para inutilizar la caballería enemiga. Recogiéronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ansia de apaciguar la sed los puso en confusion, de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en órden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al general. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes, y mil y quinientos caballos entre hombres de armas, arqueros y ginetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles, que formaban la viñas uno de españoles mirando hácia Cerinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba: otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego Garcia de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla: flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero

Colonna: á Fabricio su primo y á Pedro Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones, y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga, que habian sufrido aquel dia, hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos « Para ahora, señor, *le dice*, es « necesaria la firmeza de corazon que « siempre soleis tener: nuestra causa es « justa: la victoria será nuestra, y yo os la « prometo con los pocos españoles que « aqui somos.» Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, mas prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria, y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadia

que no podia esto diferirse sin nota de cobardía. A esta increpacion Nemours, picado vivamente, da la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguíale Chandenier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba toda la infantería; y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otro parte; pero con algun mas daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hace volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo: se anuncia este reves á Gonzalo, y él con cara alegre contesta: *Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria.* El duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacia la artillería, acometieron la lanza en ristre, y á toda carrera, contra la parte de donde les venia el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro,

y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro parage menos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana, que estaba mas allá: entonces cayó el general frances muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin gefe y sin órden, comenzaron á huir. El escuadron mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fue recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadizas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandenier, que por la bizarría y brillo de sus armas, y por su arrojo llamaba hácia sí la atencion y los tiros, cayó tambien sin vida: caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desórden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos queriendo apurar su ventaja salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los príncipes

de Melfi y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos, y se abandonaran á la fuga. La noche detuvo el alcance, y atajó la mortandad: Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general frances, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volvia, le lloraban por muerto.

Este fue el éxito de la batalla de Cerinola, que si se regula por el número de los combatientes, y por los muertos, no se contará entre las mas grandes; pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor, y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses: de estos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno, y el auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria, y la hicieron poco costosa; á pesar de ser su

caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general frances, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar á Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que le señalaba su buena estrella.

Cerinola, Canosa, Mefi, y todas las provincias convecinas, se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles á apoderarse de aquella capital. Llegado á Aterra, salieron á recibirle los síndicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria, y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian la obediencia al rey católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la per-

sona misma del nuevo Monarca : la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo, en nombre del rey, les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fue esta entrada á diez y seis de mayo (1503). Asi en poco mas de ocho años los napolitanos habian tenido siete reyes. Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Cárlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el católico. Nacion incapaz de defenderse; incapaz de guardar fe : entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido, si acaso la suerte se declára en favor suyo : sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se le echaban por los extrangeros : el pueblo nulo, y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion de quien deba tenerse á un tiempo lástima y desprecio, esta es sin duda alguna : como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles, que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamas compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras

de ambicion y de concurrencia extraña.

Quedaban sin embargo por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnicion numerosa, y bastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, antes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas, para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro: y su destreza y su pericia en la construccion de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables, que presentaban los castillos en su rendicion. Embistióse primeramente á Castelnovo; y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente que está antes, Navarro dispuso sus minas, y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado se intimó á los sitiados que se rindiesen; y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no solo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta de matarle, si volvia otra vez con semejante mensage. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella

reventando abrió por mil partes la muralla, que dejando una gran boca abierta, con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que habia encima, vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, embrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fue furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos jamas los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarbe; y los enemigos, que se retrajeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendian, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles: el otro ya habian logrado los franceses levantarle, cuando Pelaez Berrio, gentilhombre de Gonzalo, que estaba allí, asido de un brazo á los maderos, y subiendo con ellos, pudo colgado en el aire cortar con la espada las amarras de que estaban suspen-

sos : cayó entonces el puente otra vez, y él entró, acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el ímpetu enemigo hasta que acudieron mas españoles, y entre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela, y pudieron cerrar las puertas. Entonces el combate se hizo mas espantoso : los nuestros, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas, y los franceses desde arriba, con cal, con piedras, con aceite, con fuego, con todo lo que el furor ó el temor les suministraba, ofendian á los españoles ; que terribles, aumentando siempre su furor y su ímpetu, batian por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo á flaquear, y movia ya condiciones de entrega : cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego, que los sitiados les arojaban ; embravecidos de nuevo volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió este á sus soldados

el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenia, atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni aun á las municiones que el general habia mandado se conservasen. Cuando se los quiso reprimir, dijeron, que debiéndoseles tantos dias de paga, y teniendo aquellas riquezas delante ganadas con su sangre y su sudor, querian pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles despues los artículos necesarios; y porque algunos, menos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habian cogido en el saqueo, su generoso general: « Id, les dijo, á mi casa, « ponedla toda á saco, y que mi liberalidad « os indemnice de vuestra poca fortuna. » No bien fueron dichas estas palabras, cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alojado con la mayor magnificencia; y uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble, ni cortina, ni comestible, desde las salas mas altas hasta las cuevas mas profundas. Ganado

asi el castillo, puso en él por alcaide á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los mas valientes soldados del ejército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiese el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte; pero aun con mas daño de los franceses, porque el efecto de las minas fue mas espantoso.

La armada francesa, que habia llegado al otro dia de la toma de Castelnovo, tuvo que retirarse á Iscla, en donde tampoco fue admitida por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitan, aun antes de que se rindiese el segundo castillo, reunido el grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendidos San German y Roca Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que habia llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Cerinola: allí estaban los principales barones que seguian el partido de Francia, los príncipes de Bisiñano

y Salerno, el duque de Ariano, el marques de Lochito y otros: tenian por suya la mar, y el marques de Saluzo, que traia un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un ejército frances. Empezóse á batir la plaza; y aunque Navarro, despues de allanado el castillo del Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardides y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez mas orgullosos con su número y la ventaja de su posicion, despreciaban á su enemigo, y ofendian con tal acierto, que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos Don Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Asi que despues de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar por entonces el ataque, mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta, y se retrajo á Castellon, situado no muy lejos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder, y juntó tres ejércitos y

dos escuadras á un mismo tiempo para atacar por todas partes á su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon; y el tercero mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigia á entrar en Nápoles por el Milanes, y volverse á apoderar de aquel estado: de las escuadras, una mandada por el marques de Saluzo, habia de sostener esta última espedicion, y la otra se quedaria cruzando el Mediterráneo, para impedir la llegada á Italia de los socorros que se enviasen de España. Era tal la confianza que los franceses tenian en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrian á recibir, él respondió: *que holgaria mucho de ello*; añadiendo, *que daria veinte mil ducados por hallar al Gran Capitan en el campo de Viterbo*. Tuvo el caudillo frances la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo, y embajador nuestro á la sazon cerca de la república, á lo que Suarez respondió graciosamente: *mas hudiera dado el du-*

que de Nemours por no haberle encontrado en Pulla.

No pudieron cumplírsele los deseos á Tremouille, porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fue forzoso retraerse á Milan. Entonces el rey de Francia dió el mando de sus tropas al marques de Mantua, que, segun la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecia sus servicios á quien mas daba. Componíase el ejército de mas de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reino de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo difícilmente resistieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazon muriese Alejandro VI; y el cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen alrededor de Roma, para influir en el cónclave, y ser elegido Papa. El cardenal de la Rovera tuvo maña para desconcertar sus medidas, alejar las tropas, y hacer elegir Pontífice á Pio III, que al cabo de pocos dias falleció: en cuyo espacio pudo ganar los cardenales en favor suyo, y con-

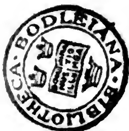
siguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando en consecuencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles, pero el tiempo estaba muy adelantado; y el cardenal de Amboise, despues de subordinar los intereses del rey á los suyos, ni consiguió ser Papa, ni aprovechó la ocasion única que se ofrecia de reconquistar aquel estado.

Era ya entrado el invierno (1503), y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barrizales y las campiñas pantanos, apenas dejaban marchar los hombres, cuanto mas el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente, que tuvo su tardanza, fue que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que habia en Calabria, mandadas por Don Fernando de Andrade, y vencedoras de Aubigni, y con un número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron á su campo, dejando las banderas del duque de Valentinois, cuyo poder, despues de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades,

y llegaron á las fronteras del reino: intentaron tomar por fuerza de armas á Roca Seca; y Pizarro, Zamuido y Villalba, que la defendian, los rechazaron de allí: Roca Guillerma se les entregó casi por traicion; pero Gonzalo, á vista de su ejército, la volvió á tomar, sin que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla de Garellano, y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle confiados en que hecho esto, todo el pais que hay desde el rio hasta la capital se les allanaria fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su ejército, y tenia la desventaja de que siendo por allí mas baja la orilla, la artillería enemiga podia hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y maderos con el cual intentaban pasar el rio, á la sazon invadeable, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos, los hacian retroceder. Un dia al fin mas afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente,

comenzaron á pasar, y ganaron el bastion en que los nuestros se colocaban. Retrajéronse fugitivos al campo, y le llenaron de agitacion y tumulto. Llega á oidos del General que el enemigo habia echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados, se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipítanse los demas capitanes á su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes ordenan sus huestes, y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero que arremete al enemigo, el cual no bien ordenado todavía, no puede sostener el ímpetu de los nuestros, y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacia; mas despues que los españoles se mezclaron con los franceses no podia servir, á menos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército frances estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos, que seguian á los primeros. Estos arrollados caen desordenados sobre ellos, y los españoles furiosos entran tambien en el puente



hiriendo, matando, arrojando al rio cuanto hallan por delante. Fuéles en fin forzoso á los franceses recogerse á sus estancias, y abondonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres mas intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba despues, que no habia visto refriega mas terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecian á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel dia el lauro del valor entre los oficiales Fabricio Colonna, que fue el primero que con mas peligro salió al encuentro al enemigo, y le lanzó hácia el puente; y entre los particulares Fernando de Illescas, alferez, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda; y llevada esta tambien, cogió la insignia con los codos, y asi se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El

puente quedó echado, y protegido por la artillería que tenia el enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que antes ocupaba. Diego Garcia de Paredes le dijo: *Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen mil ó dos mil de ellos, y entonces los acometeremos, y quizá podremos ganar su campo.* Gonzalo todavía irritado de la pérdida del bastion, le contestó: *Diego Garcia, pues Dios no puso en vos miedo, no lo pongais vos en mí. Seguro está vuestro campo de miedo;* respondió el campeon, *si no entra en él mas que el que yo inspirare.* Picado hasta lo vivo desciende del caballo, y poniéndose un yelmo, y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses que le conocian, creyendo en su ademan que queria parlementar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos: mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba á hacer prueba de su persona, sacó el montante, y empezó

á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza, en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor aun no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos dias despues sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro ejército. Habíase dado á guardar la torre del Garellano á un capitan gallego; y el puesto era tan fuerte que con diez hombres solos podia mantenerse, y tan importante que desde allí, como desde una atalaya, se veian todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y estos se vinieron á nuestro real; dando por causa de su rendicion mil falsedades, que se les creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traicion, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitan castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entretanto la discordia tenia divididos entre sí á los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un general extrangero sin acierto y sin fortuna, que los tenia detenidos allí, sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle á gritos los dictados mas viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española; ofendido de los libres discursos del ejército, y de las increpaciones atrevidas de Alegre, renunció el mando, y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el marques de Saluzo, á quien dieron el mando despues de ido el marques de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operacion fue fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente, y puso en él su guardia. Mas no por eso habia adelantado mucho en su intento de pasar delante: Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era impo-

sible forzarle, y desde allí impedia la marcha del enemigo. Es verdad tambien que el invierno, entonces en su mayor rigor, contribuyó mucho á esta inaccion de unos y otros. El Garellano, saliendo de madre, inundaba aquellas campiñas, pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada: el campo hecho un lago, apenas podian con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban: los víveres escaseaban cada vez mas: las enfermedades picaban, y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desmayado, y se fueron á Gonzalo á aconsejarle, que pues el enemigo no podia por el rigor de la estacion emprender faccion de momento, diese algun alivio á sus tropas, y las pasase á Capua, donde mejor alojadas y mantenidas podrian repararse de los trabajos pasados, y estarian á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada; *Permanecer aqui es lo que im-*

porta al servicio del rey y al logro de la victoria: y tened entendido, que mas quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno solo hácia atras.

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por allí mas alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algun reparo contra la humedad: el resto fue repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban menos sufridos á los rigores de la estacion. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y solo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrian. Entretanto llegó al campo español Bartolome de Albiano, de la casa de los Ursinos, con tres mil hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y odiosa, igualmente que ellos, al Papa Alejandro VI y á su hijo César, habian servido contra

España hasta entonces, pero al fin fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenia por máxima el atraer las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro pues llegó al tiempo mas oportuno; y Albiano, que le conducia, era un excelente militar. El fue quien inspiró ó hizo valer el dictámen de marchar al instante al enemigo, echando un puente mas arriba de donde tenian el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra, y Albiano hizo construir cuatro millas mas arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendióle en el rio, y todo estuvo dispuesto para la noche del veinte y siete de diciembre (1503). Al instante pasó la mayor parte del ejército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio, y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demas infantería, le guiaba el mismo gene-

ral; y la retaguardia, que se habia quedado de la otra parte del rio, mandada por Andrade, tenia órden de embestir el fuerte que defendia el puente frances, y pasar por él á juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio, y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron: mas despues, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar allí y contrarrestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desamparan apresuradamente el campo, y huyen despavoridos hácia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellon. Gonzalo envió á Próspero Colonna y á Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y municiones. Allí se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseidos tambien de miedo, le habian desamparado y deshecho, puesta en las barcas su mas pesada artillería, para que rio abajo llegase á Gaeta. Mas este mismo

peso fue causa de que no caminasen con la priesa necesaria ; y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente, y pasar el rio. Entretanto los franceses huian, pero ordenados : hacian cara á sus contrarios en los pasos dificiles para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artillería, luego los infantes, y la caballería se retiraba la última, aunque siempre con algun daño. Llegaron asi al puente que está delante de Mola, y allí el marques de Saluzo acordó hacer frente al enemigo, y procurar recobrarse. Cien hombres de armas mandados por Bernardo Adorno se paran, y peleando valerosamente, hacen á los nuestros detenerse, y aun retroceder : acuden los fugitivos, y á la sombra de aquel escuadron se ordenan junto á Mola, cobran ánimo, y se preparan á la pelea. Mas el centro de nuestro ejército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba allí animando la gente y exhortándola á apresurarse : el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino, y cae con su dueño al suelo : acuden á socorerle los que estaban cerca, y

él, levantándose sin lesion, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasion semejante dijeron á sus soldados: *Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.* Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes, con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad peleaban como leones: no asi los franceses, cuyo espíritu primero sorprendido, despues aterrado, no acertaba ni con la ofensa, ni con la defensa, ni á guardar ni á seguir consejo. Su general en este apuro, no contando ya con la victoria, y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo el precepto y el ejemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen, pero desordenados y dispersos, abandonando banderas, artillería y bagages, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose estos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquellos á la

venganza de los paisanos vecinos, que congiéndolos dispersos los degüellan.

Tal fue la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagage, la artillería mas hermosa de Europa, y la pérdida irreparable de aquel hermoso reino. La Italia, que habia visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecia que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenia delante, le vió á poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posicion, y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponian. Él conocia á los franceses: sabia que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados veia su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estacion. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida á la capaci-

dad del Gran Capitan, que entonces llenó toda la extension de este renombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres, que habian hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinte y cuatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron á partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles: otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el dia primero del año de mil quinientos y cuatro, habiendo antes desfilado los franceses, desmontados los caballeros, y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fue tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á castigarle con la es-

pada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino, y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fue igual á las muestras de sentimiento que hizo mientras estuvo enfermo. Siete dias tuvo audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre, á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policía del reino; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aun se tenian por los franceses; y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que mas

sobresalian en él, los premios que dispensó fueron mas propios de un rey que de un lugar-teniente. Restituyó á los Colonnas los estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano dió la ciudad de San Márcos; á Mendoza el condado de Mélito; el de Oliveto á Navarro; á Paredes dió el señorío de Coloneta; en fin á todos los que se habian distinguido repartió estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacíanse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo que exaltar mas en él, si la magestad heróica de su persona, la gracia y cortesanía de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria que la busquen por todos los medios con que se la adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian

recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocian mayores talentos para la alta poesía, á que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con mas dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.

Como la pacificacion y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo á este objeto. Habia empero un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del Papa Alexandro VI, y hecho Cardenal al tiempo de la exaltacion de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenia el duque de Gandía su hermano mayor. Hízole asesinar una noche; y el Papa estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí á pocos dias una dispensa para dejar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entonces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pension, le costeó una compañía de cien hombres de armas, y le casó con Juana

Albret, hermana del rey de Navarra, y parienta suya. Con semejante apoyo su ánimo fiero y atrevido se revolvió á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortalezas de la Romagna, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *Aut Cesar aut nihil.* Sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores mas célebres del mundo no emplearon en sus expediciones mas esfuerzo, mas osadía, mas astucia, mas perfidia ni mas atrocidad, que este hombre extraordinario en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas: se apoderó del ducado de Urbino: hizo dar muerte por la mas baja alevosía á las principales cabezas de la casa Ursina: ocupó sus estados; y Rímini, Faenza, Forli, y todas las plazas y fuerzas de la Romagna tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios; y cuando estos faltaban, el veneno dado á los Cardenales mas ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que mas bien los tra-

tase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. Él de su persona era ágil, esforzado, diestrísimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el mas ardiente en el combate. La gentil disposicion de sus miembros era afeada por la terribilidad de su rostro, que lleno de herpes, destilando materia, y con los ojos hundidos y sanguinos, demostraba la negrura de su alma, y daba á entender sér amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio, y la ambicion brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado Don Alonso de Aragon, para gozar libremente de su hermana Lucrecia: abusó feamente de Astor Manfredo, señor de Faenza, y despues le hizo arrojar en el Tiber: mató con veneno al jóven Cardenal Borja, porque favorecia á su hermano mayor el duque de Gandía: hizo cortar la

cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina..... La pluma se niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginacion se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los mas de los tiranos, que quieren la justicia para los demas, y no para sí, la hacia guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo, y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometian, les hacian desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del Papa Alejandro cortó el vuelo á la ambicion de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron: los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas; y el Papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó, y le hizo rendir á la Iglesia casi todas las demas. Entonces fue cuando con un salvo conducto, firmado por el mismo Gran Capitan, vino á Nápoles, y se puso bajo el amparo de España. Dícese que el salvo conducto tenia por basa que César

no haria ningun movimiento ni empresa en perjuicio del rey católico: sin duda Gonzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabia estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos, y dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Asi fue, y nunca César Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entonces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia, y volverla á encender en guerra. El oro, que aun tenia en abundancia, le daba lugar á conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli; que aun no habia entregado al Papa Julio; trató de ocupar el estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro, y matar al Señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió órden á un capitan español, que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa, y estorbase que esta ciudad se pusiese bajo la proteccion de España; alteró á Pomblin, que se alzó por él; negociaba á un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco: y empezó á sonsacar com-

pañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles, Gonzalo, que habia recibido órden del rey para que echase de Nápoles á César, y le enviase á Francia, á España ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna, y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle; y de allí á pocos dias fue enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo, y se recogió á Navarra; donde sirviendo al rey su cuñado en la guerra que hacia al conde de Lerin, fue muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borja, en cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan: es verdad que César era un tizon eterno de discordia, incapaz de sosegar ni de dejar sosiego á nadie; es cierto que era un monstruo, indigno de todo buen proceder: todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un

asilo en su desgracia, hubiera hecho mas por su gloria, si no abusara de la confianza que César habia hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista, y en mirar por los intereses de su patria y de su rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y á la gloria. Nada habia mas opuesto entre sí que los dos caractéres del rey católico y de Gonzalo: este franco, confiado, magnífico y liberal: aquel zeloso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartia á manos llenas las rentas del estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el rey, que aun no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servia tener un nuevo reino, conquistado sí con la mayor gloria y el esfuerzo mas feliz, pero tambien disipado por la prodigalidad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siniestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin órden ni arreglo alguno:

los otros que se permitia al soldado una licencia opuesta á toda policía, y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas, ¡quién lo creyera! los Colonnas, zelosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al rey que la conducta del Gran Capitan en Nápoles era mas bien de un igual, que de un Lugarteniente suyo.

Mientras vivió la reina católica estas semillas de division apenas produjeron efecto. Los poderes ámplios que tenia se redujeron á las funciones de virey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo: entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fue dado en guarda á Luis Peyjoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que mas se habia distinguido cuando se tomó; y decia que el que supo ganar aquel castillo, tambien le sabria defender. Quiso dejar la habitacion que allí tenia; pero Peyjoo, á fuerza de súplicas le contuvo: en fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los reyes que añadiria este servicio á los demas que ya los habia he-

cho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirlos en su corte. No tuvo respuesta esta representacion, y entretanto murió Isabel (1504); siguiéndola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora habia sido. A su magnanimidad, á su actividad y á su constancia se debe la pacificacion del reino, entregado cuando ella entró á reinar á facciones y á bandidos: la expulsion de los moros; la conquista de Nápoles; el descubrimiento de la América. Los errores de su administracion, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era mas altivo, mas rencoroso, mas entero que lo que corresponde á una muger; la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenia á la felicidad y á la gloria de la nacion que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como

Gonzalo. Ella habia sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando: con su falta iba á ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un príncipe, que desconfiado por carácter, hecho mas sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitan, iba á entregarse á las sospechas, para quitarse de encima la obligacion del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposicion Próspero Colonna, que entonces habia venido á España, con sus pérfidas sugestiones; el ingrato Nuño de Ocampo, que tambien se manifestó su acusador con respecto á la inversion de caudales: el artificioso Francisco Rojas, embajador de España en Roma, el cual despues de haber auxiliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba á que le sacasen de ella: en fin, el virey de Sicilia Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitan por la justicia que hizo á los pueblos de la isla, cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertia por estos malsines envidiosos en su

daño : sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenian los pueblos y barones principales del reino, la veneracion y respeto de los estados de Italia.

Hallábase entonces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un político, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter, para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos á su hija Doña Juana, casada con el Archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese gobernador el rey católico, mientras llegaba á mayor edad Cárlos su nieto, hijo mayor del archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fernando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla: Felipe deseaba venir á administrar el patrimonio de su esposa, y la mayor parte de los grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujecion en que habian

estado hasta entonces, favorecian las pretensiones del archiduque. Este vino con la reina á España, y fue en fin forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel estado, que por tantos años habia gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad mas gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le habia asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable. Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivia retirada en un claustro; pero ni aquel rey consintió; ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entonces en la consideracion de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la habia despojado del reino? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con Luis XII: contrató casarse con Germana de Fox, sobrina de aquel Monarca, y ofreció restituir á todos los Barones Anjoinos los estados que habian perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convencion era buscar un

apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podia con su nuevo himeneo tener herederos á quien dejar sus propios dominios, y destruir asi la grande obra de la reunion de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragon, ofrecian un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando ó al archiduque? El rey católico temia que Gonzalo, siguiendo los intereses de este príncipe, alzase por él aquel reino, y se le entregase. Su mayor ansia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese: mandóle publicar la paz ajustada, restituir los estados á los barones desposeidos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitucion de los estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedian la asistencia de Gonzalo, y mas tiempo que el que podia sufrir la impaciencia del Monarca rezeloso. Para activar su salida de aquel reino se obligó

Fernado á conferirle, luego que llegase á su corte, el Maestrazgo de Santiago. Entretanto negociaban con él el archiduque, Maximiliano su padre, y el Papa, procurando explorar sus intenciones, y ofreciéndole grandes premios si conservaba el estado bajo su obediencia. Dícese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado duque de Calabria Don Fernando, restituir á este en aquel reino como feudatario de Castilla, y dejarle á él allí de gobernador perpetuo.

Pero él, firme contra las sugestiones del interes y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quien era Gonzalo de Córdoba, no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo, se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se los hacia salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fati-

gas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin mas causa que la flaqueza del rey en escuchar á cuatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El Monarca, ya incapaz de sufrir mas retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el Arzobispo de Zaragoza, con órden de reasumir en sí toda la autoridad, y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolucion Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio, que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse, y capaz por sí sola de precipitar al héroe á una resolucion desesperada, no se llevó á ejecucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan, (1506) en que entre otras cosas le decia: « Aunque V. A. se redujese á un « solo caballo, y en el mayor extremo de « contrariedad que la fortuna pudiese obrar,

« y en mi mano estuviese la potestad y au-
« toridad del mundo, con la libertad que
« pudiese desear, no he de reconocer ni
« he de tener en mis dias otro rey y señor
« sino á V. A. cuanto me querrá por su
« siervo y vasallo. En firmeza de lo cual,
« por esta letra de mi mano escrita, lo juro
« á Dios como cristiano, y le hago pleito
« homenage como caballero, y lo firmo con
« mi nombre, y sello con el sello de mis
« armas, y lo envio á V. M. para que de
« mí tenga lo que hasta agora no ha tenido;
« aunque creo que para con V. A., ni
« para mas obligarme de lo que yo lo es-
« toy por mi voluntad y deuda, no sea ne-
« cesario. »

En fin, Fernando teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles, y visitar aquel reino: por el mismo tiempo Gonzalo se habia embarcado en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova (1056). Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel Monarca, á quien se suponia tan descon-

fiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos; y el mismo rey dió algunos momentos á la sorpresa, que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entonces las viles sospechas que le habian agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiracion, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía, y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fue donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El rey ponia todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia. Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que mas bien le habian servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones, y le pedia sus recompensas. ¿Veia entre el tropel de la corte alguno, que por encogimiento no osaba llegar al rey? Él entonces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le propor-

cionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido esperar. ¿Tenia otro alguna pretension árdua? Acudia á Gonzalo y Gonzalo se la conseguia. Aquel Monarca reservado, detenido, y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo; y se vió con admiracion, que nada de lo que le pidió en aquel tiempo, en favor de otros, fue denegado por él: como si hubiese tenido á menos en aquel teatro negar algo á quien se le habia conquistado y defendido. Podian todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas no se manifestaban: y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiracion y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su influjo, le constituia á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó sin embargo para que los tesoreros no prosiguiesen en odio de Gonzalo, y por adular al genio del rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habian amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que habia hecho

de las sumas remitidas para los gastos de la guerra; y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitírselo, y aun de asistir á la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion, asi á ellos como al rey, de la manera como debia tratarse un conquistador. Respondió pues que al dia siguiente él presentaria sus cuentas, y por ellas se veria quien era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto presentó un libro, y empezó á leer las partidas que en él habia sentado. *Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del rey. — Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espias.* Iba leyendo por este estilo otras partidas tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando avergonzado rompió la sesion, mandando que no se volviese á tratar mas del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á pla-

cer, para tachar la ingratitud y avaricia del rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran; la tradicion lo ha conservado; se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio. El rey católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en esta en nimiedad y en bajeza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el archiduque; el cual, acometido de una dolencia aguda en Burgos, habia fallecido en tres dias, en la flor de su edad, y antes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió sin embargo su camino, y en su interior no suspiraba mas que por Castilla, donde ya la mayor y mas sana parte de los grandes y de los pueblos le llamaba, para ponerle al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia: y la cosa mas señalada que hizo en los siete

meses que allí permaneció, fue la restitucion de los estados confiscados á los barones anjoinos, segun lo pactado en la paz con el rey de Francia. Estos estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando ofrecerles una compensacion correspondiente en otros bienes y en rentas. De aqui resultó que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos estados, que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre; ademas que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas: los anjoinos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia, se les coartaba el beneficio de la restitucion; pues cuanto menos se les devolvia á ellos, tanto menos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entonces, y cedió voluntariamente el ducado de Santangelo con sus dependencias, don que le habia hecho el desposeido Federico; y el rey en recompensa le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimo-

nio á los ojos del mundo y de la posteridad de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula que por la singularidad de sus expresiones y de su estilo superior á la rudeza del siglo, y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos, he creido conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba si no sacaba al Gran Capitan de Italia: negóse á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa, para que se le dejase por general de sus armas en la guerra que iban á hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el Maestrazgo de Santiago, luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias: convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos: hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenian para cumplir; y arreglada su casa y su séquito, que por la calidad de las personas y trato que él

les hacia, era superior á la casa real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personages, y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion; como si al salir él de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al rey católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos príncipes, que hasta entonces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron entonces de confianza, de estimacion y de amistad: contienda harto mas gloriosa que la primera, si estas muestras en los políticos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfía los cortesanos de una y otra nacion su lujo ostentoso y bizarría; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitan; y la magestad de los Monarcas se veia deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos

tantas veces por él debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celeridad y astucia increible con que asaltó de improviso á los barones alojados en Layno, ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste: ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Cirinola, el valor y fortaleza con que inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las estratagemas con que habia conseguido aquella victoria. La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la magestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y gravedad y gracia de sus modales. Mas nadie le honró mas dignamente que el rey Luis: él le hizo sentar á la mesa real, y cenar con Fernando y consigo: le hizo contar sus di-

versas expediciones: llamó mil veces dichoso al rey católico por tener tal general; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos.

Este fue el último dia (1507) sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fue todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia; y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion se dirigió á Burgos, donde la corte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguíale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos, que no querian separarse de él: á esto se añadia la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrian á verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la mas rica, adornados con las mas exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello, y

en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los depojos de la Italia y de la Francia, le aplaudia y le apellidaba Grande; pero los mas prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian cuanto le habia de ofender aquella ostentacion de poderío. Entre ellos el conde de Ureña dijo con mucha gracia, « que aquella nave, tan cargada y tan pom« posa, necesitaba de mucho fondo para « caminar, y que presto encallaria en al« gun bajío.

Llegó á Burgos (1508), y toda la corte para honrarle salió á recibirle por mandato del rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al cual, Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortesmente: « Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido « dar á los vuestros la ventaja de la pre« cedencia, en cambio de las veces que la « tomásteis para vos en las batallas. » Hizo pocos dias despues su pleito homenage de obedecer á Fernando, como regente de Castilla, hasta la mayor edad de Cárlos

su nieto, y este fue el último punto de de su buena armonía con él. Desairado en la corte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el Maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto traspiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos el que mas parte tomaba en su pena era el condestable de Castilla Don Bernardino Velasco, con quien para estrechar mas la amistad casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la corte, con tanta mas razon cuanto el rey queria casar con Elvira un nieto suyo, hijo del arzobispo de Zaragoza, para que asi entrasen en la familia real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El condestable habia sido antes casado con una hija natural de Fernando; y por esto un dia la reina Germana le dijo severamente: « ¿No os da vergüenza, condestable, « siendo tan pundonoroso y tan discreto, « enlazaros á una dama particular, habién« doos antes desposado con hija de rey? « El rey me ha dado un ejemplo digno de « seguirse, respondió él, pues habiendo « estado antes casado con una gran reina,

« despues se ha enlazado á una particu-
« lar, digna de serlo tambien. » Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quien era, y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que antes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El condestable perdió toda la gracia, y no volvió á ser admitido en la corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al rey. Queria este que Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jimenez grato oido á esta propuesta; y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito, y le exhortaron á la resistencia. De modo que cuando se le volvió á hablar de parte del rey acerca de ello, contestó que si se le apuraba, abandonaria arzobispado, corte y dignidades, y se volveria á su celda, de donde contra su voluntad la reina Isabel le habia sacado. Blandeó el rey, conociendo cuan injuriosa era aquella permuta á la eleccion

de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hácia esta época fue cuando Diego Garcia de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba este mal con aquel campeon, porque se habia puesto á servir con Próspero Colonna, á quien por las causas ya dichas Gonzalo aborrecia. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debia á su general. Hallábase un dia en palacio, y en la sala misma del rey oyó á dos caballeros que decian que el Gran Capitan no daria buena cuenta de sí. Entonces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el rey, exclamó: « que cualquiera que dijese que el Gran « Capitan no era el mejor vasallo que te« nia, y de mejores obras, se tomase el « guante que ponia sobre la mesa. » Puso con efecto el guante: nadie osó contestar; y el rey, tomándolo y devolviéndosele, dijo, « que tenia razon en lo que « decia. » Desde entonces volvió á reinar la buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente

ofendido de la alianza de Gonzalo y del condestable, y de la contradiccion que hacian á sus deseos, encontró poco despues la ocasion de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sosegarle á un alcalde de su Casa y Corte, con órden que intimase al marques de Priego se saliese de la ciudad. Era el marques hijo del ilustre y desgraciado Don Alonso de Aguilar, y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, á ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimacion que le hizo el alcalde, y no solo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona, y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes, y la administracion de justicia, soltó la rienda á su enojo, y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato mas solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes, y se dirigió desde Castilla á Andalucía, diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse

los grandes, tembló Gonzalo por el marques, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvario á su juventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le habia escrito estas precisas palabras: *Sobrino, sobre el hierro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os pongais en poder del rey: si asi lo haceis, sereis castigado; y si no, os perdereis.* Obedeció el mozo, y con toda su familia se vino á poner á disposicion del Monarca irritado, á tiempo que este, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la corte, poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenia, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba hizo prender al marques, fulminó proceso contra él y otros culpados como reos de lesa magestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al marques, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía, y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar

los buenos tratamientos. El rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo oscuro, que tenia mas apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general á la expedicion que aquel Prelado hizo á las costas de Africa, ni menos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habian sentado contra la Francia, se le pedian para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos los grandes le creian arruinado y sin recurso. *¡Qué encallada estará aquella nave!* decia el conde de Ureña: lo cual sabido por Gonzalo, *decid al conde*, contestó, *que la nave, cada vez mas firme y mas entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.*

Y asi iba á suceder: la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el virey de Nápoles Don Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la nece-

sidad entonces todas las sospechas, recibió la órden y los poderes plenos para pasar con tropas á Italia. Aprestóse en Málaga la armada que habia de conducirle, y toda la nobleza española voló á la Andalucía á alistarse en sus banderas, y á entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componian la infantería y guarda ordinaria del rey se iban sin su licencia para el Gran Capitan, siendo de todas partes, pero mas de Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecian á servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo con su generosidad y afabilidad natural los recibia, y con celeridad increible corria de unos pueblos á otros, apresurando los preparativos de la expedicion, y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró mas que un momento. A la primara noticia que el rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose, y de que los franceses no habian sabido sacar partido de aquella gran victoria, las órdenes para que se deshiciera el armamento, y

para que el Gran Capitan sobreseyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida cuando llegaron estas órdenes. Nunca fue recibida con tanto dolor y consternacion por ejército ó general ninguno la noticia de una derrota completa, y del último infortunio; y aquel héroe, que adversidad ninguna, ningun trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas poder disimular en el semblante el negro luto de que su corazon estaba vestido. Convocó á las tropas, las animó á la alegría por la mejora que habian tenido los negocios públicos, las prometió recomendar al rey su buena voluntad, y los sacrificios que habian hecho en aquella ocasion, y las pidió que esperasen tres dias para hacerles alguna demostracion de su agradecimiento, por el zelo con que le habian querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del

ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad, y el empeño en que se metia por ella: *Dadlo*, contestaba él, *que nunca se goza mejor de la hacienda que cuando se reparte.*

Habiendo asi cumplido con los soldados, volvió su ánimo á manifestar al rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido á fortuna, que en el aprieto en que la batalla de Ravena habia dejado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto á él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como á implorarle en *aquellos agujeros de las Alpujarras*, que asi llamaba á Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado á quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos; su mayor dolor, al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones, era creer que las malas sugestiones de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió pues al rey una carta llena de quejas y de amargura. « Preguntábale si sus reinos y sus estados ha« bian recibido por su medio alguna men« gua ó deshonra; si no era cierto que de

« todos sus súbditos el era quien mejor le « habia servido, quien mas habia acrecen« tado su poder: que siendo esto asi, ¿por « qué en su patria, donde es tan natural « que todos quieran alcanzar alguna honra, « él habia de pasar *por la grita de tanto dis« favor?* Mas parecia esto venganza que otra « cosa, y venganza de ofensas soñadas sola« mente por la malicia de los que no sabian « con otros medios merecer el lugar que te« nian cerca del rey. Al fin él, acostum« brado á sufrir, podria llevar esto en pa« ciencia; pero doliále el daño padecido « por muchos que habian vendido sus ha« ciendas, y desechado buenos partidos « por servir en aquella expedicion, los « cuales estaban todavía sin gratificacion « ninguna. Yo, añadia, no tengo mas pre« mio que la obligacion de escuchar las « quejas de todos: mas si á ellos se atiende « y en algo se les recompensa, nadie es« tará mas premiado que yo; pues por lo « que toca á los gastos que he podido hacer « con ellos, han salido de las liberalidades « de V. A., por cuyo servicio expenderé « todo lo que tengo, hasta quedar *en el « fuste de Gonzalo Hernandez.* »

Con esta carta envió juntamente á pedir su licencia para salir de España; y irse á vivir á su estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba mas lejos Fernando que de consentirle pasar á Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió empero á sus primeras quejas con razones suaves; diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseido en la empresa, pues no queria ya contribuir al pago del ejército, como se habia obligado: y en cuanto á la licencia le añadia, que llevando unos poderes tan ámplios como se le habian dado para la guerra y la paz, tales como el mismo príncipe los llevára, si allá fuera; no parecia conforme á razon que él se presentase en Italia antes de tener arregladas las cosas con aquellos príncipes; que por esto le parecia que debia ir á descansar á su casa en Loja; y que entretanto se tomaria asiento en las cosas de la liga, y le avisaria lo que se determinase. Gonzalo; habida esta respuesta, devolvió al rey sus poderes, diciendo, *que para vivir como ermitaño poca necesidad tenia de ellos*; y añadió, *que él se iria á sus agujeros, contento con su con-*

ciencia y con la memoria de sus servicios.

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que disipase las siniestras impresiones de Fernando, ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la órden de Santiago, y se las negó: y á las cartas que el emperador Maximiliano le envió proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitan, contestó: que en ninguno podia confiarse menos que en aquel caudillo, del cual tenia por cierto que trataba secretamente con el Papa, para pasando á Italia tomar el cargo de general de la Iglesia, y arrojar de aquel pais á todos los extrangeros, asi españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le habia ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa á la lealtad de Gonzalo que gloriosa á su capacidad: y Fernando, segun la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginacion lisiada se presentaba como posible. Decia tambien que los servicios de Gonzalo habian sido públicos, y sus ofensas secretas; sin duda para conciliar el

honor con que le trataba en público, y el disfavor y estorbo que ponia á su engrandecimiento, con que tenia escandalizada á toda España.

Mas fundados quizá fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La grandeza estaba dividida en dos bandos, uno que queria el gobierno de Fernando, á cuya frente estaba el duque de Alba; otro de los que descontentos con él, volvian sus ojos y sus esperanzas á la corte de Flandes, y aspiraban á traer á España al príncipe heredero, para que administrase los reinos de su madre, y lanzar otra vez al rey de Aragon á sus estados. El alma y cabeza de este partido se creia que era Gonzalo: ya se decia que á la primera ocasion daria la vela desde Málaga, y partiria á Flandes para traer al archiduque, y ponerle en posesion de Castilla; por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y aun se añade que ya se habian dado para prenderle.

Él entretanto, doliente y moribundo, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, á ver si la mu-

danza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habian mediado desde su última ocurrencia, habia permanecido firme en su posicion, sin abatirse nunca, y dando á su resentimiento la misma publicidad que tenia su disfavor. Púsose el rey malo, y no le fue á ver diciendo que no queria se atribuyese á lisonja, *que era la moneda que menos queria dar y recibir*. Llamóle Fernando para un capítulo de las órdenes militares que habia de celebrarse en Valladolid; y no quiso asistir, dando por razon que S. A. tendria á mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos dias de amargura y soledad se le oyó decir, que solo se arrepentia de tres cosas en su vida: una la de haber faltado al juramento que hizo al duque de Calabria cuando la rendicion de Taranto: otra la de no haber guardado el salvo conducto que dió á César Borja; y la tercera una que no queria descubrir. Creyendo algunos que fuese la de no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del archiduque; otros el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna y de la aficion que le tenian

los barones y los pueblos, y haberse hecho rey de aquel estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó á Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el dia dos de diciembre de mil quinientos y quince. Su muerte apaciguó las sospechas del rey, y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la corte de luto: mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino; y escribió una carta afectuosa, dando el pésame á la duquesa viuda. Celebrarónse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fue depositado antes de pasarle á la de san Gerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomadas por él á los enemigos del estado, recordaban á los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitan.


LEIANA BIBLIOTHE

APENDICES

A LA VIDA DEL CID.

Los autores que principalmente se han seguido en esta narracion son Sandoval en sus cinco reyes, y Risco en la historia que ha publicado del Cid. Estos dos escritores han dado á los hechos del héroe burgalés mas verosimilitud; mas conexion y concierto con la historia general del tiempo y con la cronología. No ignoro las dudas y objeciones que Masdeu ha acumulado en el tomo 20 de su historia crítica de España, asi sobre la existencia del códice, donde está el antiguo manuscrito producido por Risco, como tambien sobre la del Cid mismo; pero á veces no se prueba nada por querer probar demasiado. El códice estaba extraviado al tiempo que Masdeu se hallaba en Leon: despues ha parecido; y me consta que en julio del año pasado de 1806 se hallaba en la biblioteca del real convento de San Isidro de aquella ciudad, donde Risco le

halló. Los carácteres con que está escrita la vida del Cid, de cuyas primeras líneas he visto una copia exacta, manifiestan, segun el dictámen de inteligentes, ser del siglo doce ó principios del trece. Mas dejando estos puntos de controversia á la pluma encargada de defender la buena memoria de Risco, yo me contentaré con decir que Rodrigo Diaz es un personage muy principal de nuestra historia, y que he debido escribir su vida segun las relaciones mas probables.

I.

Linage de Rodrigo Diaz; y sumario de sus hechos, que se hallan en el tumbo negro de la iglesia de Santiago, escritos en la era 1301, segun Sandoval: cinco reyes, folio 56.

Este es el linage de Rodric Diaz el Campiador, que dezian mio Cid como vino dereytamente del linage de Lain Caluo, que fo compaynero de Nueño Rasuera, et foron amos Iuizes de Castiella. De linage de Nueño Rasuera vino el Emperador. De linage de Lain Caluo vino mio Cid el Campiador. Lain Caluo ovo dos fillos, Ferran Laynez et Bermut Laynez. Ferran

Laynez ovo fillo Rodric Bermudez : é Rodric Bermudez ovo fillo á Ferran Rodriguez. Ferran Rodriguez ovo fillo á Pedro Ferrandiz, et una filla que ovo nombre Doña Elo. Nueño Laynez priso muyller á Doña Elo, et ovo en ella á Lain Lueñez. Lain Lueñez ovo fillo á Diego Laynez, el padre de Rodric Diaz el Campiador. Diaz Laynez priso muller filla de Roy Aluarez de Asturias, et fui muy bono home et muy rico home, é ovo en ella á Rodric Diaz. Quando murió Diaz Laynez, el padre de Rodric Diaz, priso el Rey Don Sancho de Castiella á Rodric Diaz, é criólo, é fizolo cavalleiro, et fo con él en Zaragoza. Quando se combatió el Rey Don Sancho con el Rey Don Ramiro en Grados non ovo mejor cavalleiro que Rodric Diaz: é vino el Rey Don Sancho á Castiella, é amólo muyto, é dióle su Alferezia, é fo muy buen cavalleiro. Et quando se combatió el Rey Don Sancho con el Rey Don Garcia en Santarem, non ovo y mejor cavalleiro de Rodric Diaz : é seguró su seynnor, que le llevaban priso, et priso Rodric Diaz al Rey Don Garcia con ses homes. Et quando se combatió el Rey Don

Sancho con el rey Don Alfons su hermano en Volpellera prop de Carrion, non ya ovo millor cavalleiro que Rodric Diaz. Et quando cercó el Rey Don Sancho su hermana en Zamora, ay allí desbarató Rodric Diaz gran campayna de cavalleiros, et priso muytos de illos Et quando mató Heli el Alfons al rey Don Sancho á traycion, encalzó Rodric Diaz entro á que lo metió por la puerta de la ciudad de Zamora, et le dió una lanzada. Pues combatió Rodric Diaz por su seynnor el Rey Don Alfons con Ximenez Garceis de Torreyllolaf, que era muy bueno cavalleiro, et matólo. Pues lo getó de tierra el Rey Don Alfons á Rodric Diaz á tuerto, assi que non lo mereció, et fo mesturado con el Rey, et egió de su tierra. E pues passó Rodric Diaz por grandes trabaillos, et per grandes aventuras. E pues se combatió en Tebar con el Conde de Barcelona, que habia grandes poderes, é venciólo Rodric Diaz, et prisol con gran compayna de cavalleiros, et de ricos homes: et por gran bondad que avia mio Cid soltóles todos. Y en pues cercó mio Cid Valencia, é fizo muytas bataillas sobre ella, é ven-

ciólas. Plegaronse grandes poderes de aquent mar et de ayllent mar, et vinieron á conquerir Valencia, que tenia mio Cid cercada, et ovo y catorce Reyes: la otra gent non avia conto, et lidio mio Cid con ellos, et venciólos todos, et priso Valencia. Morió mio Cid en Valencia, Dios haya su alma, era mil ciento treinta y siete, el mes de Mayo', et levaronlo sus cavalleiros de Valencia á soterrar á Sant Pedro de Cardeña prop de Búrgos. Et mio Cid ovo moyller Doña Ximena, nieta del Rey Don Alfons, hija del Conde Don Diego de Asturias, é ovo en eilla un fillo et dos fillas. El fillo ovo nome Diego Royz, et matáronlo moros en Consuegra. Estas dos fillas, la una ovo nome Donna Christiana, la otra Donna Maria. Casó Donna Christiana con el Infant Don Ramiro. Casó Donna Maria con el Conde de Barcelona. L. Infant Don Ramiro ovo en su moyller, la fija de mio Cid, al rey Don Garcia de Navarra, que dijeron Don Garcia Ramirez. Et el Rey Don Garcia ovo en su moyller la Reyna Donna Marguerina al Rey Don Sancho de Navarra, á quien Dios dé vida honrada.

II.

Provision del Emperador Cárlos V al monasterio de Cardeña con motivo de la traslacion que se habia hecho de los cuerpos del Cid y Doña Ximena.

EL REY.

Venerable Abad, Monges y Convento de San Pedro de Cardeña. Ya sabeis como Nos mandamos dar y dimos una nuestra cédula para vosotros del tenor siguiente: El Rey: Concejo, Justicia y Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de la ciudad de Búrgos, ha sido hecha relacion, que bien sabíamos, y á todos es notorio, la fama, nobleza é hazañas del Cid; de cuyo valor á toda España redundó honra, en especial á aquella ciudad donde fue vecino, y tuvo orígen y naturaleza; y que asi los naturales de estos reynos como los extrangeros de ellos, que pasan por la dicha ciudad, de las principales cosas que quieren ver en ella es su sepulcro, y lugar donde él y sus parientes estan enterrados, por su grandeza é antigüedad; é que habia treinta

ó quarenta dias que vosotros, no teniendo consideracion á lo susodicho, ni mirando á que el Cid es nuestro progenitor, y los bienes que dexó á esta casa, y la autoridad que de el estar él ahí enterrado se sigue al dicho monasterio, habeis desechado y quitado su sepultura de en medio de la capilla mayor, donde ha mas de quatrocientos años que estaba, y le habeis puesto cerca de una escalera y lugar no decente, y muy diverso en autoridad y honra del lugar, y honra que es fama. Tambien habeis quitado de con él á Doña Ximena Diaz, su muger, y puéstola en la calostra del dicho monasterio; muy diferente de como estaba. Lo qual aquella ciudad, asi por lo que toca á nuestro servicio como por la honra de ella, ha sentido mucho: y que como quiera que luego se supo, fueron á ese monasterio el Corregidor é tres Regidores de ella, á procurar con vosotros que restituyésedes los dichos cuerpos al lugar en que solian estar, no lo habeis querido hacer; y que si esto así pasase, la dicha ciudad se tenia por muy agraviada: allende de que es cosa de mal exemplo para monasterios é reli-

giosos, que viendo la facilidad con que se muda la sepultura de una tan famosa persona, tomarán el atrevimiento de alterar y mudar qualesquier sepulturas y memorias, de que se seguirá mucho daño á nuestros reynos: suplicándonos y pidiéndonos por merced fuésemos servidos de mandar, que restituyésedes los cuerpos del Cid y su muger en la sepultura, lugar é forma que antes estaban. E porque habiendo sido el Cid persona tan señalada, como está dicho, y de quien la corona Real de Castilla recibió tan grandes y notables servicios, como es notorio, estamos maravillados de cómo habeis hecho esta mudanza en sus sepulturas; vos mandamos, que si es así que los dichos cuerpos, ó sus enterramientos, estan mudados, luego que esta recibais, los volvais al lugar, y de la forma y manera que estaban; y en caso que no estuvieren mudados, no los mudeis ni los toqueis en ellos agora ni en ningun tiempo: y habiendo cumplido primero con lo susodicho, si alguna causa ó razon teneis para hacer la dicha mudanza, enviarnos seis relaciones de ello, y de cómo volvisteis los dichos cuerpos y

sepulturas á su primero lugar dentro de quarenta dias, para que lo mandemos ver, y proveer en ello lo que mas convenga. Fecha en Madrid á ocho dias del mes de Julio de mil quinientos y quarenta y un años.— Joannis Cardinalis.— Por mandado de su Magestad, el Gobernador en su nombre.—Pedro de Cobos.

Berganza: *Antigüedades de España*, *tomo* I.

III.

Elegía árabe sobre la ruina de Valencia en tiempo del Cid, traducida en castellano, segun se halla en la Crónica general, folio 329.

Valencia, Valencia, vinieron sobre tí muchos quebrantos, é estás en hora de morir: pues si ventura fuere que tú escapes, esto será gran maravilla á quien quier que te viere.—E si Dios fizo merced á algun logar, tenga por bien de lo facer á tí, ca fueste nombrada alegría é solaz en que todos los mozos folgavan; é avien sabor é placer.—E si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados é por los

tus grandes atrevimientos que oviste con tu soberbia.—Las primeras quatro piedras, caudales sobre que tú fueste formada, quierense ayuntar por facer gran duelo por tí, é non pueden.—El tu muy nobre muro, que sobre estas quatro piedras fue levantado, ya se estremece todo, é quiere caer, ca perdido ha la fuerza que avie.—Las tus muy altas torres é muy fermosas, que de lejos pareszien é confortaban los corazones del puebro, poco á poco se van cayendo.—Las tus brancas almenas, que de lejos muy bien relumbraban, perdido han la su lealtad con que bien parescien al rayo del sol.—El tu muy nobre rio caudal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tu muy bien servies, salido es de madre é va ondé non deve.—Las tus azequias muy cralas, de gente mucho aprovechosas, retornaron torvias: é con la mengua de las limpiar van llenas de muy gran zieno.—Las tus muy nobres é viciosas huertas que enderedor de tí son, el lobo rabioso les cavó las raices é non pueden dar fructo.—Los tus muy nobres prados en que muy fermosas flores é muchas avie, con que tomava el tu pue-

bro muy grande alegría , todos son ya secos.— El muy nobre puerto de mar de que tú tomavas muy grande honra , ya es menguado de las nobrezas que por él te solien venir amenudo.— El tu gran término, de que tú llamavas señora , los fuegos lo han quemado, é á ti llegan los grandes fumos.— A la tu gran enfermedad non le puedo fallar melezina , é los físicos son ya desesperados de te nunca poder sanar. — Valencia, Valencia , todas estas cosas que te he dichas de tí, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazon, las dixe é las razoné.--Ya quiero departir en la mi voluntad que me lo non sepa ninguno, si non quando fuere menester de lo departir.

APENDICES

A LA VIDA DE GUZMAN EL BUENO.

I.

Se han omitido de propósito en esta vida dos circunstancias, que aunque creidas comunmente por los cronistas de la casa de Medinasidonia y por los historiadores, parecen inventadas por el amor á lo maravilloso, que siempre reina en los siglos de ignorancia. Para que el lector pueda formar juicio de ellas, he creido debia indicarlas en este lugar.

La primera es el combate con la sierpe. Dícese que al tiempo en que ya reinaba Aben Jacob, una sierpe, dejando la selva donde hasta entonces se habia ocultado, se vino á las cercanías de Fez, y empezó á insfestar los caminos, devorando los ganados, y asaltando y despedazando á los hombres. Su grandeza era monstruosa, su piel, cubierta de conchas durisímas, era impenetrable al acero, y las alas que

tenia la hacian mas ligera que un caballo. Nadie se atrevia á atacarla, y el envidioso Amir aconsejaba á su primo el rey que mandase á Guzman ir contra ella, á ver si perecia en la demanda. No quiso Aben Jacob dar la órden: pero Guzman, noticioso del consejo, salió una mañana con sus armas y caballo, acompañado de solo un escudero desarmado, y se dirigió al sitio donde el monstruo hacia sus estragos. Al acercarse encontró con algunos hombres que huian espantados, y de ellos supo que la sierpe, no lejos de allí, reñia con un leon. Guzman los hizo volver, y llegando al sitio vió la lucha de las fieras, y que el leon herido se defendia á saltos de los ataques de su enemigo. El héroe acometió con su lanza á la sierpe, que le salió á recibir con la boca abierta, y por ella entró la lanza hasta las entrañas. En esto el leon, mas atrevido, la arremetió impetuosamente, y acabó de derribarla: murió, y Guzman hizo venir á los hombres, mandó que la cortasen la lengua, y llamó al leon, que se vino para él haciéndole mil halagos con la cola, y le acompañó hasta Fez. La presencia de este ani-

mal agradecido, la lengua de la fiera, y la admiracion de aquellos hombres, fueron allí los testimonios de su victoria, cuya fama se extendió á lo lejos por Africa y por España. Los discípulos de Buffon y de Linneo podran decir si hay en la naturaleza individuo que se parezca á la sierpe que va pintada; y si en la índole y costumbres conocidas del leon cabe la conducta que se le asigna en este cuento, que el historiador sensato desterrará sin reparo alguno al pais de las fábulas caballerescas.

A esta misma época pertenece la historia del tizon que algunos atribuyen á la esposa de Guzman Doña María Coronel. Cuentan que á los tres años de haberse venido de Africa, donde quedaba su marido, fueron tan vivos en ella los estímulos del apetito sensual, que para libertarse de ellos sin mengua de su virtud, se abrasó con un tizon ardiendo la parte misma en que los sentia : remedio que no solo los apagó por entonces, sino que la dejó inhábil por el resto de su vida para el uso del matrimonio. La naturaleza estremecida se niega á creer semejante es-

fuerzo, que mas parece acto violento de una frenética bacante, que medio acomodado á la condicion de una dama virtuosa. La variedad con que se cuenta el hecho, atribuyéndole otros á una señora del mismo nombre que vivió despues, y añadiendo que se le siguió la muerte al instante, ayuda á la incredulidad, sin embargo de haber sido adoptado por tantos. A él alude Juan de Mena en la copla setenta y nueve de sus trescientas.

Poco mas abajo vi entre otras enteras
La muy casta dueña, de manos crueles,
Digna corona de los Coroneles,
Que quiso con fuego vencer sus hogueras.
O ínclita Roma, si de esta supieras
Cuando mandabas el gran universo,
¡Qué gloria, qué fama, qué prosa, que verso,
Qué templo vestal á la tal hicieras!

II.

Carta del Rey Don Sancho á Guzman despues de alzado el cerco de Tarifa por los moros.

Primo Don Alonso Perez de Guzman: Sabido habemos lo que por nos servir habeis fecho en defendernos esa villa de Tarifa de los moros, habiéndoos tenido

cercado seis meses, y puesto en estrecho y afincamiento. Y principalmente supimos y en mucho tuvimos dar la vuestra sangre, y ofrecer vuestro hijo primogénito por el mi servicio y del de Dios delante, y por la vuestra honra. En lo uno imitasteis al Padre Abrahan, que por servir á Dios le daba el su hijo en sacrificio; y en lo leal quisisteis semejar la sangre de donde venides. Por lo qual merécedes ser llamado el *Bueno*, y yo ansi vos lo llamo, y vos ansi vos llamaredes de aqui adelante. Ca justo es que el que face la bondad tenga nombre de bueno, y no finque sin galardon de su buen fecho: y á los que mal facen les tollan su heredad y facienda. Vos que tan gran exemplo y lealtad habeis mostrado, y habeis dado á los mis caballeros, y á los de todo el mundo, razon es que con mis mercedes quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras, y venid vos luego á verme: ca si malo no estoviera y en tanto afincamiento, nayde me tollera que no vos fuera á ver y socorrer. Mas haredes conmigo lo que yo no puedo hacer convusco, que es veniros á mí, porque quiero

hacer en vos mercedes que sean semejables á vuestros servicios. A la vuestra buena muger nos encomendamos la mia é yo, y Dios sea con vusco. De Alcalá de Henares á dos de Enero era de mill y trescientos y treinta y tres años.—El Rey.

Medina: *Crónica de la casa de Medina-sidonia*, *cap.* 27. *lib.* 1.

APENDICES

A LA VIDA DE ROGER DE LAURIA.

I.

Título de Almirante expedido á Roger por Pedro III de Aragon, 1283.

Noverint universi presentem paginam inspecturi. Quod nos Petrus, etc. Attendentes merita probitatis prudentiæ et devocionis nobilis Rogerij de Loria dilecti militis consiliarij et familiariis nostri de quibus excellencia nostra plenam gerit fiduciam ab experto officium Amiracie regni Cathalonie et Sicilie eidem duximus fiducialiter comitendum exercendum per eumdem ad honorem et fidelitatem culminis nostri usque ad nostre bene placitum volun-

Los cinco primeros documentos existen originales en el Real archivo de la corona de Aragon, y de allí se han trasladado á la letra; el último está copiado del testamento de Roger, que se conserva en pergamino en el archivo del monasterio de Santas Cruces.

tatis. Mandantes universis et singulis hominibus armate eiusdem quod ipsi Rogerio tamquam Almirallo nostro pareant fideliter et intendat in omnibus quibus Amiratis predecessoribus suis officium ipsum gerentibus sunt intendere et parere. Dantes et concendentes dicto Rogerio plenariam potestatem faciendi si oportuerit ab hominibus stolij seu armate predicte et de omnibus aliis hominibus qui sunt de foro Amiracie predicte racione jurium ipsius oficij tam in mari quam in terra justicias civiles et criminales et omnia alia exercenda circa dictum officium que consueverunt exerceri per alios Amiratos cui Amirato nostro predicto concedimus quod habeat et percipiat iura omnia que ad predicte Amiracie officium pertinere noscuntur. In cujus rei testimonium presens privilegium fieri jussimus et sigillo pendenti nostri fecimus communiri. Dat. Mesane duodecimo kalendas Maij anno Domini millesimo ducentesimo octuagesimo tertio.

II.

Provision del Rey Jayme II, por la que se obliga á no pedir á los sucesores y herederos de Roger cuentas ningunas de la administracion del Almirante, en caso de que muera sin darlas, 1291.

Jacobus etc. Bono animo et spontanea voluntate etc. per nos et per omnes heredes et successores nostros promitimus bona fide vobis nobili Rogerio de Loria fideli nostro Almirato Aragonie etc. à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus heredibus et successoribus vestris et Petro Marti notario publico Barchinone à nobis legitime stipulanti nomine ipsorum heredum et successorum vestrorum quod si contingat vos finire dies vestros antequam nobis reddideritis compotum seu racionem de gestis et administratis per vos in oficio vestri Almiratus vel de quibuscumque allijs que usque ad dies obitus vestri de bonis nostris ex quacumque alia causa receperitis procuraveritis et aministraveritis nos non movebimus nec moveri faciemus nec moveri sustinevimus post obitum vestrum contra heredes et successores

vestros ex testamento vel ab intestato nec contra testamenti exequionem et comissarios testamenti seu ultime voluntatis vestre nec contra quoscumque alios nomine vel racione vestri aliquam peticionem questionem demandam vel causam in judicio vel extra judicium nec exigemus à predictis heredibus et successoribus vestris nec ab alijs quibuscumque personis aliquibus racionibus supra expressis vel aliis quibuscumque ita etiam quod ubi assereremus nos in vobis invenisse faticam de computo reddendo vel etiam penes vos aliquid modo aliquo remansisse et non posimus contra vos et heredes et successores vestros allegare proponera vel dicere nos fatigam de compoto reddendo in vobis invenisse nec etiam per dolum per vos vel per heredes aut successores vestros aliquid remanssise. Jmmo qualicumque actione vel jure contra vos vel heredes aut successores vestros agere possemus illi actioni et juri penitus renuncamus facientes vobis et vestris heredibus et successoribus et notario infrascripto, nomine ipsorum heredum et successorum vestrorum per nos omnes heredes et successores nostros de predictis omnibus

et singulis bonum et hec omnia predicta et singula ut superius dicta sunt promitimus per nos et omnes heredes et successores nostros vobis et notario infrascripto à nobis legitime stipulanti pro vobis et pro omnibus heredibus et successoribus vestris tenere complere et observare perpetuo et non in aliquo contravenire aliquo jure causa vel ratione. Jn cujus rei testimonium presens instrumentum jussimus fieri per predictum Petrum Marti notarium publicum Barchinone et fecimus sigillo nostro sigillari actum est hoc Barchinone nono idus Marcij etc. Signum.

Segun el registro pertenece al año de 1291.

III.

Provision del mismo Rey, en que se contienen las diferentes gracias y la autoridad, adictas al empleo de Almirante, mientras sea ejercido por Roger, 1297.

Jacobus Dei gracia Rex Aragonun Maioricarum Valencie et Murcie comesque Barchinone ac Sante Romane Eclesie vexillarius Ammiratus et Camitaneus generalis

Prelatis eclesiarum Comitibus Baronibus Procuratoribus Vicarijs justicijs Capitaneis et ceteris alijs quibuscumque oficialibus et personis per omnia Regna Aragonum Maiorice Valencie et Murcie Cerdenie et Corsice ac Comitatus Barchinone constitutis tam presentibus quam futuris dilectis et fidelibus suis salutem et dilectionem. Ad eximje laudis et fame preconium magnificencia regallis extollitur dum subjectos quos extremitas fidelitatis jntegrias et generis novilitas corroborat et decorat honoribus et dignitate sublimat. Attendentes igitur extrenuitaten novilis Rogerij de Lorja regnorum nostrorum et comitatus predictorum Ammirati dilecti consiliarij familiarijs et fidelis nostri devotionis et fidei grata servicia per eum prestita illustribus dominis parentibus nostris et nobis et que nobis confert et in futurum autore Domino conferre poterit gratiora nec minus labores et periculaque in strage et confusione nostrorum hostium subijt et est subire paratus per exaltacionem nostrij nominis et honoris eundem Rogerium omnium regnorum nostrorum et comitatus predictorum Ammiratum jn

tota vtia sua duximus statuendum volentes et presencium tenore mandantes quod idem Ammiratus per se suosque viceadmiratos ordinatos et alios comisarios et nuncios suos predictum Ammiratie officium jn omnibus regnis et comitatu predictis toto tempore vite sue ad honorem et fidelitatem nostram nostreque Curie comodum et profectum fideliter et diligenter exerceat et faciat exerceri.—Et ut circa diligentem et legalem construcionem et reparationem vasellorum nostre Curie que processu temporis repararij et de novo fierj et construj contigerit eficatius et studiosius jntendatur volumus et precipimus quod jdem Ammiratus per se et ordinatos suos in constructionibus et reparationibus predictorum vassellorum quotiens ea reparari et construi de mandato nostro opportebit curam et cautelam adhibeat et faciat adhiberj quodque in singulis predictorum regnorum et comitatus debeat et possit statuerit loco sui unum vel duos probos et legales viros qui jntersint sciant et videant ad oculum construcionem et reparationem predictorum vasellorum construendorum et reparandorum et om-

nes expensas propterea faciendas et de jntroitu et exitu totius pecunie et rerum expendendarum et recipiendarum per illos qui ad hoc sunt per nostram Curiam statuti et in antea statuentur plenam noticiam et conscienciam habeant jta quod eosdem Ammiratum et ordinatos suos nihil exjnde lateat quoquomodo et de jntroitu predicto pecunie et aliarum rerum et expensis faciendis in constructione et reparatione vassellorum ipsorum fiant tres quaternj consimiles quorum unus sub sigilis singulorum statutorum per nostram Curiam super predicta constructione et reparatione penes predictum Ammiratum remaneat alium predicti statuti per curjam sub sigillo predictorum ordinatorum per predictum Ammiratum sibi retineant et tercius sub sigillis predictorum statutorum et dicti Ammirati nostre Camere annis singulis transmitatur.—Nemini quoque in eisdem Regnis et Comitatu liceat contra quoscumque per mare hostiles discursus et piraticam exercere sine licencia predicti Ammirati et illius quem ad hoc loco sui duxerit deputandum. Ita tamen quod ipse et ordinati sui priusquam per

eos super hoc personis aliquibus licencia concedatur recipiant ab eis idoneam et sufficientem fideiussoriam cautionen de non offendendis amicis fidelibus et devotis nostris jn personis vassellis mercibus et rebus eorum. Quodque si eos postmodum ofendere impedire vel molestare pressumpsserint tan offendentes et molestantes eosdem quam fideiussores proterea dati ad jntegram emendam et restitutionem pecunie et aliarum quarumcumque rerum et mercium ad ipsis amicis et fidelibus ablatorum per predictum Ammjratum et statutos suos cohercione qualibet compellantur. Et si forte ipsi et fideiussores prestiti jn sufficientes et non solvendi fuerint jdem Ammiratus totum deffectum et insufficientiam eorum supplere de suis bonis propjis teneatur ad quod se voluntarie obligavit. Si vero aliquos de nostris ffidelibus per aliqua vassella aliquarum communitatum etspecialium personarum communjtatum ipsarum perdirrobari et capere contigerit statuimus et precipimus quod predictus Ammiratus Comunitatem seu Comunitates illas per quam seu quas cuius seu quarum speciales personas dicti fide-

les nostri more piratico seu aliqua quavjs causa dirrobabuntur et capientur per mare per suas litteras requirere debeat ut nostris fidelibus dampna passis vassella pecuniam merces et omnia alias res eorum ab eis predicto modo ablatas et captas restituat et restitui faciat. Et si predicte comunjtates vel earum aliqua receptis predictis Ammirati litteris predicta dampna predictis nostris fidelibus restituere et resarcire neglexerint, idem Ammiratus authoritate presentium super bonis et rebus et de bonis et rebus Communitatum que seu cuius speciales persone contra predictos fideles nostros predictam dirrobacionem piraticam exercebunt et emendam et restitucionem facere neglexerint que ubicumque per Regna nostra jnvenirj poterunt predicta dampna predictis nostris fidelibus restituat et faciat jntegraliter resarcirj.—Volumus insuper quod de causis et questionibus tam civilibus quam criminalibus que jnter homines generalis et specialis armate nostre et quorumlibet vassellorum armandorum ad exercendam piraticam movebuntur jnde Ammiratus et ille quem ad hoc loco suj

statuerit summarie secundum statutum et consuetudinem armate ad suum arbitrium cognoscat et singulis conquerentibus justitiam aministret quam cognitionem exerceat et exercerj faciat de causis et questionibus videlicet quam moverj contingat a quindecim diebus jn antea postquam pro predicta armata et vassellis armandis jncipient solidj exhiberj usque ad quindecim dies postquam vasella ipsa fuerint exarmata.—Concedimus etiam eidem Ammirato quod homines deputati es deputandi ad servicia nostrorum tercianatum de questionibus civilibus et criminalibus autoritatibus seu accusatoribus coram predicto Ammirato et ordinatis suis et non officialibus alijs respondere in judicio compellantur et cause per eum secundum justiciam fine devito terminentur. —Volumus preterea quod jdem Ammiratus comitos deputatos et deputandos ad armatam notram felicis extolli quos ad hoc jnsuficientes et minus utiles viderit ab officio comiterie amovere valeat et loco eorum alios in arte maris expertos jdoneos et sufficientes ad hoc in eodem officio deputare.—Cetera quia multa et di-

versa servicia jncumbencia in nostra curia sic mentem nostram undique occupant quod ad exequendum et expediendum omnia pertinencia exaltacioni nostrj nominis et honoris vacare comode non valemus ut per illorum jndustriam de quibus confifidimus deffectus huiusmodi suppleatur providimus et precipimus quod idem Ammiratus tempore tan guerre quam pacis predicta Regna nostra et Comitatum absque mandato nostre celsitudinis et quorumcumque nostrorum officialium de pecunia nostre Curie tunc sibi per vos seu officiales ejusdem curie asignanda in quantitate sufficienti quam proterea requisiverit posit armare usque ad galeas duas deputandas ad nostra servicia et alia requirencia negocia que pro exaltacione et honore nostro tunc tempore jnminebunt. — Ad hec cum jdem Ammiratus et ordinati sui de pecunia et rebus alijs solutis et solvendis per eos pro predicta armata et negocijs alij propter per plexitates multorum negociorum recipere requirere apodixas volumus et mandamus quod jdem Ammiratus de pecunia et rebus alijs quas per se et ordinatos suos propter ea rece-

pent et solverint oporteat nostre Curie per quaternos tantummodo [illegible] et debitam rationem et de hijs stetur fidei quaternorum ipsorum jnstrumentis apodixis et cauteliis alijs omnino exclusis. Si vero in debellatione et conflicto extolij rebellium et jnimicorum nostrorum Ammiratum eiusdem extolij per nostrum felix extolium in quo jdem Ammiratus presit capi contigerit volumus et dicto Ammirato nostro concedimus quod Ammiratum extolij rebellium et hostium nostrorum eum omnibus rebus suis in eodem extolio existentibus habeat suis utilitatibus applicandum. — De navibus quoque et alijs quibuscumque vasellis capien per preditum nostrum extolium idem Ammiratus habeat et habere debeat omnia arma et ropas usitatas pecias pagnorum non jntegras set jncisas sacarias et jmbolias vacuas in eisdem vasellis et navibus existentes. Et si naves et vasella ipsa frumento et ordeo fuerint honerata jdem Ammiratus de victualibus honeratis in qualibet navium et vasellorum ipsorum habeat usque ad palmum unum jnoiree in paliolis cuiuslibet navis et vassellij ipsiusque suis comoditatibus adquirantur.

—Habeat preterea jdem Ammiratus annis singulis pro expensis suis de pecunia Curie nostre a die videlicet quo armata ipsa fieri jncipiet usque quo completa fuerit die qualibet sexaginta sotbarch.—Ad hec volumus et mandamus quod prefactus Ammiratus habeat et habere debeat omnia vasa armate nostri extolij ad navigandum jnutilia et non apta coireda etiam affixos et alia guarnimenta nostre curie vetera jnutilia existencia in nostris tarcianatibus et extra tarcianatus eosdem suis utilitatibus applicanda provis prius per aliquos providos et discretos viros in arte maris expertos per nos ad hoc eligendos quod vasa predicta sint ad navigandum inutilia et non apta.—Concedimus equiden predicto Ammirato de gracia specialj quod de sarracenis capiendis cum nostris vassellis armandis per eum vel alios de mandato suo ipse vicesimam partem consequatur et habeat reliquis partibus sarracenorum fisci nostri comoditatibus applicandis.—Concedimus etiam ut si contingat eundem Ammiratum sua providenci et tratatu a sarracenis quibuslibet aliqua forsant solita recuperare tributa seu servicia

IV.

Concesion que hace el mismo Rey á Roger de ejercer mientras viva el mero imperio en Consentayna, Alcoy, Zeta y otros pueblos, 1297.

Noverint universi quod nos Jacobus Dei gratia Rex Aragonum Mayoricarum Valentie et Murcie Comesque Barquinone ac Sante Romane Eclesie vexillarius Ammiratus et Capitaneus generalis. Considerantes et attendentes plura grata et accepta servicia per vos nobilem Rogerium de Loria regnorum nostrorum Ammiratum dilectum consiliarum familiarem et fidelem nostrum nobis exhibita et que speramus nobis per vos exhiberi jn antea gratiora volentes vos propterea prosequi graciis et favore concedimus et damus vobis de liberalitate mera et gratia speciali merum imperium per vos vel per quos volueritis loco vestri utendum et exercendum in tota vita vestra tantum et non amplius tan in loco de Cocentayna que pro nobis tenetis ad fedum honoratum quam locis vestris jnfrascriptis videlicet Alcoy Ceta Caljs Al-

tea Navarres et in loco vocato Podio de Santa Maria Balsegua et in Castronovo pro-ut ipsum merum imperium per nos vel officiales nostros exercebatur et exerceri poterat in locis ipsis. Mandantes procuratori regni Valencie ac universis et allis officialibus et subditis nostris eiusdem Regni quod predictam concessionem et donacionen nostram vobis dicto nobili Rogerio in tota vita vestra observent et faciant observari et non contraveniant nec aliquem contravenire permitant aliqua racione. Dat. Valencie II. nonis Decembris anno à nativitate Domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo.

V.

Breve del Papa Bonifacio VIII al Rey de Aragon pidiéndole, que defienda á Roger de las correrías que algunos émulos suyos hacen en sus tierras, 1300.

Bonifacius Episcopus Servus servorum Dei carissimo in Christo filio Jacobo Regi Aragonum ilustri salutem et apostolicam benedictionem. Grata et utilia servitia que dilectus filius nobilis vir Rogerius de Loria novis et Romane Eclesie iam impen-

dit et jugiter continuato studio impendere non desinit promerentur ut idem nobilis nos et apostolicam Sedem non solum circa conservacionem suorum bonorum et iuriun verum etiam in gratiarum exhibicione debeat favorabiles invenire Exparte siquidem eiusdem nobilis gravius nobis est oblata querela quod Gilibertus de Castro novo et non nulli allij milites de partibus Aragonie et Catalonie ad sugestionem ut creditur quorundam emulorum suorum de partibus supra dictis in castris et terris que dictus nobilis in eisdem partibus obtinet et graves molestias et dispendiosa gravamina per pignorationes depredationes multiplices et alljs diversis modis inferre presumunt. Nos igitur volentes huiusmodi molestias et gravamina per tue potencie presidium submoverj Regalem Excellentiam rogamus et hortamur attente quatenus predictum nobilem habens pro nostra et predicte sedis reverencia propensius comendatum eum à predictis milibus et quibuslibet alijs dictarum partium eidem injuriantibus favorabiliter tuearis. Iniuriatores huiusmodi potestate tibi tradita efficaciter compescendo. Huius-

modi autem preces nostras Celsitudo Regia sic admittat quod memoratus nobilis eas sibi sentiat profuisse. Nosque serenitatem tuam possimus exinde dignis in Domino laudibus commendare. Dat. Anagnie kal. Octob. Pontificatus nostri anno sexto.

VI.

Testamento de Roger.

Noverint universi quod nos Rogerius de Luria regnorum Aragoniee et Ceciliee Almiratus, gratis et spontanea voluntate, ac sola propia devocione ductus damus, et offerimus cum testimonio hujus presentis publici instrumenti corpus nostrum Deo, et beate Mariee monasterrii Sanctarum Crucum, et ibidem eligimus sepulturam in manibus, et potestate vestri fratris Natalis Cellerarii majoris nomine fratris Bonati Abbatis, et conventus ejusdem monasterii promitentes vobis, et conventus eiusdem loci legitima stipulatione quod si in Catalonia, vel in Regnis Aragonum, Valentiee, et Maioricee nos mori contigerit, quod ad preedictum monasterium nostrum

corpus aferatur, et ibidem sepelliatur, et quod nullo tempore de preedictis voluntatem nostram presentem mutemus, nec in alio loco in predictis partibus Catalonice, Aragonum, Valentiee et Maioricee sepulturam nostram eligamus. Et si forsitan alibi eligemus in predictis partibus, illud penitus ex certa scientia revocamus. Et si extra partes prenominatas nos fortase mori contigeret; sepelliri in dicto monasterio nullatenus teneamur. Et quod corpus nostrum sepelliatur in solo dicte eclesiee ad pedes sepulcri Illustrissimi Domini Regis Petri claree memoriee ubi sepultus est quod plane, sicut per solum aliud ecclesiee super lapidem sepulturee suprapositum possint euntes lapem ipsum pedibus calcare; et quod in lapide ipso fiat suprascriptio literarum ad nostrum beneplacitum sicut concedum est nobis per vos, et conventum dicti monasterii juxta tenorem instrumenti perpetuum inde confecti. Et ut preedicta omnia, et singula melius, et firmius à nobis atendantur, et compleantur juramus super sancta quatuor Dei evangelia nostris propriis manibus tacta supradicta omnia atendere, et

complere, et non aliquo contravenire aliquo tempore, modo aliquo, jure, ratione, vel causa sic Deus nos adjuvet, et ejus crux, et sancta evangelia. Quod es actum quarto idus Septembris anno Domini millesimo, ducentesimo nonagesimo primo. — Sig ✠ num Rotgerii de Luria supradicti, qui predicta omnia concedimus et firmamus firmarique rogamus. — Sig ✠ num Raymundi Dez-prats. — Sig ✠ num Leonardi nostri dicti Domini Almirati testium. Z.

Ego Michael Gasol publicus nots. Ilerde hoc instrumentum auctoritate regia à memor. per me recipi scribi feci, et clausi et hiis omnibus suprescrips. presens fui, et hoc sig✠num imposui...

APÉNDICES

A LA VIDA DEL GRAN CAPITAN.

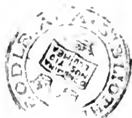
I.

Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitan, testificado por el Secretario Miguel de Almazan en Nápoles, á veinte y cinco de Febrero de mil quinientos y siete.

Nos Don Fernando por la gracia de Dios Rey de Aragon y de Sicilia, de aquende, de aliende Faro, de Hierusalem, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega; Conde de Barcelona; Duque de Atenas y de Neopatria; Conde de Ruysellon; Marques de Oristan y de Gociano etc. Como los años pasados vos el ilustre Don Gonzalo Hernandez de Córdoba, Duque de Terranova, Marques de Santangelo y Vitonto, y mi condestable del reyno de Nápoles, nuetsro muy charo y muy amado primo, y uno del nuestro secreto Consejo, siendo vencedor hecistes guerra muy bien

aventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza della; y ansimesmo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de *Gran Capitan* alcanzastes donde por nuestro Capitan General vos enviamos. Por ende paresciónos que era cosa justa y digna de Rey para memoria perdurable de los venideros dar tesmonio de vuestras virtudes. Y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros esta: aunque confesamos de buena gana, que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que paresce cosa rezia poderos dar digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos hiziesiemos, parecernos hia ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosi, como enviado por nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reyno de Nápoles al Rey Don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reyno de Nápoles, el qual muerto, despues el Rey Federico su tio, y sucesor en el dicho reyno, vos dió el señorio del monte Gárgano, y de mu-

chos lugares que estan cerca dél; por lo qual volviendo en España honradamente vos rescibimos. Y acordándonos otrosi, como enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la qual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo qual vos confirmamos y retificamos y hezimos Duque de Terranova y Santangelo. Y finalmente despues de la discordia nascida entre nos y Don Luis, Rey de Francia, sobre la particion del dicho reyno de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia assaz; y de alií tomastes á Rubo, do muy grande exército de franceses estaba, dentro veynte y quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla á vuestros enemigos los franceses, quasi en aquel mesmo lugar adonde venció Anibal á los romanos. Y de lo que es muy mas de maravillar, que estando cercado, salistes á



los que vos tenian cercado : en la qual dicha batalla matastes al Capitan General, y fuistes en el alcance, desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano; adonde los vencistes y despojastes de mucha y buena artilleria, señas y banderas, con aquel sufrimiento de Fabio, Dictador romano, y con la destreza de Marcelo, y la presteza de César. Y acordándonos ansimesmo como tomastes la ciudad de Nápoles con increible sabiduria y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes, hasta entonces invencibles, y de qué manera despues asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho rio, los quales pasados ya por una puente de madera sobre barcas, que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxisteis, pero hechas por vos y los vuestros otra puente, pasaste de la otra parte del rio, y dándoles batalla los vencistes, metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la qual dada que le fue á su capitan para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo.

¿Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes á Ostia, tan fuerte, proveida de gentes y artilleria, de que tanto daño los franceses á Roma hacian? Los quales por vos echados de Italia con los naturales della que los seguian, sometistes el reyno de Nápoles á nuestro señorio, donde mucho tiempo fuistes nuestro Visorrey. Por ende acatando lo suyo dicho, vos hacemos merced del estado y señorio del ducado de Sesa etc.

II.

Carta del rey Católico á la Duquesa viuda de Terranova despues de la muerte del Gran Capitan.

Duquesa príma: Vi la letra en que me hicisteis saber el fallecimiento del Gran Capitan; y no solamente teneis vos muy gran razon de sentir mucho su muerte porque perdistes el marido; pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor, y á quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio, con el ayuda de nuestro Señor, se acrescentó á nuestra corona

Real el nuevo reyno de Nápoles; y por todas estas causas, que son grandes (y principalmente por lo que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte, y con razon. Pero pues á Dios nuestro Señor ansi le plugo, debeis conformaros con su voluntad, y darle gracias por ello; y no fatigueis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña á vuestra salud. Y tener por cierto que en lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y vuestra casa tocare, terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitan nos hizo: por ellos y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo vereis por experiencia, placiendo á Dios nuestro Señor, segun mas largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envio á visitaros. De Truxillo á tres de Enero de mil quinientos y seis años.—Yo el Rey.

FIN.

